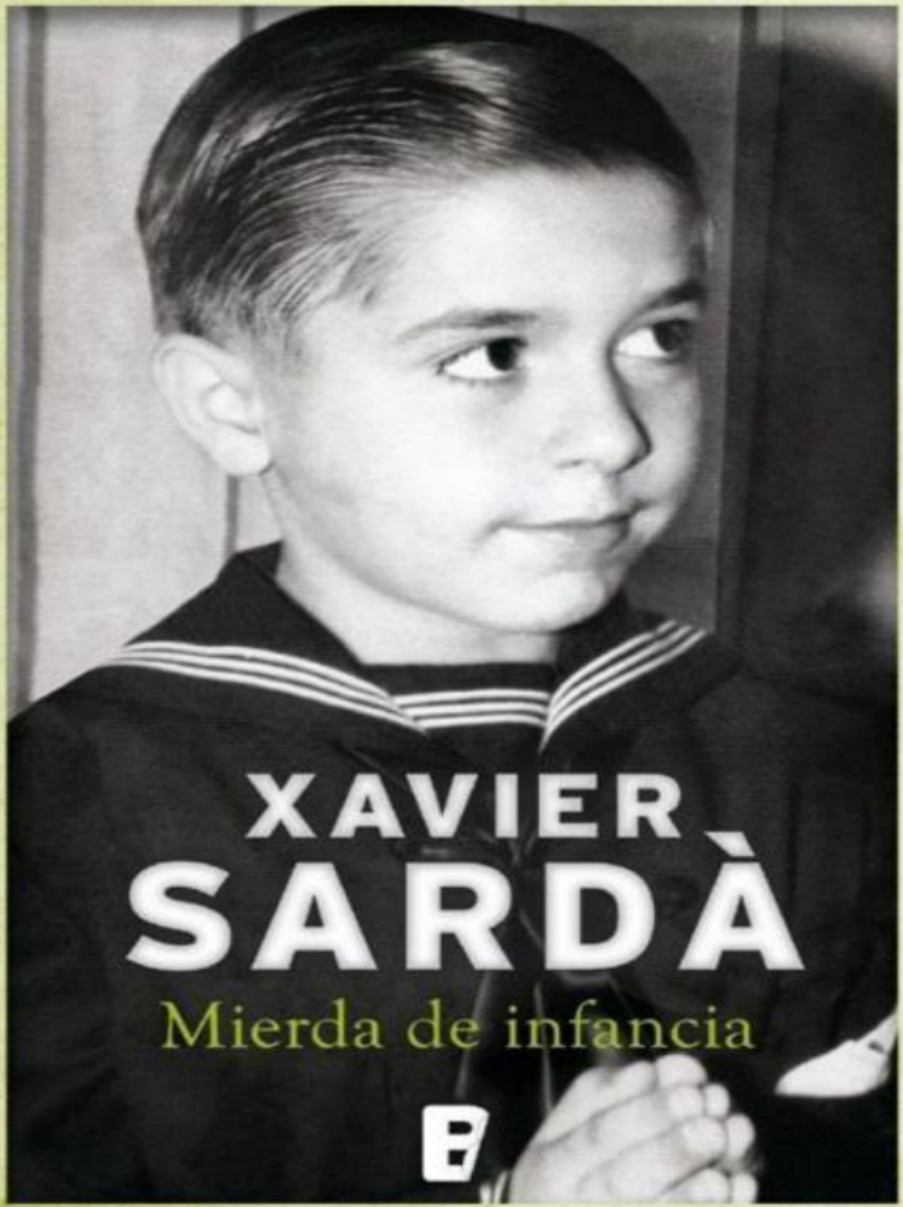

XAVIER

SARDÀ

Mierda de infancia

MIERDA DE INFANCIA

Xavier Sardà

1.ª edición: abril 2012

© Xavier Sardà, 2012
© Ediciones B, S. A., 2012
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España) www.edicionesb.com

Depósito Legal: B.10398-2012

ISBN EPUB: 978-84-9019-090-6

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A Rosa, Fede y Santi,
hermanos y héroes

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Preámbulo
Una madre se va al cielo y matan cerdos
Novedades, llegan dos más
Todo sobre mi madre, y el frío
Uno de mis primeros sustos fuertes
Una estampa me salva la vida. Mi primer periódico
No sé qué día es mi cumpleaños
El buen vecino arregla el camino
Un dedo no hace mano, pero sí con sus hermanos
Las comidas, los disgustos y algún juego
Llega el Séptimo de Caballería
Dos tiendas, un avestruz y el Roe Cebollas
Cosas que aún no sé y Eurovisión
Mis abuelos auténticos
La Historia Sagrada y otras matanzas
Si una cara se desvanece, mala cosa
Todo fluye, nada permanece... y eso
Normalizar la anormalidad, más o menos
La vuelta al cole y la madre que los parió
Muere la tieta Rosita Mansebo Insua
Navidad, dulce Navidad y la bicicleta
El cajón de las facturas
Las mujeres, el francés y el comercio
Los fines de semana, teatro
Mi hermano Juan, su mundo y sus cosas

Meriendas en casa ajena
Mi familia y otros animales (con permiso de Durrell)
Boda, el bachillerato y el sadismo
El primer contrato que no firmo
Siguen las vidas, la real y la imaginada
Cosas que pasan cuando pasan cosas
¿Cómo dejar de ser una isla?
El dictador está viejo y nosotros con estos pelos
Sexto, drogas y poco rol
Todo sigue fluyendo, nada permaneciendo
La transición entre hermanos
Y empieza la carrera... y las carreras
Aquí no se corre, se vuela
Adiós, madre patria
En busca de la calma perdida
... Y llega la guerra
Post scríptum post mórtem

La mía no fue una infancia de mierda. Pero lo cierto es que en mi infancia y juventud hubo mierda. Soy lector de biografías y he escrito un fragmento de la mía. Recuerdos personales vividos y sentidos. Nada importante a pesar de lo que me pareció en su momento. Los dramas serios se dan en otros países, donde vivir es imposible. Aquí solo hay vida, amor, trabajo y muerte. Lo de siempre. Lo normal.

Una madre se va al cielo y matan cerdos

Me despierta una tía vieja de mi abuela falsa y me dice que mi madre se ha ido al cielo. Trece de septiembre de 1966. Tengo, creo, ocho años. Desde ese momento el cielo me cae mal, aunque no sé por qué pero la desaparición de mi madre me parece la cosa más normal del mundo. Muere con cuarenta y seis años. Hace un año que no la veo porque su enfermedad ha sido larga. Ahora vivo en un pueblo cercano a Barcelona con mis abuelos falsos.

Digo abuelos falsos porque cuando voy a Montcada i Reixac, que es donde viven, les pregunto por qué ninguno de mis apellidos concuerda con los suyos.

—Es que en realidad no somos tus abuelos del todo. Mira, pasa que tu abuelo murió y tu abuela se casó conmigo y... muchos años después murió tu abuela y yo me casé con Vicenta. Somos como unos abuelos postizos.

El abuelo falso es muy viejo y se llama Pepitu, y la abuela falsa Vicenta.

Mi hermano Juan tiene cuatro años y dice que no sabe lo que quiere decir «postizo».

—Que somos como abuelastros.

Mi hermano Juan no entiende lo que quiere decir «abuelastros».

—Pues que cuando se muere un abuelo y la abuela se casa, el nuevo abuelo es abuelastro...

Me doy cuenta de que no he conocido a ninguno de mis abuelos de verdad. Estos que no lo son, lo son de madre, y de los de padre nada.

—¿Y cómo eran nuestros abuelos?

—Buena gente..., muy buena gente... Venga, a dibujar un rato.

Nos dicen que hoy, como ha muerto nuestra madre, debemos portarnos muy bien y no salir, porque los vecinos nos criticarían si nos viesen jugando como si tal cosa. Juan no entiende nada:

—¿Por qué nos criticarían?

—Pues porque puede parecer que os importa un pito que vuestra madre haya muerto.

—Pero ¿mañana podremos salir?

—Ya veremos.

Me pica la garganta. Casi me duele. Puede que esté un poco

impresionado por lo que pasa. No sé.

Mis abuelos falsos viven en una galería de pequeñas viviendas. Pequeñas y muy humildes. Una casa al lado de la otra: puerta, ventana, puerta, ventana, puerta, ventana y así..., y una larguísima barandilla frente a las casas.

En el sótano hay un matadero. Esta noche hay matanza de cerdos. Es normal, pasa mucho. Los gritos de los cerdos al ser degollados sí que impresionan. Me dicen que es la primera fábrica de frankfurts de un señor que se llama Michael Schara. Me pregunto si los cerdos degollados también van al cielo.

Durante un tiempo siento de vez en cuando ese dolorcillo en la garganta, así como de estar un poco emocionado. Casi podríamos decir que es un poooco de pena, pero creo que ya soy mayor para estas tonterías. Mi hermano Juan, en cambio, tiene cuatro años y está la mar de bien.

Los sábados por la tarde viene mi padre a vernos, y cuando aparece por la galería me sabe mal que se haya quedado viudo. Cincuenta y cuatro años, viudo y con cinco hijos, tres mayores y los dos pequeños. Los mayores siguen en casa y los dos pequeños con los abuelos falsos.

Cuando llega no lo paso del todo bien porque se irá, y cuando se va, claro, falta una semana para verle de nuevo. Casi podríamos decir que no estoy del todo bien... ¿Cuántos cerdos se matarán en el sótano hasta que mi padre vuelva? Cuando se marcha, con traje y corbata negros, el mundo casi podríamos decir que se para un poco. Creo que repito mucho lo de «casi podríamos decir», pero es que ayuda bastante a explicar las cosas.

Casi podríamos decir (vaya, otra vez) que el abuelo falso me cae mal o muy mal. Por la noche le pido que deje el porticón de la ventana abierto para que entre un poco de luz, y él se niega.

—A dormir...

Se hace una oscuridad que asusta. En la habitación hay dos camas y un armario gigante en el que podría esconderse el mismo demonio. Da miedo. Luz cero que me asusta bastante. El miedo, con el tiempo,

se agota como una pila. Ahora ya no tengo miedo: solo estoy enfadado.

Mi abuela falsa es gordita y mucho más joven y se ha casado con él creo que casi podríamos decir que como una cuidadora, o así. Se ve que ella andaba muy justa de dinero, y como él tiene una casa... La casa es pequeñísima y húmeda, pero algo es algo.

Mi abuela falsa casi no habla. Eso sí, se pee que da gusto oírla. En mi casa los pedos son motivo de risotada y jaleo por parte de mis hermanos mayores, pero con mis abuelos falsos los pedos son pedos sin broma. No les hacen gracia. Son gases sin comentarios.

Cuando va al minúsculo lavabo que siempre huele mal, mi abuela falsa emite un pedo central seguido de espectaculares peditos, y al final se oye como una piedra que cae al agua. Me imagino el alboroto que armarían mis hermanos mayores. Para mi sorpresa, a mi hermano Juan las ventosidades no le llaman la atención. Es tan pequeño que a lo mejor cree que la gente en lugar de hablar, se pee.

Cuando me acuesto en la oscuridad absoluta imagino que mi madre estará para siempre en una falta de luz así. Un día sudo pensando en la muerte y, muy de fondo, oigo la tele en la habitación de mis abuelos falsos. A veces me atrevo a levantarme y entreabrir la puerta. Esta noche dan un programa que se llama *Doce hombres sin piedad*, lo sé porque oigo a mi abuelo decirlo. Son actores de aquí que hacen ver que son extranjeros... Miro un rato la tele de canto, dejo la puerta de mi habitación un poco abierta y me acuesto. Me calmo bastante. Peor lo tienen los cerdos de abajo.

Mi hermano Juan es de una tranquilidad pasmosa. Envidio su calma:

—Xavi, ya sé dónde está mamá.

—¿Dónde?

—En el terrado.

—No..., que la han en-terrado.

Mis abuelos falsos hacen comentarios pensando que no les oímos. Me impresionan un poco, la verdad:

—La pobre cómo ha quedado..., parecía una muñequita en el ataúd.

—Tan guapa que había sido..., era igual que Kim Novak. La pobre se quedó en los huesos.

Ocho años, creo, sin madre y con abuelos falsos. Claro que tengo padre y cuatro hermanos... Creo que volveré con ellos, pero de momento...

La escuela de Montcada es como las casas que dibujan los niños, pero gigante. No hay aulas, solo mamparas (así las llaman) separadoras. Mucho ruido. De repente empiezan las clases y oyes a tu profesor y a los que hay tras las mamparas. Llevo dos cuadernos con líneas rectas para aprender a escribir a pesar de que ya sé escribir. Se ve que en esta escuela van atrasados, porque todo esto ya lo he estudiado. Dictan frases:

«Cayo cayó de bruces.»

«No es oro todo lo que reluce.»

«Mi mamá me mima.»

Al lado dan religión y matemáticas. De hecho, ya escuchas lo que te contarán después. Los alumnos no paran de darse empujones y reír. Son más duros que los duros de mi barrio de Barcelona. Lo peor de estar fuera de casa es que no sabes hasta cuándo. Uno no sabe si aceptar la nueva vida o considerarla una «mampara». Se ve que cuando una madre se va al cielo se forma bastante barullo. Ya nos dirán algo.

No quiero pensar que Juan y yo podamos ser una molestia en

nuestra casa. Claro que cuando alguien no quiere pensar algo ya lo está pensando. Pero pensarlo no quie re decir que sea verdad... Quizá si fuese yo solo..., pero dos. No sé..., ya dirán algo.

La cuestión es que no solo echo en falta al resto de mi familia sino también a los amigos de la academia de Barcelona. Lo primero que compruebo, con extrañeza, es que en la escuela pública de Montcada no pegan. Yo estoy acostumbrado a que en la academia de Barcelona arreen tortazos. Sobre todo a los mayores. En Montcada, a pesar del lío, no pegan. ¿No se pega en todas las escuelas? Qué extraño... Cuando digo pegar es pegar de verdad, con sangre por la nariz y eso. En fin, tendré que habituarme a los nuevos profesores.

Los primeros meses pasan mientras intento dejar cla ro que yo estoy allí pero no soy de allí. Naturalmente, esto, que es importante para mí, le da igual a todo el mundo.

—Ya, vale... pero ¿quieres ser *poli* o *ladra*?

Casi podríamos decir que me siento como el preso de una película que vi que repite que él no debería estar en la cárcel.

—*Ladra*...

Me duele que los demás piensen que mi vida y mi familia solo la forman un hermano pequeño y dos abuelos falsos. Si fuese así creo que lo aceptaría, pero es que además de Juan tengo tres hermanos mayores y un padre. Creo que me estoy convirtiendo en un mal alumno en la asignatura esta de la paciencia.

Sería injusto que me refiriese a los abuelos como «falsos» de no ser por el pequeño detalle de que nadie me ha informado de que no son auténticos. Lo he descubierto por mi cuenta. Pasa que el momento en que lo descubro se matan cerdos, las madres se van al cielo y —como dice el abuelo falso— el «sursuncorda».

—¿Por qué no tenéis ningún apellido como el mío?

—No, verás, es que...

En la minúscula vivienda de Montcada la gran atracción consiste en una botella de licor que tiene dentro una bailarina que se mueve. Los domingos, a la hora del postre, el abuelo falso saca de la vitrina la botella de licor, que nunca ha sido abierta, y la coloca con mucho cuidado sobre la mesa. Le da cuerda lentamente y la pequeña bailarina gira como nerviosa mientras suena una música clásica. Al minuto acaba el espectáculo y se guarda la botella hasta el próximo domingo.

Viene después la oscura e inacabable tarde. Casi podríamos decir que un poco eterna.

La galería de pequeñas viviendas está ocupada por andaluces. Aquí no se habla catalán. Hay gente agradable y niñas de mi edad muy simpáticas. En verano se puede ir descalzo y en ropa interior por la galería. Luego están los gritos a la hora de comer:

—¡Juaaaaaanamariiiiiiiiiii!

Niños y perros se meten en las viviendas y todo queda en silencio. Entonces se oyen los trenes, las gallinas. Trenes, gallinas y cerdos muriendo..., un alboroto al que, la verdad, no me habitúo. Hay momentos en que montaría a gusto en un tren sin saber su destino..., claro que luego... Son ideas tontas.

Mi abuelo falso lo guarda todo. A partir de cierta edad esta acumulación es una tontería, porque te queda poco para morir. Mi abuelo falso tiene un armario ropero lleno de latas de leche condensada vacías. Cuando la lata queda vacía corta la tapa del todo y con un martillo remacha las aristas para evitar posibles cortes. La nueva lata está ya lista para ser acumulada en el enorme armario. La finalidad de alguna de las latas es convertirse en recipientes de clavos, tacos y tornillería. Solo utiliza cinco latas..., el resto es por si acaso. Podríamos decir que hay más de cien latas, y quizá me quede corto.

La colocación de cada nueva lata ocasiona una duda: ¿dónde situarla?, ¿en qué montonera? Un leve error podría causar un aparatoso derrumbe que sería la noticia del día. Cuando la nueva lata encuentra su lugar, se cierran con cuidado las puertas del armario. Ya está. A seguir toman do leche condensada para vaciar otra lata cuanto antes. ¿Cuántas latas me faltan para volver a casa? ¿Puedo acelerar el paso del tiempo hartándome de leche condensada?

No, el tiempo no se puede acelerar. El reloj colgado en la pared y su tictac lo deja muy claro: cuanto más lo mires peor para ti, porque el tiempo pasará más lento. Es un sonido que no sabe que a veces toca la moral... y otras cosas.

Novedades, llegan dos más

A los pocos meses se produce una novedad extraordinaria. Nos lo anuncian como si fuese una buena noticia.

—Vendrán a vivir dos hermanos. Un niño y una niña.

—¿Por qué?

—Pues porque su madre trabaja y no puede cuidarles.

—¿Y su padre?

—Hace tiempo que no saben dónde está.

—¿Habéis montado un orfelinato?

—No, Xavier..., pero hemos pensado que así no estaríais tan solos...

—Si no cabemos...

—Pondremos literas.

—¿Lo sabe mi padre? A lo mejor no le gusta.

—Sí, él está de acuerdo.

El mundo me gusta hoy un poco menos.

Eduardo y Enriqueta son hijos de feriantes separados. La madre tiene una parada de garrapiñadas y azúcar nube y no puede hacerse cargo de los dos hermanos, que deben de tener seis y ocho años. Por lo visto mis abuelos falsos aceptan cuidarles a cambio de una mensualidad. Seremos cuatro. Si antes de su llegada ya me sentía un poco mal, la cosa empeora: solo soy uno de cuatro. Casi podríamos decir que... ¡vaya, otra vez!

NOTA: «Xavier, crece y cuéntalo a tu manera, que yo me canso y repito mucho lo de “casi podríamos decir que...”.»

NOTA: «Vale, Xavier, yo crezco y sigo escribiendo. Pero te necesito de niño. Tienes que recordarme muchas cosas.»

NOTA: «Vale, Xavier, tú escribe y cuando no sepas algo, me

preguntas. Por cierto, ¿qué edad tenemos?»

NOTA: «Cincuenta y tres años.»

NOTA: «¿Nos ha ido bien?»

NOTA: «Si te quedas, te lo contaré.»

NOTA: «Vale.»

Vale... Por fin llegan los dos nuevos, con una maleta de adulto. Miran y remiran desde su descontento y nos saludan con una ensayada educación. La suya es una flacura entre innata y cosechada.

Solo soy uno de los cuatro en una casa minúscula de una pequeña galería de un pueblo cuya fuerza motriz es la cantera de cemento Asland, la fábrica de pinturas Valentine y la humedad del río Besòs. Tres elementos que, debidamente conjugados, crean un microclima de polvo, humedad y olor a disolvente que siempre recordaré como la única droga gratuita que llegó a mis pulmones.

Los recién llegados toman posesión de una de las dos camas. A partir de ahora yo compartiré la mía con Juan. No habrá literas. Se produce también la dualidad mayor-preocupado (Eduardo) y menor-inconsciente (Enriqueta). Eduardo habla con rapidez nerviosa y Enriqueta con un inverosímil sosiego.

Pronto se apunta el único aspecto positivo de nuestra forzada convivencia: a partir de ahora seremos cuatro contra dos. Los dos abuelos falsos tendrán que bregar contra risas nerviosas, vómitos provocados y enuresis nocturnas como preámbulos de un nuevo ciclo de mal rollo generalizado. Ni que decir tiene que yo me siento mejor cada vez que el ambiente general de fastidio se acompasa a mi secreta pesadumbre. Los disconformes se acomodan mejor a la guerra que a la paz.

Meses después los feriantes visitan Montcada y conocemos a la madre de Eduardo y Enriqueta. Hace un frío que pela y suenan las sirenas de las atracciones. La mujer es simpática y atractiva y resulta conmovedor ver a sus hijos colgándose de su cuello en un abrazo interminable. Nos regala garrapiñadas y a los pocos minutos estoy de taquillero en la atracción de las motos locas, que dan vueltas en un foso circular a toda velocidad. Me siento útil y responsable. Creo que el de las motos tiene algo con la madre de Eduardo y Enriqueta, pero no lo digo. A lo mejor no tiene nada, pero no sé... En realidad, no tienen nada.

No entiendo por qué, pero la feria me consterna y apesadumbra. Es un mal presagio que el señor del tren de la bruja me dé más pena que miedo. Lleva una careta de plástico, pero sus zapatillas destrozadas le «desenmascaran». Pega con desgana, aunque si los mayores lo vacilan les arrea algún escobazo serio.

La tómbola y su animador son mi primera lección de que hay que inventar un mundo supuestamente memorable y animar a los demás a comprar los boletos. Da igual que la vida sea desagradable y el tiempo no acompañe. Me cuentan que el tombolero tiene cáncer: «Mirequemuñecamirecomoandamirequemuñecamirecomoanda, a peseta el número, oigamirequemuñecamirecomoanda.»

Nunca olvidaré lo sucedido años antes en la Fiesta Mayor de Sant Andreu, en Barcelona. Las tómbolas llevan un chimpancé atado con una cadena por una pata. Mi padre compra boletos y el chimpancé se le echa a la cabeza y empieza a tirar brutalmente de su pelo blanco. No lo suelta. El de la tómbola golpea al chimpancé, que grita histérico, y cuanto más recibe más le tira del pelo a mi padre. Yo tengo seis años y estoy indignado con el chimpancé: ¿y si no le suelta nunca más? ¿Le puede arrancar el cuero cabelludo? El animal apoya las patas en la cara de mi padre para poder tirar con más fuerza. Cuando todo acaba, el de la tómbola le regala algunos boletos a mi padre, que sonríe y me consuela:

—Que no pasa naaada...

Me sorprende su calmada reacción. Un mono le ataca y él está tan tranquilo.

¿Dónde debe estar ahora aquel mono?... ¿Y mi padre... qué debe hacer ahora?

En fin, aquí estamos años después en Montcada, en la feria con Eduardo y Enriqueta y las sirenas y la música de la tómbola y los autos de choque y la madre que los parió. Al cabo de un rato todo se acaba y los dos pares de hermanos volvemos a casa con los abuelos falsos. Ha sido excitante. Eduardo está triste. Reímos.

Esta noche me acuesto e intento recopilar recuerdos de mi madre. Es la única forma de compensar su desaparición. Tener una madre ausente como Eduardo y Enriqueta es «tener» madre. Lo mío pinta peor.

Todo sobre mi madre, y el frío

Nuestro verbo «recordar» lleva dentro la palabra «corazón». Viene del bajo latín *recordare*, que se compone del prefijo *re-* (de nuevo) y un elemento, *cordare*, formado sobre el nombre *cor*, *cordis* (corazón).

Antiguamente se creía que el corazón era la sede de la memoria. En el Blog de Lengua Española nos brindan esta frase de Ortega y Gasset: «El yo pasado, lo que ayer sentimos y pensamos vivo, perdura en una existencia subterránea del espíritu. Basta con que nos desentendamos de la urgente actualidad para que ascienda a flor de alma todo ese pasado nuestro y se ponga de nuevo a resonar. Con una palabra de bellos contornos etimológicos decimos que lo recordamos, esto es, que lo volvemos a pasar por el estuario de nuestro corazón.»

En la oscuridad absoluta de la habitación recuerdo una salida del cine Odeón de Sant Andreu, en Barcelona. Mi hermana Rosa, mi madre y yo. No recuerdo la película. Al salir ellas dos ríen a gusto. En el breve trayecto andando hasta casa tienen que hacer paradas apoyándose en la pared del ataque de risa que les ha dado. Son fantásticas. Cada cosa que la una intenta decir hace que la otra ría aún más. Naturalmente, me gusta. No entiendo por qué se ríen así, pero es genial.

Sigo buscando recuerdos en la oscuridad... Un día le pregunto a mi madre por qué los hombres no tienen tetas. Ella se queda pensativa unos segundos y me contesta:

—Pues mira, porque... tienen cartera. Con la cartera de tu padre compramos comida, y con mis tetas... pues tenemos leche gratis.

Recuerdo... Sí..., recuerdo ahora un día en que mis padres discuten. Mis hermanos mayores interceden poniendo paz. Los dos pequeños nos colocamos prudentemente bajo la mesa del comedor. Juan, el pequeño, se asusta y llora. Yo le digo que no pasa nada. Él me mira como pensando que soy idiota, porque sí pasa algo. Bajo la mesa estamos a salvo del ventisquero.

¿Ya está? No..., ahora... Sí... Otro recuerdo: mi madre decide hacer un belén con escayola. Montañas y valles de escayola. Se forma una gran masa húmeda que gotea por todas partes. Veo las manos de mi madre moldeando lo que quiere ser un paisaje. Incrusta grandes bolas de papel de periódico para darle más volumen al conglomerado. Al rato decide colocar luces cuyos cables hunde pertinentemente en la amalgama. Cuando finalmente las enchufa se produce un estallido y se va la luz.

—¡Vaya, los plomos! —Nombre que en aquella época venía a ser lo del diferencial, pero más peligroso.

Cuando llega Santi, el mayor, cambia los plomos con una facilidad pasmosa. Mis hermanos son mis héroes.

Recuerdo ahora un día... Son las siete de la tarde. Una tarde de invierno en la que mi madre está en la cocina preparando la cena. Una lámpara ilumina cálidamente el comedor. Agradable sensación de calma. Pienso que la vida debe de ser eso. Esa calma y esa paz. No sé por qué esa tarde me queda en la memoria. Pienso que los que puedan vivir con tranquilidad tienen mucha suerte. Claro que, como no lo saben, no les vale de mucho.

Más recuerdos... ¡Otro! Es el día de mi primera comunión y será de los últimos en que vea a mi madre. Todo va bien hasta que, una vez en casa, simulo comulgar de nuevo con una galleta Cuétara. Son galletas redondas y yo hago la broma de persignarme y me las coloco en la boca como si fuese la hostia. Mi madre reacciona a la velocidad del rayo y me arrea un bofetón ante los invitados. Es la constatación práctica de la poca distancia que media entre la Hostia y la Ostia. Me siento avergonzado. Puede que por última vez.

Casi me duermo..., pero recuerdo que estamos cenando en casa. En la mesa, mis hermanos y mi padre. Mi madre acaba de hacer la cena y se apoya en el quicio de la puerta de la cocina. Nos observa. Nos mira a todos y uno por uno. De repente dice una frase que no entiendo:

—¿Qué vais a hacer cuando se me lleven con las piernas por

delante?

No entiendo nada ni entiendo por qué mi padre y mis hermanos la abrazan.

El sueño puede conmigo. Dentro de pocas horas empezará la matanza de hoy. Cuando un cerdo es sacrificado emite un largo y agudo gruñido que suena casi mecánico. Es como una turbina cárnica hiperrevolucionada que estalla, revienta, se condensa en muerte y deviene salchicha. Al menos la suya es una muerte útil. Me duer...

El frío es una característica de la infancia. Es de lo más normal saltar de la cama y vestirse tiritando. No se conoce todavía la palabra «confort». En casa de mis abuelos falsos hay una estufa de petróleo que solo funciona tres horas al día.

Cuando la encienden tengo la sensación de que habla. La combustión del petróleo no es constante y provoca leves igniciones irregulares que suenan a murmuración de vieja.

El conjunto se adorna, además, con el tufo propio del carburante y la cálida luz de la resistencia en espiral al rojo vivo. La estufa está viva. En la oscuridad del comedor me siento en una microbutaca y me dejo hipnotizar por la incandescencia revitalizadora. Hay algo en el mundo a lo que le ha tocado ser resistencia de estufa. Los materiales existen como nosotros: ¡qué prestación! Me gustaría resistir esa temperatura sin sentir dolor alguno y con la impasibilidad del reino mineral.

Solo se echa en falta lo que se conoce. En casa de mis abuelos falsos confecciono una lista de lo que he dejado de tener con motivo de esta nueva situación:

– Ducha: una vez por semana, barreños en la cocina.
– Estufa catalítica de butano: se me antoja ahora un lujo inalcanzable.
– Mi padre y mis hermanos mayores.
– Nevera eléctrica: aquí traen el hielo cada dos días.
– Mi madre: aunque tampoco estará si vuelvo a mi casa.
– Ver la tele: como se ha dicho, aquí está en la habitación de los abuelos y no la podemos ver.

– Los amigos del cole: si algún día vuelvo… ¿me aceptarán?

Uno de mis primeros sustos fuertes

Hay que hacer un salto atrás en el tiempo para revivir el preciso instante en que tengo el primer susto fuerte... En el parvulario llevamos varias semanas haciendo caligrafía de letras. Me parece fácil: a, e, i, o, u... No sé qué edad tengo. ¿Cuatro? La señorita Ramona tiene sesenta y de vez en cuando pasea por la clase para otear el cuaderno por encima de nuestro hombro.

Todo bien hasta que de repente la mujer se para a mi lado y en un tono de voz adecuado para avisar de un incendio forestal, me grita:

—Pero... ¿qué estáaas hacieeeennndoooo?

En una fracción de segundo se me hunde el mundo... ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué puedo estar haciendo que justifique ese grito?

¿Me he cagado?

¿Me he meado?

¿Me he dormido?

¿Le he clavado el lápiz en el ojo a alguien?

¿Se me ve el micropene?

¿He robado?

¿Estoy completamente desnudo?

¿He vomitado?

¿Me he equivocado de clase?

¿Estoy soñando?

¿Tengo fiebre y en realidad el grito no era tan fuerte?

¿La señorita Ramona se ha vuelto loca?

¿Es por la a?

¿Es por la e?

¿Es por la i?

¿Es por la o?

La u está bien, por la u no es...

¿Estoy escribiendo las vocales en catalán?

Las vocales, ¿son igual en catalán que en castellano?

Por cierto, ¿por qué en casa hablamos catalán y en la escuela en castellano?

¿Es que me caen unos mocos enormes y no lo noto?

¿Se me está cayendo el pelo?

¿Tengo alguna erisipela espantosa en la nuca?...

Nada de eso. Mis cábalas durante esos segundos no me ayudan a vislumbrar la auténtica gravedad de la situación:

—¡Se escribe con la otra manoooooooooo! ¡A ver si te tengo que atar la izquierda a la espalda...!

¡Qué inmenso error! ¿Cómo no me he dado cuenta? Toda la clase me mira. Cambio el lápiz de mano inmediatamente para reparar el crimen cuanto antes. Me doy cuenta enseguida de que no sé coger el lápiz con la derecha. Todo el trabajo por la borda. A los cuatro años pienso por primera vez en abandonar los estudios. Con la derecha agarro el lápiz como si fuese un cirio. Intento escribir la «a» y me sale de un tamaño desmesurado.

—No quiero verte nunca más cogiendo el lápiz con la izquierda. Anda, borra esta «a», que está muy mal.

Como con la derecha he apretado mucho más el lápiz, borrar es difícil. Cuando parece que lo consigo, arrugo la página entera del cuaderno. Mi nerviosismo aumenta y le pregunto a la señorita si puedo arrancarla.

—No se puede... Venga, venga... ¡pon todas las vocales, y con la derecha!

Detesto lo mal que me salen ahora las letras. Tiro por la borda la evolución inmediatamente anterior en el difícil arte de escribir vocales. Es como si volviese a empezar. ¡Si me dejara arrancar la página! Es como si volviese a empezar con un problema añadido: las letras no se adaptan a las dos líneas y sobresalen, agigantadas. Ya me extrañaba a mí que fuese tan fácil escribir... Es que lo hacía con la mano equivocada. Un error de bulto. Me siento un imbécil. ¡Si pudiese arrancar la página! Se ha arrugado tanto. Qué lástima. ¿Y si la arranco sin decirle nada? Puede que entonces caigan todas las hojas cual otoño cuadernil... Hoy es un mal día. Miro a los demás y todos escriben con la derecha. ¿Qué me ha pasado? Esta noche rezaré un «Jesusito de mi vida» para que no me aten la izquierda a la espalda:

Jesusito de mi vida
tú eres niño como yo.

Por eso te quiero tanto
que te doy mi corazón.

Tómalo, tómalo, tómalo,
tuyo es y mío no.

Es evidente que a partir de ahora me fijaré más en las cuestiones básicas de mi aprendizaje. Está claro que no puedo confiar en mis impulsos primarios. No puedo dar nada por sentado. Primero miraré cómo lo hacen los demás y conseguiré así evitar sonrojos, bochornos y humillaciones. No me volverá a pasar. Quiero ser, en el sentido literal, ordinario. ¿Por qué no puedo arrancar la página del cuaderno? Si la arranco no quedará constancia alguna de mi gran error. ¿Y si cambio de cuaderno? Si me atan la izquierda a la espalda... ¿será para siempre? Pronto me hacen escribir el animal que tiene en su nombre las cinco vocales: el murciélago. Tarea atroz. En adelante escribiré con la derecha y dibujaré (secretamente) con la izquierda.

Pero del primer gran susto hace muchos años. Volvamos al presente. Mi padre viene a vernos a Montcada. Le veo caminar por la galería. Traje y corbata negros. Entre semana siempre viste uniforme azul para cargar camiones, pero los fines de semana se pone traje. Abro la puerta y salgo corriendo para arrojarme en sus brazos. Me levanta del suelo, me abraza, me besa y yo me siento orgulloso..., plenamente orgulloso. Llega el pequeño Juan y se repite el efusivo ritual.

No hace falta decir que ya pienso que en un par de horas se marchará. No quiero acostumbrarme a la fragancia de su *aftershave* porque después la echaré de menos. Le digo que me deje agarrarlo por el cuello y él sigue andando por la galería con Juan en los brazos y conmigo colgando a su espalda. Para mí es la máxima expresión de fortaleza y afecto. No se sabe en qué consiste ser un buen padre. El mío es, sin duda, un padre bueno. Nos ha traído tebeos.

Sentado en el minúsculo sillón pregunta qué tal nos portamos, a lo que mis abuelos falsos contestan teatralmente que muy bien. Yo quiero saber cómo están mis hermanos mayores: todos bien. Se supone que todo está tan bien que no entiendo por qué no podemos volver a casa, pero ese es un tema delicado. Se sobrentiende que no hay que importunar con requerimiento alguno. Sé perfectamente que manifestarle a mi padre el irrefrenable deseo de volver a casa puede ser precipitado. Ya dirán algo.

Me turba el contraste brutal entre su cercanía en ese instante y su inminente desaparición hasta dentro de una semana. ¿Por qué no decirle que no quiero estar en casa de los abuelos falsos? ¿Por qué no decirle que quiero marcharme con él? Mi hermano Juan parece, como siempre, tan tranquilo... Él podría quedarse. ¿Por qué no hablar ahora? Sucede que mi padre me provoca una indefinible compasión y no quiero complicar más su vida. Se acaba de quedar viudo...

Seguramente, esas difusas emanaciones de pesadumbre me bloquean... Prefiero no decir nada. Estoy aprendiendo que no estar del todo bien es lo normal y, por lo tanto, debe de ser lógico y natural.

Cuando le veo desaparecer se oye el tren y de nuevo las gallinas. ¿Por qué no se oían mientras mi padre estaba aquí? Tengo el nudo hecho una garganta. Solo deseo que sea mañana. Siempre mañana y nunca mañaneamos, que dijo el poeta. Eduardo y Enriqueta están impresionados: «¡Tu padre es forzudo!»

Me siento en el minúsculo sillón, que aún huele a *aftershave,* y abro el tebeo. Ahí están los de la *13, Rue del Percebe*; *Blasa, la portera de su casa*; *Agamenón y su tío Lirón*; *Anacleto, agente secreto*, y *El profesor Tragacanto y su clase, que es de espanto*... Me consuela comprobar que a todos ellos la vida tampoco les va muy bien que digamos. Mi abuelo falso no tarda en restituirme a la sustantividad real:

—Venga, menos tebeos y más estudiar

Abro mi libro de texto *Así quiero ser*. Página 8: la religión: «La religión Católica, Apostólica, Romana, es la única verdadera y la que profesamos los españoles.

»España empezó a ser católica a partir del año cuarenta de la Era Cristiana, en que el apóstol Santiago vino a nuestros lares a predicar la religión de Cristo. Y lo fue oficialmente a partir del tercer Concilio de Toledo, año 589, en que el rey Recaredo, ante sesenta y dos obispos y cinco metropolitanos, hizo pública su conversión al Catolicismo.

»Por la religión Católica luchó España contra los árabes, los turcos, los judíos, los protestantes, los enciclopedistas masónicos y los

marxistas. El alma española es naturalmente católica.»

Pues yo soy católico pero en realidad no sé por qué. Hace poco que hice la primera comunión vestido de marinero y con el cabello «esculpido» a navaja. El cura que me dio la hostia era bizco, a pesar de lo cual no parecía mal tipo. No entendí gran cosa ni entendí por qué me regalaron un misal encuadernado en plástico duro y una huevera con su cuchara. Ni lo entendí en aquel momento ni lo entendí cuando vi las fotos de aquel día, en las que, por cierto, no aparece mi madre. Se sabía enferma y se negaba a ser fotografiada.

Con esto de ser huérfano puede que a partir de ahora me resulte algo más difícil comprender a la gente. En adelante tendré que detraer el IVA emocional. Para entender a los de mi edad será mejor imaginar que nada de todo esto ha sucedido.

Una estampa me salva la vida.
Mi primer periódico

Según me cuentan, cuando tengo cinco años el médico me diagnostica leucemia. Yo no recuerdo el episodio, pero creo que mi madre coloca una foto mía en el comedor junto a la estampa de no sé qué santo y una vela encendida. Por lo visto la movida es bastante notable.

Siempre he lamentado no recordar nada del momento en que me convierto en protagonista a causa del grave diagnóstico. A los cinco días llega el resultado de los análisis y el médico les dice a mis padres que no tengo leucemia, que la analítica lo desmiente categóricamente. Por lo visto mi padre quiere romperle la cara al médico, pero mi madre le calma mientras desmonta el altarcillo de cuya eficacia no duda ni por un instante.

Aquel día paso de estar muriendo por la mañana a estar bien por la tarde. Así es la cosa, o así me la han contado. La vida sigue.

Al poco tengo mi primer contacto con la prensa escrita. Es domingo por la mañana y mi padre me pide inopinadamente que vaya a comprarle el periódico. Es una tremenda novedad. El quiosco está a cien metros de casa pero tengo que cruzar la calzada hasta la rambla y de ahí andar en la dirección correcta para llegar al quiosco del «Tarugo». Es la primera vez que mi padre me hace un encargo y me siento súbitamente mayor. Me da un duro.

Bajo las escaleras con decisión adelantándome mentalmente a los acontecimientos. Al salir a la calle miro instintivamente hacia arriba y ahí está mi padre, en el balcón. Me saluda con la mano y señalándose un ojo me advierte que vigile con los coches. Espero, miro y en el momento oportuno, cruzo. Son siete pasos y ya estoy en la rambla. No sé cuál es la dirección correcta... Mi padre emite un silbido brutal y me indica el camino. Ando solo y nervioso hasta que veo la caseta inundada de periódicos. Ahí, como siempre, está el Tarugo. Le falta una mano sin disimular un muñón mal curado, y cojea sin remisión.

—Mi padre quiere el periódico.

—¿Qué periódico quiere?

—Me ha dicho el periódico.

—Ya, niño, pero es que hay muchos...

Mi sorpresa es considerable. Muchos. No lo sabía. Pensaba que había un solo periódico. ¿Sabe mi padre que hay varios periódicos? ¿Cuál querrá? ¿Por qué no me lo ha especificado? Desando la rambla y mi padre sigue en el balcón. Le grito pero no me oye a causa del tráfico. Espero un silencio.

—¿Qué periódico quiere?

—*Collons! La Vanguardia*...

Retorno al chiringuito empapelado repitiéndome mentalmente *La Vanguardia*, y cuando llego de nuevo el Tarugo me insta a buscarlo yo mismo.

—Venga, espabila...

—Es que no sé cuál es...

—Pues mala cosa... Si tú no lo sabes, yo tampoco.

La oferta del quiosco me consterna. El mundo entero colgando con pinzas de tender y mil historias amontonadas. El Tarugo apenas asoma la cabeza, parapetado en su búnker de acontecimientos empapelados. ¿Tanto se escribe? No sé nada de censuras ni franquismo. No conozco a Celaya: «Y aparecen los periódicos con letras como patos.»

En mi rito iniciático la barricada de papel resulta indescifrable: periódicos, revistas, cromos, libros, caretas, tabaco, golosinas, fascículos y vuelta a empezar.

Por fin el Tarugo sale del quiosco cojeando dramáticamente y con su única mano me señala *La Vanguardia*. Me invade una enorme sensación de paz y gratitud.

—Venga, tira pa' casa...

La felicitación de mi padre me llena de orgullo, pero por primera vez me desasosiega la sensación de que el mundo debe de ser bastante o muy grande.

El primer domingo de septiembre del 63 las noticias que vienen en la portada de *La Vanguardia* son tres, cada una con su correspondiente fotografía:

Obsequio de la medalla conmemorativa del centenario de El Escorial a S. S. el papa Paulo VI.

Conferencia de prensa de los jefes de la Asociación de Monjes Budistas: «He aquí, de izquierda a derecha, a Thich Nhut Minh, Tich Thien Hoa, Thich Thien Tam, jefes de la Gia Hoie Tang Gia, fotografiados en la pagoda An Quang. Los dirigentes budistas manifestaron que están planeando la creación de un Comité para llevar a cabo conversaciones con el gobierno sudvietnamita acerca de la política antibudista que tan grave situación está creando en el país.»

Ha comenzado la Fiesta Mayor de Manresa.

La última página ofrece un anuncio gigante de los Almacenes El Siglo:

Artículo del día:

Lunes 2

COLCHA ALGODÓN 100 x 100, colores sólidos, muy lavables.
Camera 80 ptas.
Matrimonio 105 ptas.

COMBINACIÓN sra. nylon 100 x 100, última novedad, modelo italiano: 130 ptas.

Martes 3

BRAGAS sra. algodón canalé muy fuertes, 2 cabos, todas las tallas el mismo precio: 11 ptas.

Miércoles 4

ASIENTO WÁTER, con tapa, plástico irrompible, surtido colores: 55 ptas.

Jueves 5

PALANGANA tamaño grande, 36 cm: 12 ptas.

El periódico es inconmensurable. Observo a los mayores y no entiendo cómo pueden leer tantas páginas con una letra tan minúscula. Hay letras más grandes, pero luego viene la letra pequeña.

¿Lo leen todo? Menos mal que hay alguna foto. Lo cierto es que, aunque me esfuerzo, las letras pequeñas se mezclan entre sí. Recuerdos.

No sé qué día es mi cumpleaños

Volvamos al presente de nuevo. Volvamos a Montcada... Las cuestiones de orden burocrático nunca han sido el fuerte de mi familia. Hoy es el cumpleaños de Enriqueta, la hija de la ferianta. La madre le hace llegar un pastel con seis velas y dos cuentos. Mis abuelos falsos no tienen teléfono, con lo cual todo se complica bastante. La madre ferianta ha llamado al único vecino de la galería que tiene teléfono.

—Señor Font —así se llama mi abuelo falso—, que dice la madre de los niños que le compre un pastelito con seis velas y un par de cuentos a la niña. Es que pasado mañana es su cumpleaños.

Lo oímos todos, incluida Enriqueta, con lo cual la supuesta sorpresa queda francamente aminorada. Enriqueta tan solo esboza una sonrisa indiferente y la felicitamos de forma bastante maquinal.

—Si no es hasta pasado mañana.

De repente, una duda y una levísima turbación: constato que no sé cuál es el día de mi cumpleaños. En mi casa no se celebran los cumpleaños, lo cual me parece óptimo, excepto porque a los ocho años no sé la fecha de mi nacimiento. Lo cierto es que en realidad nunca me lo había planteado. Le pregunto a mi hermano.

—Juan, ¿tú sabes el día de tu cumpleaños?

—No. ¿Qué día es?

—No lo sé... Es por si tú lo sabías.

—No, yo no lo sé.

Tardaré todavía dos años en averiguar con exactitud la fecha de mi nacimiento, y confirmaré retrospectivamente que ahora tengo ocho años. Ni que decir tiene que mis abuelos falsos carecen de información al respecto:

—Esto se lo tienes que preguntar al papa cuando venga.

De momento tendré que habituarme a esta indeterminación cronológica, al menos hasta que mi padre me ofrezca alguna aclaración. Es fácil saber que me muevo en una horquilla de entre ocho y nueve años. Infiero el dato a partir de la edad de mis compañeros de clase, que conocen fehacientemente su fecha de nacimiento. Ocho, creo que son ocho, pero ya lo miraré, pero ¿y el día y el mes? Mi padre no aporta mucha luz:

—Tú eres del abril.

—Pero ahora ¿cuántos años tengo?

—Yo diría que ocho... pero ya lo miraré.

La cosa no va muy bien. Mi lío no solo es espacial porque no me gusta estar en Montcada, sino que comienza a ser temporal. Estupendo. Convivo con cinco personas y mi apellido solo coincide con el de mi hermano Juan. La pregunta no es solamente qué hacemos él y yo en este mundo, sino desde cuándo.

Juan llegó al mundo discretamente. Aparece en mi vida sin trifulca alguna porque yo me fijo mucho más en los tres mayores. Tengo cuatro años, o así. Lo recuerdo bien.

En una de mis estancias en casa de mis tíos indirectos, la fantástica *tieta* Tere me señala la estela de turbulencia de un avión. Me impresiona el chorro de nube blanca.

—¿Ves aquel avión?

—Sí.

—Pues la mama está en aquel avión y va a París a buscarte un hermanito.

Yo, naturalmente, la creo. A esa edad te dan indicaciones útiles de supervivencia básica:

—No te comas los mocos.

—No te muerdas las uñas.

—Nunca cruces la calle solo.

—No aceptes caramelos de un extraño.

—Límpiate bien el culo.

Y en medio de tan prosaico inventario te cuelan una fantasía. ¿Cómo dudar de su verosimilitud? Lo mismo que te enseñan a abrocharte los zapatos, te dicen de dónde vienen los niños.

Aquel avión y su blanca estela es la primera noticia sobre la relación de mi madre con cielo. De ese viaje volverá con Juan. Del segundo viaje al cielo, del que me anuncia cuatro años más tarde la tía vieja de mi abuela falsa, parece que no hay retorno.

—¿Y todos los aviones que se ven van a buscar niños?

—Todos.

Me parece una llegada al mundo bastante intrépida y compleja, pero si así son las cosas... No acabo de comprender por qué mi madre tiene la barriga tan hinchada.

—Pues porque ha hecho sitio para tu nuevo hermano.

—¿Y dónde le ponen el hermano?

—En la barriga.

—O sea... ¿primero se hincha y en París le ponen el niño?

—Eso es.

—¿Y cuándo volverá con mi hermano?

—Tres o cuatro días y estará aquí.

El mundo no solo es bastante inmenso. Además es interesante.

—Y cuando no había aviones, ¿cómo iban?

—Con una cigüeña.

—¿Montados en una cigüeña?

—No, la cigüeña traía al recién nacido en una bolsa colgando del pico.

—¿Y por qué en avión hay que ir a buscarlo y la cigüeña te lo trae?

—Bueno, basta... ¿Quieres que te compre una tortuga de plástico?

Me encantan, llevan un carrete y una goma elástica. Tiras de la manivela y la tortuga camina sola unos metros. Las hay verdes, moradas y calabaza.

—¿Papá también va en el avión?

—No, está trabajando. Venga, toma la tortuga y no preguntes más.

A los pocos días Juan ya está en casa. Mi padre coloca un poco de laurel en el balcón para evitar que yo sufra por los celos.

Los hermanos mayores le dicen a mi madre que ya vale de tener hijos. Que si con cuatro ya no se llega a final de mes..., con cinco peor. Parece que con el recién nacido en brazos, mi madre le dice a Rosa, la mayor:

—No te quejes..., quién sabe si los dos pequeños serán la alegría de tu vejez.

Mi madre tenía muchas cualidades, pero por lo visto como pitonisa era pésima.

El buen vecino arregla el camino

Los vecinos de la galería de Montcada mantienen una costura convivencial óptima. Yo estoy acostumbrado a vivir en un piso y me resulta llamativo que abriendo la puerta de casa ya estés en el pasillo común. Ya he dicho que me desconcierta que cuando llega el buen tiempo la gente salga en ropa interior y descalza a la galería. Colocan sus sillas en las tacañas sombras y discursean entre risas.

La alegría alberga en la vivienda de un matrimonio con tres hijas. Tres bellas niñas que suscitan en mí desconcierto y agitación.

A pesar de que mi padre carga camiones y nuestra situación familiar es muy precaria, en el contexto de esta galería comunitaria me siento distinto sin saber por qué. Ignoro todavía que los inmigrantes subsisten gracias a la cooperación natural, en una especie de auxilio cotidiano. Su desarraigo inicial se convierte en una invisible trama acomodaticia de altruismo y benevolencia. Esta relación no se da entre los que no han experimentado la inmigración, y mucho menos si viven en pisos. Todo ello me llama la atención y me marcará para siempre. En el futuro no entenderé mi país sin su apasionante variedad humana.

Una de esas tardes sofocantes de verano veo por primera vez el sexo de una niña. Es algo menor que yo. Sus andares confiados y su nítida intimidad surgen de la naturalidad. Sale de su casa buscando a su hermana. Me complace la absoluta falta de pamema y disimulo. Es una estampa venial, pero deja su huella.

Es mi primer avistamiento nacido de ese azar que no sabe de acechanza alguna. Esa tierna desnudez encierra en sí misma belleza, porvenir y la incierta fortuna de nuestra condición... Vamos, la hostia.

Durante mi estancia en Montcada el peor momento del día es cuando todo el mundo se retira a cenar. Andar entre melancolías te hace especialmente sensible a los ocasos. Sensible a las luces en cada una de las minúsculas viviendas, el sonido de platos y cubiertos, las

teles de los más privilegiados funcionando y la discusión de unos trenzándose con el jolgorio de otros. A esa hora ladran los perros por puro descuido. Todo parece encontrar su lugar.

Siento que en la casa de mis abuelos falsos por no caber ni la risa cabe. Se destila una seriedad ridícula. Dicho está que los pequeños, Juan y Enriqueta, no sienten apenas quebranto, pero es cierto que nada a su alrededor alienta su ingenuo bienestar.

La diferencia de edad entre mis abuelos falsos la convierten a ella en pura sirvienta y a nosotros en parte de su tarea. Curioso..., no solo echo en falta mi casa..., echo en falta un ambiente. Desearía estar ahora en cualquier otra casa de la galería, donde viven sin pensar en otros mundos. Aspiro solo a ser yo y me instalo en la falsa certeza de que el vivir puede esperar. Me niego a que esto cuente como vida.

A menudo me dejo llevar por recuerdos... Algunos de los vecinos de mi escalera en Barcelona tienen una imprecisa alteración de la serenidad que los hace divertidos. Se da la casualidad remota de que en el mismo rellano hay dos Jaime Sardà sin tener ningún parentesco. Mi padre y el otro Jaime Sardà se pasan la vida cambiándose la correspondencia.

—Esto debe de ser para ti.

—Sí, espera, que te paso lo tuyo.

Ni el uno ni el otro tienen un epistolario que vaya a pasar a la historia, se trata más bien de recibos, publicidad, compras a plazos..., pero, naturalmente, cada uno prefería hacerse con su propio papeleo.

—Mira, al Sardà le han puesto una multa de tráfico.

Mi padre no tuvo coche jamás y siempre maldice a los que lo compran solo para aparentar y no tienen para gasolina. No es el caso del otro Sardà, hombre prudente y de misa semanal. Mi padre es respetuosamente ateo. De vez en cuando llega a casa la Sagrada Familia, que es una capilla de medio metro de altura que va pasando de casa en casa por toda la escalera. Cada tantos días viene el vecino del tercero segunda:

—La Sagrada Familia...

—Gracias...

La dejamos en la entrada y casi nunca abrimos sus puertas de minicatedral. A la semana mi padre la pasa a la señora Flora, una anciana que vive en el piso contiguo.

—Toma, Flora, la Sagrada Familia... No le pongas una vela que un

día se te quemará la casa.

—¡Ay! Jaime, creo que mi perro habla.

—Va, Flora, va...

—En serio, escucha cómo ladra... ¿Lo ves? Parece que diga «terrado, terrado...», y ladra así cuando tiene pis. Quiere subir al terrado...

—Flora, no te conviene estar sola... Llama a tu hermana, que te haga compañía.

La hermana de la señora Flora es la Tía Follón (así la llamamos). Cuando viene a pasar unos días las discusiones son atronadoras. La Tía Follón tiene voz de hombre y un poco de bigote. Está claro que Flora, más femenina y como con más clase, tampoco es muda en las refriegas. Para pelear no hay motivo ínfimo o desdeñable:

– Qué se cena.
– Uso sin permiso de una colonia.
– Poner la tele antes de hora.
– Colocar mal los dos vasos después de lavarlos.
– Pérdida temporal del monedero.
– Quién va a abrir...

Y así...

Yo las creo millonarias porque veranean en Formentera. Formentera me suena exótico y extravagante. Muy pocos en la escalera van a «veranear». Casi nadie. Mi padre viste pantalón mil rayas y chancletas de plástico, y eso es el verano. Naturalmente, sin movernos de casa.

Otra vecina es la señora Balbi, que obliga a su hijo a leer el listín telefónico cuando acaba sus deberes.

—Así sabe de letras y de números.

Su hijo, Tilino, de la edad de mis hermanos mayores, es muy paciente y acabará siendo adventista del séptimo día o algo así. Ignoro si la lectura del listín tuvo algo que ver con su exótica vocación religiosa.

La señora Balbi tiene dos periquitos en una jaula y últimamente nadie se puede acercar a ellos.

—¡No los molestéis, que han sentido la llamada del sexo!

Está de más decir que los mayores se parten el pecho con la señora Balbi. Además, vende colonia a granel en el armario empotrado que todos los pisos tienen en el pasillo. El suyo se ha convertido en un comercio de perfumes.

—Balbi, ¿qué tienes?

—Una colonia con un aroma de insomnio...

Por supuesto, se refería a «ensueño».

—Pues luego me paso.

En tan recóndito y disimulado dispensario de aromas los vecinos rellenan sus frascos azules o rosas de aerosol domiciliario.

—Verás que esta te gustará... Vale para mujer y para hombre.

Naturalmente, se rumorea que aguachina la colonia, pero no hay pruebas concluyentes ni falta que hace, porque lo sirve todo muy barato. Su marido está preocupado.

—Algún día acabarás en el cuartelillo.

—No, es mi colonia, que la reparto a los vecinos. Y ya está.

—Y ya está, no... Esto es ilegal, y como te venga un inspector tendremos un disgusto.

Observo que las señoras de una cierta edad tienen grandes pechos. Esas batas o esos delantales contienen a duras penas dos aeróstatos a punto de estallar. Está el caso de la vecina que, sin ser gorda en sí, porta dos apoteósicas ubres. Me gustan.

Está la que ya regodea desde la base, expande su fuste con abundante panículo y llega a su capitel con formidables protuberancias turgentes cuyos pezones parecen taladrar sostenes y miradas. Enardece observar la naturalidad de los ejercicios básicos: recolocación y acomodabilidad, cepillado pectoral y súbita comprobación de elasticidad lateral de los sostenes.

Intuyo que cuando crezca se normalizará la proporción entre mi tamaño y los grandes pechos. La actual desarmonía me parece sobresaliente (nunca mejor dicho). Dejémoslo aquí.

Recuerdo a Genaro, el portero de mi casa de Barcelona, cuya tarea principal consiste en evitar que los niños subamos en ascensor. Está prohibido. Hay que abrir las tres puertas del ascensor sin hacer ruido. La más difícil es la metálica, porque chirría. Superado el primer trámite, hay que abrir las dos de madera. Una vez le das al botón, estás salvado. Si Genaro te descubre, grita colérico:

—¡Rasputín y la zarinaaaaa...!

Pasarán años hasta que sepa quiénes eran el tal Rasputín y su amante. Suena fatal.

—¡Se lo diré a tu padre, ya te vas a enterar!

Genaro vive en la pequeña portería rodeado de una cantidad anormal de jaulas de pájaros y de gatos. A su obesa esposa, Luciana, le falta medio cráneo por una enrevesada operación quirúrgica que más recuerda un trabajo de albañilería.

—¿Quién eres?

—Soy Javier, señora Luciana.

—Es que no te veo... ¿Has crecido mucho?

—Sí, señora Luciana...

Al día siguiente:

—¿Quién eres?

—Soy Javier, señora Luciana.

—Es que no te veo... ¿Has crecido mucho?

—Sí, señora Luciana.

La minúscula portería huele a pájaros, a gatos, a comida siempre en preparación y a señora Luciana. En ese contexto vive su radiante hija cinco años mayor que yo. Su guapura escora en la perfección y me alborota su cordialidad. Asombra su belleza, aislada y sin conjunción.

Naturalmente, les echo de menos en Montcada, aquí con mis abuelos falsos. Echo de menos al matrimonio que tiene tres hijas que se encanan, al matrimonio sin hijos que nos mira con resquemor, a una vecina que dicen que está mal de los nervios y a veces grita sola... A todos.

Un dedo no hace mano, pero sí con sus hermanos

Los hermanos se tienen y ya está. Es lo normal. En casa somos cinco y parece normal. En realidad somos tres y dos. Los tres mayores y los dos pequeños. Para mí los tres mayores son muy mayores. Cuando mi madre se va al cielo los mayores están entre los quince y los veintidós.

El piso de Barcelona tiene tres habitaciones: una para los padres, otra para los chicos y otra para Rosa.

Cuando apagaban la luz Santi simulaba que estaba leyendo una revista y que veía unas fotos muy buenas. Al cabo de unos minutos Fede no podía soportarlo más:

—¡Me he quedado ciegoooooo!

Si el barullo era pertinaz no tardaban en oír el grito de mi padre desde su habitación:

—¡Si me levanto sabréis quién soy yooo!

Ni que decir tiene que a partir de ese momento arreciaban el choteo y la guasa.

Rosa es paciente con el destino. Ser la mayor de cinco hermanos y la única mujer no es precisamente un obsequio de los dioses. Le apasiona el teatro. No es extraño, por que mis abuelos maternos auténticos tenían una compañía de teatro itinerante. Se llamaba una «compañía de comedias».

Por lo visto mi madre tuvo un disgusto con lo de Rosa, porque detestaba bastante la vida que llevó con sus padres haciendo teatro. Sus padres actores, y va su hija Rosa y le dice que quiere ser actriz. Se cuenta un episodio en que Rosa se encerró en el lavabo mientras mi madre, aporreando la puerta, le prohibía a gritos ser actriz. Mi padre intentaba calmar los ánimos:

—Qué quieres, a la niña le viene de tu familia...

—¡Por eso lo digo!

Mi padre siempre se emocionará al ver a mi hermana en un

escenario. Aunque la obra sea de risa, él soltará una lagrimita de emoción.

—Es que la ves por la calle y no darías ni un duro, y en cambio cuando se sube al escenario es la reina.

Creo que el elogio no le gusta mucho a mi hermana.

De Fede me impresiona que ya tiene billetero de persona mayor, con carnets y cosas. De Santi me impresiona que sepa tanto de sonido y técnica. Son valientes y dicen palabrotas. Quizá yo sea como ellos algún día.

Lo único que no me gusta es que me den miedo. Se esconden y asustan a cualquiera. Cuando era más pequeño juntaban las manos con los dedos separados y me hacían «la máquina de dar miedo», abriendo y cerrando unas supuestas fauces y emitiendo un sonido de espanto. Sabían que yo detestaba la *moiqueca*, que era mi forma de pronunciar «paraguas». Cuando llegaban a casa en un día lluvioso abrían un gigantesco paraguas negro y le daban vueltas persiguiéndome por el pasillo. Era el terror: una gran tela oscura y mojada se cernía amenazadora descontrolándome por completo. Rosa les decía que eran unos bestias y, como siempre, me defendía.

Bueno, pues les echo en falta. No sé cómo deben de estar con esto de que nuestra madre se haya ido al cielo. Lo cierto es que en poco tiempo me he desconectado de bastante gente. Ya veremos hasta cuándo tengo que estar en casa de mis abuelos falsos y oír las gallinas y los tre nes y los cerdos y las risas ajenas y los gritos de «¡Juanamaaaaari!» y los pedos de mi abuela falsa y los sueños en voz alta de Eduardo y Enriqueta. Ya dirán algo...

Por cierto que últimamente me he encontrado en el minúsculo comedor a medianoche sin saber cómo he llegado a él. O sea que me he despertado en el comedor sin recordar el haber caminado ni nada. Me despierto y ya está..., estoy en otro sitio. No me gusta. Me parece que lo normal es acostarte en un sitio y despertarte en el mismo sitio. No sé si es natural que se camine por la noche o qué es lo que pasa,

pero digo yo que no es tanto pedir despertarte en el mismo sitio en que te has acostado. Pues no es tan fácil. He salido de la cama, he caminado en la oscuridad, he abierto la puerta de mi habitación y, ¡ala!, andando por el comedor. Ahora cuando me acuesto no sé dónde me voy a despertar. Es una novedad.

Creo que al señor Schara le van bien las cosas porque cada vez llegan más cerdos para matar. Los camiones nunca arriban a la misma hora y de vez en cuando asistimos a la gran ceremonia de la bajada de cerdos. Son muchos y parecen trastornados por el viaje, de modo que descienden rápida y ruidosamente. Se sienten liberados al salir del camión y trotan chocando unos con otros. Mañana las mangueras y su chorro formarán con la sangre sobrante un río rojo que se colará burbujeando por el gran desagüe que hay al final de la rampa de salida.

A veces algún cerdo quiere dar media vuelta y arma un lío, pero unos señores con unas cañas largas ponen orden y la fila se recompone de nuevo. ¿Qué pasaría si todos los cerdos diesen media vuelta? Todo está controlado porque por lo visto los cerdos son muy obedientes por instinto. Ya me gustaría a mí ver un matadero de leones... Los vecinos siempre comentan lo mismo:

—A estos se los ve bien alimentados...

—Del cerdo se aprovecha todo...

—Ya nos podría regalar algunas salchichas..., con el ruido que tenemos que aguantar...

Sí, hoy habrá jaleo todo el día, y por la noche los gritos de la matanza. Son sus últimas horas. ¿Les darán de comer? Quizá no, para que las tripas estén menos llenas. Pues deben tener hambre. Hambrientos, apretujados en un camión y listos para la matanza... Ya tienen suerte estos señores de que los animales no hablen, porque si corriese la voz tendrían problemas. Creo sinceramente que cuando gruñen en realidad no dicen nada. Creen que la vida va a continuar para ello, y están tan equivocados que me caen un poco mal. O sea, me dan pena pero me caen un poco mal. Quizás en realidad me dan rabia con su estúpida cola enroscada. No escaparán, y por eso me caen mal. Les falta un caudillo.

Hace una semana me encontré un libro de los mayores olvidado en el pupitre del colegio nacional en Montcada. Intenté dárselo al profesor, pero cuando acabó la clase todo era un barullo. El libro es ya de mayores, y habla de cosas ya de mayores, y la portada es ya de mayores. Habla de los caudillos, que son los que mandan, según me ha

dicho mi abuelo falso. A los cerdos les falta un caudillo como Indortes, Istolacio, Indíbil, Mandonio, Orison, Retógenes, Viriato o Franco. Creo que cuando vaya al curso de este libro tendré que saber estos nombres de memoria.

Las comidas, los disgustos y algún juego

En Montcada siguen las actividades normales: escuela, deberes y calcar. Luego está el tema de las comidas. Si a uno no le gusta algo da igual, porque se lo tiene que comer, si no en la cena al día siguiente. Como somos cuatro, cuando no es uno es otro. Las acelgas se llevan la palma, porque Eduardo tiene arcadas y le provoca arcadas a Juan y luego Enriqueta simula arcadas y el abuelo falso se enfada. Esto sucede con una normalidad pasmosa. Los mayores están muy preocupados cuando algo no gusta, y por lo visto ponen ese plato más a menudo para que acabe gustando. Pasa que no acaba gustando y reina el drama.

En mi casa de Barcelona esto no ocurría, porque ponían menos acelgas o por lo que fuera. En Montcada pasa por las casas un vendedor de verduras y siempre trae acelgas. Las pesa en una balanza que es como un tubo y venga acelgas y más acelgas. Va en moto con una cesta enorme y yo deseo que se la pegue y no vuelva nunca más.

Cuando acabamos de comer o de cenar tenemos que pedir permiso para levantarnos de la mesa. Hasta que no acabemos todos no nos podemos levantar. Enriqueta se rezaga siempre. Come con una lentitud anormal y tienes que esperar lo que parece una eternidad. «Lo que casi podríamos decir que parece una eternidad.»

Hay pocos juguetes. Con unas construcciones de madera yo fabrico tumbas donde meto polichinelas. Los dejo enterrados uno o dos días y luego construyo otra tumba y entierro otro polichinela. Entierro a la chica guapa y al rey pero nunca al demonio, que más bien es el que los ha matado. Un día mi abuelo falso me pregunta qué estoy haciendo y le digo que entierro muñecos. Se queda sorprendido. Es la única vez que me acaricia la cabeza y sonríe. Creo que le he dado un poco de pena. Me complace darle pena. Lo tendré en cuenta.

Llega el Séptimo de Caballería

De repente aparece en la casa de mis abuelos falsos un saco con indios y soldados del Oeste. Es una extraña novedad. Todos son de plástico blanco, sin pintar. Mis abuelos falsos se dedican a partir de ese día a pintar los muñecos. Uno detrás de otro. Gorro negro, cara marrón, traje azul y base verde para los soldados y plumas amarillas, cara y torso marrones, pantalón rojo y base verde para los indios. Hay cientos, y nos dejan jugar con los que aún no están pintados.

Son tantos que inicialmente resulta excitante. Puede ser divertido..., pero pronto me doy cuenta de que no es lo que parece. Pasa que están repetidos. Solo hay cuatro variantes de indio y cuatro de soldado del Oeste. La reiteración es bastante molesta, porque la idea inicial es hacer dos bandos enormes, y se nota bastante la repetición esta. Cuatro de cada y se acabó. La ilusión inicial por la cantidad se pasa pronto. Están como calcados, vamos.

¿Cuántos tipos de personas debe de haber? Más de cuatro seguro. ¿También hay gente repetida? ¿De qué tipo soy yo? No sé si cuando uno forma parte de un tipo ya es para siempre o se puede cambiar. Ya no sé si soy del grupo de gente de Montcada o del mío de Barcelona. Tampoco sé si se puede vivir sin ser de un tipo, aunque me parece que no. Solo sé que cuando salgo del enorme colegio de Montcada y jugamos un rato por ahí, no me siento de ese montón... Es como si al hacer algún amigo contribuyese a alargar mi involuntaria estancia fuera de casa. Por no saber, no sé si prefiero una pistola o un arco y unas flechas.

Lo que está claro es que la guerra no es buena. Lo sé porque en el enorme armario de la habitación donde dormimos he hecho un descubrimiento. No se veía, y mira que es grande. Es un libro viejo y enorme que está lleno de fotografías. Se ve que son muchas revistas convertidas en un libro que se llama *Blanco y negro*. Hay una foto de un caballo y varios soldados muertos. Habla del «hedor de la muerte». Se ve que «hedor» significa peste, según me dice mi abuelo falso. Todas las fotos son de la guerra del Rif, que es una guerra que hubo hace muchos años en África. El caballo muerto está como hinchado y despeinado, y los soldados muertos son españoles. Mi abuelo falso sabe bastante:

—¡Uyy! Esto fue cuando el desastre de Annual... Trece mil soldados españoles masacrados... ¡Y los que vendrían luego!

—¿Masacrados?

—Muertos... Soldados españoles. Los moros ganaron batallas

importantes.

Trece mil muertos. En la foto solo se ven tres. Trece mil...

—Y todos de familias pobres, que los ricos no iban porque pagaban para que fuese otro en su lugar.

África... Suena a exótico y peligroso. ¿Iré algún día? No entiendo por qué solo hay cuatro tipos de indios y cuatro del Oeste. ¿Por qué no hay soldados de plástico que estén muertos? Tumbados y con los brazos abiertos y la cabeza cubierta de sangre. Si mueren tantos, debería haber soldados de plástico muertos y caballos de plástico muertos y moros de plástico muertos.

—¿Y yo seré soldado algún día?

—Sí, harás la mili.

—¿Qué es?

—El servicio militar, pero falta mucho tiempo y ahora no hay guerra.

—¿Y si cuando me toque hay guerra?

—Pues mala cosa...

—A la de Vietnam nosotros no vamos, ¿no?

—No, esa no es nuestra.

No puedo explicarlo. No sé por qué, pero el caballo muerto de la foto me da más pena que los soldados muertos. Me sabe mal, pero así lo siento. El caballo no tiene conocimiento y es una víctima involuntaria. Ha confiado en su jinete y le han timado la vida.

La revista no solo habla de guerras, también hay fotos de gente vestida antigua muy elegante y anuncios de jabón Hiel de Vaca para la piel de las señoras. Contrastes. Mi abuelo falso me dice que por qué no calco la señora del anuncio. Manía de calcar.

Dos tiendas, un avestruz y el Roe Cebollas

No sé por qué las tiendas de Montcada son tan grandes. No es que sean grandes y repletas de cosas. Son muy espaciosas pero todo está junto. La tienda de la señora Rita es gigantesca. Entras y tienes que caminar hasta el fondo y tus pasos hacen eco. Solo hay luz en el mostrador, al fondo de todo. Se ve que antes era un almacén y ahora es una tienda de comestibles. Se nota. En invierno el frío es muy intenso. La señora Rita lleva bata y es alta, delgada y mayor. Tiene manos de hombre de tanto sacar patatas de grandes sacos.

La otra tienda había sido un casino y ahora era una bodega sobradísima de espacio. Casi nunca hay clientes y el vendedor, que siempre va en zapatillas, no parece contento. Poca luz y olor de vino y ruido fuerte al entrechocar botellas cuando le piden leche o gaseosa o vino.

Dos enormes tiendas con dos personas solitarias... Podrían juntarse y no estarían tan solas. Tan solas y tan cerca... De las dos tiendas podrían hacer una con bastantes cosas y no estarían tan solas. Se lo diría con gusto, pero temo que la idea no les parecerá adecuada.

En Barcelona las tiendas tienen letreros fuera y bastante luz. En esta barriada de Montcada, no. Montcada también tiene una zona céntrica con luz y una cervecería con gente y coches, pero aquí estamos lejos. Y por lo visto no llega tanta luz. Lo sé porque mi abuelo falso solo da la luz para cenar y luego la cierra enseguida. Poca luz. El día va cayendo y uno se acostumbra a la falta de luz y casi ve bien y no se da cuenta de que todo está oscuro hasta que a la hora de cenar mi abuelo le da al interruptor y, ¡chas!, la luz. De repente todo se ve bien..., es la vida. Cuando acabamos de cenar se apaga la luz del pequeño comedor y se enciende la de la habitación en la que dormimos. Al poco, la famosa oscuridad total.

Los mayores cuentan cosas que asustan. No lejos de la galería hay una especie de torre que resulta ser de aguas. Se dice que dentro vive un enorme avestruz que jamás saldrá de su interior porque se ha hecho demasiado grande. El cuidador de la torre crio el avestruz desde

que salió del huevo y no se dio cuenta de que había crecido hasta el punto de no poder salir. Está literalmente emparedado y apenas si puede mover la cabeza. El cuidador, según dicen, no tiene nariz porque se la comió el avestruz. Solo tiene un enorme agujero en la cara y le llaman el Roe Cebollas. Cada vez que pasamos cerca de la torre mi hermano Juan me aprieta la mano con todas sus fuerzas. Me gustaría poder decirle que todo es mentira, pero no tengo ninguna certeza al respecto.

Son historias que se cuentan y que durante el día se toma uno con sosiego. Es por la noche cuando sobrecogen. La vida es corta pero la noche es larga. La noche y su silencio se rompen cuando uno escucha los latidos de su corazón amplificados en la almohada. Cuando el dormir no es fácil se agazapa el espanto: mi corazón funciona pero el de mi madre no. Mi madre me diría que lo del avestruz es una tontería para asustar a los niños. Aunque fuese verdad. Me despierto de nuevo, en plena oscuridad, en un rincón del pequeño comedor. Raro.

Cosas que aún no sé y Eurovisión

Cuando estoy en Montcada no sé por qué ha muerto mi madre ni de qué. No sé todavía que llevaba enferma más de un año. Al principio de la enfermedad va al médico con mi hermana Rosa y al llegar a casa se hace pasar por ella.

—Doctor, soy Rosa, la hija de Matilde. La ha visitado hoy... Quisiera saber si lo de mi madre es grave.

—Es muy grave. Es un cáncer de páncreas y a su madre, como mucho, le quedan dos años de vida.

Así fue como se enteró mi madre. Se hizo pasar por su hija y se enteró de todo. Cuando alguien tiene esa información no hay consuelo que valga y la realidad se convierte en una roca pesada. Pero eso no lo sé.

Todavía no sé lo que todo eso supuso para Rosa, que era la mayor y tuvo que cuidarla. Todavía no sé que durante ese proceso mi hermano Santi tuvo que estar tres meses en cama por una pleuresía. Todavía no sé que mi madre murió en casa y que lo último que tomó fue leche con grosella. Ni sé que mi padre encargó una lápida con la Virgen de Montserrat, ni que por lo visto al nicho le toca el sol, ni que nunca volverá a casarse. De todo esto, no sé nada. Tampoco sé que Rosa y mi padre lo están organizando todo para nuestra vuelta. Ni sé que no tuvieron más remedio que dejarnos un tiempo en Montcada sencillamente porque no podían atendernos como es debido. Ni sé que Rosa es genial no solo como actriz.

No se hunde el que no está en la tormenta, y sin ver sufrir a los que quieres no hay ni constancia ni magnitud. Lo que te cuentan se inventaría, pero no es vivencia. Tiempo habrá para sentir la pérdida.

Cuando estoy en Montcada no sé lo que supone ser huérfano porque aún no lo soy por dentro. Es solo que mamá no va a estar más. Más que la derrota física de mi madre me duele este periodo de aislamiento del resto de la familia. La muerte me acucia a embeberme de los míos. Pero no nos pongamos serios. Ya dirán algo.

Hoy vamos a vivir algo excepcional: por la noche podremos ver la tele en la habitación de mis abuelos falsos. Resulta que dan el Festival de Eurovisión. Mis abuelos se tumban en la cama y colocan dos sillas a cada lado para nosotros. Estamos excitados. Todas las casas de la

galería van a ver el festival y mañana podremos decir que nosotros también lo hemos visto.

Antes de que comience ponen un letrero con estrellas en el que se lee «Eurovisión» y una música de acontecimiento.

—Ya conectan. Ahora esto lo verá toda Europa.

—Por España va Raphael...

—Ya empiezan.

Me impresiona el teatro lleno de público y la orquesta con tantos músicos. Qué contraste entre la vida diaria y aquel ambiente... Empiezan las actuaciones y enseguida el pequeño Juan y Enriqueta bailan bromeando al ritmo de las canciones.

Me siento reconciliado con el mundo aunque sea por una noche. Mejor dicho, estoy en el mundo. Observo a mi hermano con sus cinco años recién cumplidos y de repente se instala en mí por primera vez, y solo fugazmente, un impulso fraterno de tutela. No sabe lo que nos pasa. No sé si todo esto le afectará. Deseo que la suya sea, si acaso, una aflicción sin desconsuelo. «Porvenir.» Hay palabras que por ser puñeteramente esperanzadoras provocan recelo.

—España, ahora va España...

Sale Raphael al escenario y saluda bajando la cabeza durante unos instantes. Arranca la música de *Hablemos del amor*...

Hablemos del amor una vez más
que es toda la verdad de nuestra vida.
Paremos un momento las horas y los días
y hablemos del amor una vez más...

Mi abuela falsa parece emocionada. ¿Qué hace en la cama con un anciano? Una cosa es ser cuidadora y otra ser esposa. La diferencia de edad me resulta hoy más llamativa que nunca. ¿Por qué no está con un hombre de su edad? Los mayores hacen unos arreglos bastante extraños. En cambio, los de las tiendas enormes, separados.

De repente aparece Sandie Shaw descalza y dice que es una marioneta en la cuerda. La canción tiene un ritmo sincopado y divertido, y ella es guapísima. Sus brazos al aire y su vestido corto enamoran... Juan y Enriqueta siguen bailando enloquecidamente.

Hoy es un gran día. Un día casi normal. ¿Por qué no podemos ver un rato la tele normalmente? ¿Por qué no estar juntos como hoy? ¿Por qué tenemos que agarrarnos a fracciones de existencia como si fuesen

salvavidas? ¡Qué difícil es encauzar este lío hacia un cierto bienestar! Gana Sandie Shaw. Me alegro.

Al acostarme pienso que si hoy me levanto sin darme cuenta, ojalá acabe en casa de Sandie Shaw. Podría ser mi novia. Mira mis abuelos, sus edades son diferentes.

Así van pasando los días con sus noches y el madrugar para ir a ese colegio, en el que se oye el ruido de lo que dicen en las otras clases, y las matanzas de cerdos, y el invierno que llega, y la gente agradable de la galería, y la torre del avestruz, y la bailarina de la botella de licor con su música, y mi hermano Juan con sus enormes ojos azules y su indefensión de tan menor, y las visitas de mi padre, que nos trae a veces muestrarios de colores de la empresa en la que trabaja cargando camiones, y las asquerosas acelgas, y Eduardo delgado y serio, y Enriqueta cada vez con más pecas y con su graciosa indolencia, y los pedos, y las gallinas, y los trenes, y los gritos de «¡Juanamaaaaaaari!», y calcar, y el armario tétrico y gigantesco de los botes de leche condensada, y el levantarse dormido y despertarse en cualquier sitio. Y así. El ayer, el hoy, el antes y el después, en escaramuzas permanentes. Se es indio o se es vaquero. Ya veremos.

Mis abuelos auténticos

Ya he dicho que por aquel entonces poco o nada sé de mis abuelos de verdad. No he conocido a ninguno de ellos. Más tarde me entero de que mi padre nace en una masía de La Sagrera, en Barcelona, donde trabaja desde niño como agricultor. Mis abuelos paternos se llaman Rosa y Joaquim.

El día que se proclama la República mi padre está entusiasmado hasta el punto de que hace teñir de morado una franja de la bandera española y acude al centro a celebrar el advenimiento. Después se pasea con la bandera republicana por La Sagrera junto con los que, como él, piensan que el cambio de régimen supondrá un mundo mejor.

Pasan los años y ese nuevo mundo se hunde con la Guerra Civil. Durante la guerra mi padre es sanitario en un hospital de Girona. Siempre le oigo contar la anécdota de que un médico le dice que ponga tres lavativas al de la cama seis y que, por error, le pone seis lavativas al de la cama tres, que acaba el pobre con un cólico formidable.

Mi padre se desespera para siempre ante los crímenes cometidos por la FAI y por los tiroteos entre comunistas y anarquistas en la retaguardia. Los errores de la República y las divisiones del bando republicano durante la guerra le desilusionarán de por vida.

Ha acabado la Guerra Civil y hace muy poco que han entrado en Barcelona las tropas nacionales. Mi abuelo Joaquim va al mercado de La Sagrera a vender verduras en su tartana. No sabe que en pocos minutos un incidente inesperado marcará su destino.

Se está abriendo la barrera del paso a nivel del tren que pasa por La Sagrera. El caballo *Bayo* da un inesperado paso al frente y la vela de la carreta se engancha en la barrera. Es un contratiempo peligroso que desasosiega al caballo de tiro y que pone a mi abuelo al límite. Mientras intenta desesperadamente zafarse de la obstrucción se caga en Dios y en todos los santos. Dos hombres le observan. Varios testigos presencian la escena: —Sardà, no blasfeme.

—¡Cago en Dios, ayudadme, hostia!

—¡Que no blasfeme!

—Pues ya me he *cagao* en Dios y en la Guardia Civil y en el Rey y en Franco, y me cago en la hostia!

—¡Que se calle!

—¡Pues ya me cago en vosotros!

Por lo visto, mi abuelo, a diferencia de mi padre, no tiene

especiales sentimientos políticos. Lo suyo es el campo y si acaso una buena partida de cartas.

Al atardecer de ese mismo día la perra *Alerta* merodea la masía ladrando, señal de que mi abuelo está a punto de llegar a casa después de todo un día de trabajo. En la casa esperan mi abuela Rosa, mi padre, que acaba de llegar, y sus dos hermanos menores. Todo se dispone para la cena.

Los ladridos de *Alerta* son persistentes e ininterrumpidos, pero de eso se dan cuenta al cabo de un buen rato. Piensan que mi abuelo estará ahí fuera trajinando con las vacas o reparando algún apero.

Siempre es indeterminado el lapso de tiempo necesario para que asomen la inquietud y la extrañeza. En el goteo de instantes hay uno que parece desmandarse en su insignificancia y suscita ya levísimas oscilaciones de adversidad.

Mi padre llama a mi abuelo desde la puerta de la masía y arrecian los ladridos de *Alerta* en un nervioso ir y venir. No hay respuesta alguna. La noche ha caído y los pasos de mi padre con sus viejas *espardenyes* se dirigen hacia la huerta. Sigue llamándole y *Alerta* enloquece, adelantándose y como requiriéndole.

Sorteando las zonas sembradas, mi padre aligera el paso hasta que vislumbra la barraca en la que al acabar las jornadas guardan los útiles de labranza. La perra la rodea exaltada. Cuando por fin mi padre se acerca al pequeño barracón, se da cuenta de que la puerta está abierta. Llama a su padre, sin respuesta de nuevo. Lo que ve a continuación cambia su vida para siempre. Una instantánea imborrable: su padre yace muerto con una hoz en la mano, con la que ha tratado de defenderse. Tres disparos.

Jamás se abrirá investigación alguna, a pesar de que esa tarde un vecino ve aparcado un Citroën «Pato» y, extrañado, anota la matrícula. Nada más. Nunca. La policía toma nota de la matrícula y aconseja paciencia. A la semana se ve aparcado el coche ante la delegación de la Falange.

El inesperado paso al frente de su caballo *Bayo*, el incidente con la barrera del paso a nivel y su afrenta a los dos hombres se relacionarán siempre, en voz baja, con su muerte. Muchos años después yo mismo escucharé a mi padre y a su hermana recordando aquella noche de espanto, preguntándose quién fue el autor material de los disparos y el porqué de su total impunidad.

La abuela Rosa queda viuda con tres hijos. Mis hermanos la conocieron. Dicen que era muy guapa y buena gente. Insisten en que tenía una gran elegancia natural.

Poco después mi padre entra a trabajar en la Ciba utilizando la

carreta y a *Bayo* para cargar bidones de colorantes. Se quedan sin huerta y hay que ganarse la vida como sea. Trabajará en esa empresa cargando bidones toda su vida.

Mis abuelos maternos son Frederic y Maria, que era hija del director del Coliseo Pompeya. Las representaciones teatrales del Coliseo Pompeya se llevaban a cabo en el antiguo Teatro Moderno de la Travessera de Gràcia. Algunas de las obras en 1915 causaron bastantes problemas a las autoridades eclesiásticas y el padre Rubert, el máximo responsable, fue deportado de Barcelona acusado de fomentar asociaciones mixtas, representaciones teatrales poco piadosas y de ser demasiado «modernista». Parece que tras el término «modernista» se camuflaban las acusaciones a los eclesiásticos vinculados al movimiento de recuperación cultural catalana.

Ya tenemos el ambiente teatral en que crece mi abuela Maria Oliva, que se casa después con mi abuelo Frederic Tamaro. Él proviene de una familia de militares de origen centroeuropeo. De ese matrimonio nace mi madre, y cuando mi abuela estaba embarazada de su segundo hijo, su esposo, Frederic, fallece. Mi madre se queda huérfana de padre a los cinco años. Siempre hemos tenido la duda de si mi abuelo Frederic muere tísico, como se dice, o si en realidad se largó. Dudas. Ya tenemos otra abuela viuda con dos hijos: mi madre Matilde y su hermano Frederic.

Lo cierto es que mi abuela establece tiempo después una relación esencial en su vida con un hombre de teatro. Un buen hombre. Un hombre con compañía propia y con el que iniciará una nueva vida itinerante con el teatro como protagonista. Un actor y mi abuela, la hija de un director teatral a la que le apasiona ser actriz, juntos de por vida. Ese es el ambiente en el que crece mi madre. Para ella no habrá más padre que el nuevo compañero de su madre, con el que se lleva extraordinariamente bien.

En cierta ocasión la compañía duerme en una escuela. Les habilitan un aula para pasar la noche. El conductor del coche que les lleva es el señor Tost. A la mañana siguiente dan clase en el aula de al lado. La profesora reclama atención: —Quietos..., quietos.

El señor Tost se piensa que le llaman, por lo de «quie—TOST», y se presenta en calzoncillos en el aula llena de alumnos. Gran escándalo.

Mi abuela tiene el número uno de la asociación que crea el estudio Toreski de Radio Barcelona. Poco imagina que un nieto al que no

conocerá trabajará en esa radio haciendo un personaje similar a los de Toreski. Cosas.

Ese actor será el padre factual de los dos hijos de mi abuela. Muchos años después ese mismo actor enseñará a recitar a la primera nieta de mi abuela —de su compañera sentimental—, que se llama Rosa Maria. Una niña observadora a la que, para disgusto de mi madre, que ya está harta de tanto ir y venir con sus padres por los escenarios, también le gustará el teatro. Rosa Maria recita a Sagarra prematuramente. Una parte del destino de la pequeña Rosa Maria se forja gracias a esas influencias.

Ese hombre de teatro, prófugo indocumentado, pintor y fotógrafo, es querido por mi abuela, por mi madre y también por mis hermanos mayores. Todos ellos le recuerdan haciendo magia de «polvos polveris» para que apareciese la repostería del domingo. Le recuerdan recitando poesía catalana de hacer llorar, o cantando algún fragmento de zarzuela. Era, por lo visto, un hombre de enorme calidad humana.

Ese hombre al que yo conozco cuando es mayor y está enfermo, no es otro que... mi «abuelo falso». Yo lo detesto cuando tengo ocho años, cuando muere mi madre y cuando me veo en la obligación de vivir un tiempo con él y su nueva esposa-enfermera. Cuando la vida nos parece injusta, nosotros lo somos con la vida.

Yo le conozco cuando él ha perdido a mi abuela y a mi madre. Le conozco en su tristísimo declive. Le conozco en el mal final de una vida de arte, amor y trabajo. Cuando muere mi madre ni sé quién es ni le soporto, y creo que él siente un cierto desdén hacia dos nietos de última hora que le recuerdan a sus desaparecidas mujeres y a un mundo ya disipado. No venimos a cuento, esa es la cuestión.

Ahí está la historia de los abuelos que no conocí. Dicen que la necesidad crea el órgano. No sé si será verdad, pero de repente surgió en mi vida el señor Casamajor. Un abuelo falso, pero hecho a medida.

Sigo en Montcada. El mundo resulta extraño e inexplicable en sí mismo, y si además lo complicamos con añadidos enigmáticos, la vida se tuerce, hermética y enrevesada. En Montcada hace frío y llueve a cántaros mientras petardea la estufa de petróleo. Mañana tengo examen de Religión. Entrada en la Tierra Prometida:

> 91. Josué. – Josué fue reconocido unánimemente como jefe de las tribus de Israel, y Dios mismo confirmó su elección y autoridad diciendo: «Mi siervo Moisés ha muerto, levántate y pasa el Jordán. Nadie podrá resistirte, porque yo seré contigo como fui con Moisés.»

Que Dios te hable tiene que ser impresionante. Que te elijan rey ya lo es, pero que te hable Dios... ¿Habla Dios hoy en día o con lo que dijo ya está todo claro?

> 92. Paso del Jordán. – Obedeció Josué haciendo que el Arca de la Alianza marchase delante del ejército, y cuando los sacerdotes que la llevaban entraron en el cauce del río se abrieron las aguas para dejar el paso libre a los israelitas, que lo atravesaron a pie enjuto.

Tal y como veo a la gente de hoy en día, no sé yo si se atreverían a cruzar confiados un río porque se lo dice Dios. Le he preguntado a mi abuelo falso qué quiere decir «a pie enjuto» y me ha dicho que es ir a la pata coja. Por la mirada que me ha hecho, no sé si creerle.

> 93. Nuevos obstáculos. – No estaban, sin embargo, vencidos todos los obstáculos: los israelitas se encontraron con poblaciones fortificadas que tendrían que tomar a viva fuerza, y con gentes

fuertes y aguerridas a las que sería indispensable someter por las armas.

Los principales de aquellos pueblos eran: al norte, los sidonios, los heveos y los heteos o hititas; en el centro, lo ferezeos y gergeseos; al mediodía, los jebuseos, heteos y kenitas, y al oeste, en la costa meridional, los filisteos.

Es muy difícil saberse esto de memoria, pero el cura casi nunca pregunta las cosas complicadas. Lo que parece, eso sí, es que había muchos pueblos.

94. Toma de Jericó. – Después de haber atravesado el Jordán, cuando Josué se preparaba a poner sitio a Jericó, díjole el Señor: «Que todos los guerreros den una vuelta cada día alrededor de la ciudad.» El día séptimo Josué se disponía a poner sitio a Jericó, y díjole el Señor: «Que todos daréis siete vueltas a la ciudad; concluida la séptima vuelta, cuando oigáis el toque repetido del cuerno potente, el pueblo en masa dará un grito y al momento se desplomaran las murallas por sí solas.»

Cumplida exactamente la orden de Dios, quedó la ciudad destruida de un a otro extremo, y todos sus habitantes fueron pasados a cuchillo.[*]

Está claro que cuando Dios ayuda a un bando, los otros lo tienen muy mal. Ya pueden luchar «aguerridamente» que van a perder. Ya pueden construir las murallas que quieran que serán pasados a cuchillo. La cuestión es si se está o no en el bando adecuado. Mi abuelo falso me dice que todo esto no pasó y que es un «cuento», con lo cual está clarísimo que a él le pasarán a cuchillo en la próxima tanda. Mi abuelo falso debe de ser jebuseo, heteo o kenita o algo así y no lo sabe, y no sé por qué se burla de todo esto. Me dice que «idólatra» significa «tartamudo».

Mi madre sí creía en Dios, y la prueba la tengo en que se enfadó mucho cuando simulé que una galleta Cuétara redonda era la Sagrada Forma y la di bromeando como si fuera la comunión. Como ya sabéis, me pegó una buena bofetada. Yo pienso que sería en aquel momento cuando mi madre se ganó el cielo y Dios ya se la llevó. Conste que el cielo me cae mal pero Dios no. Lo digo porque a veces estas cosas se confunden. Y no quiero enfados con Dios.

El cura que nos da religión en Montcada es muy diferente del que teníamos en la academia de Barcelona. El de Barcelona nos hacía cantar *El tamborilero*, que es esa canción que dice: «El camino que lleva a Belén baja hasta el valle que la nieve cubrió, los pastorcillos quieren ver a su Rey...» Y entonces, dando golpes en la mesa: «Pom porrom pom...» Era joven y bastante amable.

El de Montcada es otra cosa, porque es mayor y mucho más serio. No sé si su seriedad es porque cojea un poco, con lo que la sotana le rebaila alrededor cuando camina. En verano se seca todo el rato la frente con un pañuelo y se nota que pasa calor. Fuma mucho y tose a menudo. Con él no cantamos, pero nos cuenta las cosas que más hacen llorar al niño Jesús:

Mentir.

Decir palabrotas.

No obedecer a los maestros.

No obedecer a los padres.

No ir a misa.

Tocarse.

Tocarse, me he enterado bien, se refiere no a un «tocarse» en general, lo cual sería muy difícil porque solo que te toques la nariz o que te rasques un brazo el niño Jesús ya lloraría. Se refiere a tocarse el pito. Se ve que como por el pito meamos, pues no se puede tocar. Al mear se ve que sí, pero luego ya no.

El niño Jesús tiene una tendencia a llorar mucho, lo cual, según el cura, es un síntoma de que no vamos bien.

Un alumno repetidor que es mayor que nosotros le pregunta al cura por qué el niño Jesús existe si era Jesucristo de pequeño. Cómo puede ser que le crucificasen de mayor y que ahora vuelva a ser niño Jesús. Aquí sí que el cura se pone serio, y mucho. Le cambia la cara a mal. Nos pega un gran susto porque coge el borrador y se lo tira al que ha hecho la pregunta. Acto seguido escribe una palabra en la

pizarra: EVOCACIÓN. Nos dice que esto toca en el siguiente curso.

—¿Alguien más quiere preguntar?

---

* Todos los pueblos que entonces ocupaban la tierra de Canaán eran idólatras y estaban sumergidos en la más degradante corrupción, por eso había ordenado el Señor a los israelitas que los extermina sen por completo.

Si una cara se desvanece, mala cosa

Ha sido cosa de un instante. Frente a las viviendas adosadas de la galería hay una larguísima barandilla metálica y, abajo, el techo del matadero. Tengo la costumbre de caminar con un palo que va golpeando cada uno de los hierros de la barandilla. Si corres más, el ritmo aumenta. Aroma de atareadas cocinas. Voy y vengo y suenan las radios y yo con mi repiqueteo.

Ha sido cosa de un instante. Hace un mes de lo de mi madre, más el tiempo que llevaba sin verla. Además, cuando se discutía con mi padre íbamos a casa de mis tíos indirectos... El caso es que su cara se me va de la cabeza. Es así de sencillo: no recuerdo su cara. No la recuerdo o creo no recordarla, lo cual es muy parecido a no recordarla.

Si me centro en sus ojos se desvanece el resto de la cara. y al memorizar su boca, languidece la mirada. Es un esfumarse molesto, que además me hace sentir un poco culpable. Si cierro los ojos nada mejora, porque recuperar su imagen no pide concentración, más bien tiene que fluir espontánea. Es como cuando no recordamos una palabra y tozudamente nos anclamos dale que dale. La palabra vendrá a la cabeza cuando no la busquemos. Pues eso..., más se desvanece su imagen cuanto más me empeño en suponerla.

Como en mi casa no se da la costumbre del retratar, se demora el destello de lo evidente: necesito una foto de mi madre.

Requerido, mi abuelo falso me dice que algo tendrá, pero hay que buscarlo.

—Tengo que mirarlo en unas cajas.

Tiene que mirarlo en unas cajas. Vaya. Vivimos en un aplazamiento permanente. Una casa tan pequeña y hay que buscar las cosas como si estuviésemos en una mansión. Tiene que mirarlo en unas cajas... ¿Dónde están las cajas? ¿Cuántas son? ¿Cuántas fotos hay en cada caja?

Si los primeros años de nuestra vida nos marcan, ya digo que lo de esperar me sienta mal. Con tanto retraso podría darse el caso contrario y acabar dominando el desasosiego, pero creo que no será así. La impaciencia luchará siempre contra mi pésimo control racional: «Tengo que mirarlo en unas cajas.» Pues... ¡que os den a ti y a las cajas!

Tres días después le digo a mi abuelo que quiero ir a casa del vecino para llamar a mi padre y pedirle que el próximo sábado traiga fotos de mi madre.

—Espera, no le molestes... A ver si encuentro las cajas.

Lógicamente, mi abuelo falso sabe con una precisión portentosa dónde están las cajas. Pone tres sobre la mesa del pequeño comedor, las abre como quien exhuma tres sepulturas y allí me veo yo, a la espera de una imagen con la que retener lo ya inalcanzable.

Fotos y más fotos de gente que por lo visto ya no está en este mundo. Van cayendo sobre la mesa como naipes efímeros de un juego mortífero. Mi abuelo silba flojísimo, como para quitarle espanto al asunto, y me doy cuenta de que quizá la tardanza más que sádica era cautelosa. Compruebo ahora que no le gusta tanta evocación ni tanta ausencia ni tanto eclipse. El enfado nos hace despóticos, y casi lamento mi petición.

—Casi todas estas fotos las hice yo... ¡María santísima, los años...!

En el armario gigante del dormitorio descansan una cámara antiquísima, una lámpara extraña y unas bandejas de médico... Parece que, en efecto, las fotos las hizo mi abuelo falso.

Sigue buscando y amontonando las fotos ya vistas: personas sonriendo en grupo, niños ante un enorme huevo de Pascua de chocolate, actores vestidos de época, personas sonriendo en una comida, una pareja que se casa, más personas sonriendo ante la cámara con bañadores ridículos, personas muy arregladas de pie y sentadas como un equipo de fútbol, dos en bicicleta, dos niños vestidos de vaquero del Oeste con pistolas grandes, tres viejos sentados en un banco con un porrón enorme, un cura y varias abuelas, un señor que pone la cabeza en una enorme bailarina de flamenco dibujada, gente que baila sardanas, señores con sombrero, señoras con pamela, señores con bigote, señoras con sombrilla... ¡Qué error, los pobres! Nacieron todos antes de hora y ya no están. Sus fotos han durado más que sus vidas.

De repente mi abuelo deja de silbar y se queda con una foto en la mano que mira y remira. Suspira, como cansado de todo, besa la foto y la lanza sobre la mesa con tal efecto que da un par de vueltas antes de caer ante mí. La giro y allí están ellos.

—Son tus padres con tu hermana Rosa, que era un bebé.

—¿Qué edad tenía la mama?

—Lo pone detrás... Veintitrés años.

Ahí están los tres, mis padres andando. Me parecen muy elegantes. Mi madre con mi minúscula hermana Rosa en brazos. Miro cautivado la cara de mi madre, tan joven, y de no recordarla paso a casi no reconocerla. La gabardina de mi padre es tan larga como las del *Blanco y negro*. Se les ve alegres y como amigos. Faltan cuatro hijos y muchas discusiones, pero ahí están, juntos. Les tengo. La tengo.

—No la pierdas.

Todo fluye, nada permanece... y eso

Llega el verano y se acaba el curso en la gigantesca escuela de Montcada. Mi abuela falsa saca el plástico que envuelve una maleta marrón y la coloca encima de la mesa del pequeño comedor. Va poniendo nuestra ropa bien plegada, los cuadernos de calcar y los muñecos de guiñol, los libros del cole y la foto de mis padres con Rosa. Sus ojos están llorosos, pero ella no dice nada. Nunca ha dicho nada y parece que ahora también sabrá mantenerse en el lugar de los que no dicen nada. Es como si la vida no fuese del todo con ella.

Yo me siento casi mareado del vértigo y más que ilusión experimento asombro y recelo. Son las tres de la tarde. Sé que vuelvo a casa pero me acobarda la posibilidad de que algo salga mal y regresar de nuevo a Montcada. Eso sí sería nefasto. Me preocupa que mi hermano Juan no se porte bien y ocasione contrariedades o disgustos que acaben con nuestra vuelta. Esto provocará una pesadumbre casi crónica en mi relación con el pequeño Juan.

Eduardo y Enriqueta se sienten especialmente tristes ante nuestra marcha, pero yo no tengo capacidad de compasión. Solo pienso que me voy y se me abre el cielo y miro por la ventana e imagino a mi padre aparecer por la galería, pero todavía es pronto y sé que es mejor no mirar, porque llegará cuando llegue y se me hará más corto si no miro.

Los vecinos saben que nos vamos y vienen a despedirse. Juana Mari y Vicenta nos dan besos fraternales, intensos y sinceros. Han sido un bálsamo a lo largo de este año. como lo han sido las risas familiares y las luces de vida en la galería y las radios alegrando los días plomizos.

Mi abuelo falso silba flojito para quitarle hierro al asunto, y cuando entro en la habitación del enorme armario siento que casi no puedo controlar las emociones. Lo miro todo..., salgo al pequeño comedor. Mi hermano Juan le pide al abuelo falso si por favor puede poner la botella con la bailarina.

Ahí está ella, minúscula, prisionera en su botella y danzando al son de la música clásica. Mi abuelo le da cuerda y ella se alza, gira y baja de nuevo. Sus brazos están en alto y sus piernas como sueltecillas. Qué breve su vestido de bailarina y qué eterna su juventud enclaustrada...

Mientras da uno de sus mágicos giros sobre sí misma, suena el ruidoso timbre: ¡mi padre! Ahora es mi corazón el que parece bailar en mi interior: ¡que me den cuerda!

A la media hora estamos en la parada del TREBIMO, que así se llaman los autobuses que llevan a Barcelona. La distancia no es gran cosa, pero el enorme vehículo se encarga de trastornar la relación espacio-tiempo. Parece que emprendamos un largo viaje, porque todo el mundo lleva paquetes y enormes bolsas en medio de una sofocación canicular. Se suda, se empuja y se discute como la cosa más natural.

Mi padre nos agarra de la mano y tira literalmente de nosotros para subir al autobús, que trepida en la parada lanzando bostezos hidráulicos. No hay asientos libres.

—Venga, vayan pasando, adelante... ¡Nos vamos! ¡Señores, que esto se va!...

El autobús se mueve y llegan rezagados que se agarran con extrema habilidad a las barras para subirse de un salto. Mi hermano Juan desaparece entre las piernas de los adultos cogiendo el pantalón de mi padre... ¡Nos vamos a casa!

Llegamos al piso de Barcelona entrada la tarde. Santi y Fede están cambiando un cristal roto de la ventana que da al balcón. Al vernos lo dejan todo y nos besan y nos cogen en brazos... Rosa sale de la cocina como enloquecida y se suma a la fiesta.

Han colocado regalos en la mesa del comedor: una peonza muy grande, un chimpancé mecánico que hace sonar los platillos, un motorista de lata y muchos caramelos.

Se celebra nuestro regreso y eso me satisface. Cierto que advierto, ahora sí, el vacío por eliminación. Es en este momento, al volver a estar con ellos, en el que emerge diáfana la supresión.

Cuando vuelves a casa después de cierto tiempo todo es un descubrimiento. Veo mi habitación con ojos nuevos y todo me parece reverdecido y reestrenable.

Durante la cena veo la puerta de la cocina desde donde nos miró aquel día de «las piernas por delante». Cenamos con una emocionante normalidad. Deseo dejar de sentirme un visitante cuanto antes. Todo parece ir bien hasta un momento en el que el pequeño Juan se deja llevar por una espontaneidad devastadora. En un tono animado, y como si nada, se suelta:

¡Mamaaa!

Con una sola palabra hace añicos el gran tabú. Todos en la mesa parecen ocultar su abatimiento embuchándose un cierto desconsuelo. Aquí estamos, más solos pero más juntos que nunca.

Normalizar la anormalidad, más o menos

La gente te lo recuerda. En la escalera nos encontramos a la vecina de abajo, la señora Paquita: —Hola, guapos... Cuánto tiempo.

—Hola, señora Paquita.

—¡Ay, Señor! ¿Echáis de menos a vuestra madre?

«Echar de menos» me parece una expresión de una dureza brutal. Primero está «echar», que es lo que se hace con las basuras, y luego «de menos», que es como muy mínima... Sería más razonable «de más». El caso es que no conozco la expresión e imagino que es echar a mi madre a alguna parte. Contesto con toda sinceridad: —No.

—¿No?

—No.

—Bueno, pues ya la echaréis de menos...

Nos besa en la cabeza. Nunca antes nos había besado en la cabeza. Cosas raras.

La señora Consuelo es una vecina anciana que hace reír bastante. Me la encuentro en la escalera y con tono admonitorio me dice: —Javierito, la vida es muy dura. Lo de tu madre es una gran desgracia... Tienes que estudiar mucho para no ser un *nino de putxinel·li*. —Se refiere a un «muñeco de guiñol».

Me lo dice muy enfáticamente, como si ella supiera a la perfección lo malo que es ser un muñeco. Me imagino que soy uno de mis muñecos de guiñol. Inanimados sin mi mano dentro y como muertos si no hay función. Más cosas raras.

Mi casa en Barcelona está literalmente en la entrada de un campo de deportes donde jugamos cuando no hay partido. Otro punto de encuentro está en la esquina, y lo llamamos «las Piedras». Se trata de dos enormes edificios que se alzan sobre un terreno cubierto por un tapiz de piedra jardinera. Hay columpios y bastantes escondites para jugar a policías y ladrones. Salgo y me encuentro con ex compañeros de clase cuyo veraneo, como el mío, solo consiste en bajar a jugar. Son cuatro y jadean de tanto corretear.

—Se te ha muerto la madre, ¿no?

—Sí.

—Mi madre dice que lo pasó muy mal. Que tenía cáncer.

—Sí, creo que sí.

—Y tú, ¿dónde has estado?
—Con mis abuelos... Bueno, con unos abuelos.
—¿Y ahora te quedarás?
—Creo que sí. Sí, me quedaré.
—¿Y viste cómo se moría?
—No.
—Y tu padre, ¿cómo está?
—Lo normal.
—Mi madre dice que tu madre era muy buena.
—Sí...
—¿Qué quieres ser, *poli* o *ladra*?
—*Ladra*.

A diferencia de mi vida en Montcada, en mi casa los días pasan rápidamente. Como es verano entro y salgo, subo y bajo cuando quiero. Mi hermano Juan está más controlado, por Rosa y por mi padre. Le veo bien y eso me reconforta. Disfruto de una normalidad casi olvidada que me permite reencontrarme conmigo mismo. Me da igual lo que me diga la gente, porque ahora ya me sé huérfano. Es como ser alto o bajo, moreno o rubio: no se está huérfano, se es.

Así va pasando ese primer verano. Mi padre de vacaciones con su camiseta imperio y su pantalón mil rayas enrosquillándose un mechón de su blanco cabello mien tras mira la tele, Rosa ensayando una obra de teatro, Santi montando un estudio de sonido en el teatro de «los Padres» —su antiguo colegio— y Fede haciendo vacaciones de su tempranísimo trabajo como informático en La Catalana de Seguros, donde trabajó mi madre y donde nos aseguró a Juan y a mí poco antes de morir. Juan y yo seguimos siendo los pequeños en un ambiente más que agradable.

Cuando Rosa estrena una obra de teatro, llega tarde a casa cada noche. De vez en cuando Santi se esconde en un enorme baúl sin fondo que hay en la entrada y cuando Rosa entra sigilosa le pega un susto de muerte agarrándola por el tobillo. Muchas noches en las que todos dormimos, ella entra temerosa mientras le dice a Santi: —¡Sal..., sé que estás ahí... Esta noche no me vas a asustar!

Nos despertamos todos riendo como dementes y mi padre lanza su grito de guerra: —¡Si me levanto sabréis quién soy yo!

De vez en cuando yo sigo andando mientras duermo. Una noche me despierto a un palmo de Rosa, que está en la cocina lavando los

platos. Ella no se ha percatado de mi presencia, y yo no sé qué hacer. Pienso que si me muevo para regresar a la cama puedo pegarle un susto enorme. Decido hablarle: —Rosa, no te asustes...

El susto es brutal.

—Te he dicho que no te asustases.

Con la mano en el corazón me dice que no pasa nada, que vuelva a la cama.

Rosa va de sobresalto en sobresalto. A pesar de todo, nos adora y la adoramos.

Un día se me ocurre subirme a una silla y abrir el mueble bar con espejos para ver mi cara multiplicada hasta el infinito. Como siempre, ahí están el Chartreuse y el Pippermint, pero hay además una sorpresa que me hipnotiza: una dentadura postiza. ¿Qué hace allí? Es solo una parte. No sé si la de arriba o la de abajo. Son todos los dientes, un buen trozo de paladar de plástico y en cada extremo dos ganchos metálicos. La cojo y la observo de cerca. Los dientes son perfectos y el plástico simula un paladar rosado. Son los de arriba. Me la coloco frente a mis dientes y me miro en el espejo.

—Papa, ¿de quién son esos dientes?

—No sé. Alguien los habrá puesto ahí.

—¿Alguien se ha dejado los dientes en el mueble bar?

—Déjalos... Ya veremos.

—¿La saco para que su dueño la vea?

—No, deja...

Mi hermano Juan merodea curioseando.

—¿Qué es?

Me pongo de nuevo los dientes frente a los míos para asustarle: —¡Una dentaduuuura postizaaaa!

—Déjamela.

—No, que no sabemos de quién es.

—Déjamela.

Juan hace lo mismo y así andamos con la dentadura haciendo el loco. Mi padre se pone serio y nos pide que la dejemos en su sitio. Juan no le hace caso...

—No, que es divertido.

—Dame eso...

—Va, papa...

—Que me lo deis.

—Solo un rato y se lo devolvemos...

—Que no puede ser, venga, dámelo.

Juan sigue, inocente, con la broma. Por fin mi padre se ve obligado a decirlo: —Venga, que la pondremos aquí. Es la dentadura de la

mama.

De más está decir que la broma se acaba al instante. Es un impacto. No sabíamos que nuestra madre llevase dentadura postiza, pero lo que en cualquier caso no podíamos imaginar es que estuviese en el mueble bar. ¿Cuándo se la quitó?... He tenido en la mano los dientes postizos de la mama. Raro.

Aún no sé que cuando lea y oiga el *Hamlet* con la calavera en la mano siempre recordaré el mueble bar:

> Deja que la vea. ¡Ay, pobre Yorick! Yo lo conocía, Horacio: tenía un humor incansable, una agudeza asombrosa. Me llevó a cuestas mil veces. Y ahora, ¡cómo me repugna imaginarlo! Me revuelve el estómago. Aquí colgaban los labios que besé infinitas veces. Y ahora, ¿dónde están tus pullas, tus brincos, tus canciones, esas ocurrencias que hacían estallar de risa a toda la mesa? ¿Ya no tienes quien se ría de tus muecas? ¿Estás encogido? Vete a la estancia de tu señora y dile que, por más que se embadurne, acabará con esta cara. Hazla reír con esto.

La vuelta al cole y la madre que los parió

Acaba el verano y es hora de volver al cole, a la academia que está junto a mi casa. Experimento una cierta ilusión porque es la confirmación de la nueva vida en Barcelona.

Como mi padre se va a trabajar a las siete con su traje azul y cada hermano tiene sus cosas, a partir de ahora me pondré el despertador y llegaré puntual a clase. Despertaré a Juan y bajaremos juntos un cuarto de hora antes para poder charlar y hacer guasa con los colegas de clase.

La academia ocupa la planta baja de un antiguo edificio de pisos. Los pasillos son estrechos y un micropatio sirve para recreos casi estáticos. Una característica esencial es que se trata de una academia libre, lo que significa que los exámenes finales no se hacen en la escuela donde estudias. Al final de cada curso un autocar nos lleva, bastante aterrorizados, a un instituto en el otro extremo de Barcelona. En el trayecto algunos vomitan por la mezcla de mareo y miedo. Los avisos por la megafonía del patio producen escalofríos:

—Alumnos de Matemáticas de primero de bachillerato, aula magna. Repetimos, primero de bachillerato, aula magna.

Y eso es lo que me toca estudiar: primero de Bachillerato. Por supuesto, se estudia en castellano y, por supuesto también, en casa hablamos en catalán. Para mí utilizar dos lenguas es tan normal que imagino que en todos los idiomas hay catalán y castellano. Estoy convencido de que en Francia hablan en francés catalán en casa y en francés castellano en la escuela, y lo mismo con el inglés.

Pronto me doy cuenta de que ya entro a formar parte del reino de los «mayores» en el sentido de que los profesores utilizan sus «métodos» para mantener el orden. A los pocos días de empezar el curso asisto en clase al primer tirón serio de patilla. El profesor se acerca a uno de los alumnos, le coge la patilla y tira con fuerza. Es un contacto profesor-alumno muy íntimo que generalmente acaba con el

alumno en pie y el profesor tirando y tirando de la patilla. Cuando la sesión acaba, el alumno se frota enérgicamente la sien para calmar el dolor. Tras el tirón de patilla la clase sigue con toda normalidad. Hay un tirón de patilla en el que también se anda, porque el profesor va llevando al alumno hasta la puerta de la clase y lo echa. Es un andar a pasitos cortos para que el alumno no se suelte. Como una danza.

Cada profesor tiene su propia personalidad y no todos tiran de la patilla. El de Matemáticas, por ejemplo, prefiere los bofetones. Si sales a la pizarra y no solucionas correctamente un problema, te gira la cara. También da guantazos si alguien habla en clase. Siempre pide una cierta colaboración:

—Baja las manos... Baja las manos... Que bajes las manos. —Prefiere las manos bajadas para pegar mejor—. ¡¡¡Que bajes las manos te digo!!! —Entretanto va pegando, pero mal...

Los alumnos no colaboramos mucho, por lo que al taparnos la cara el proceso se alarga bastante. Estos métodos interrumpen la clase y el profesor suele preguntar:

—¿Por dónde íbamos?

Naturalmente, llega un día en que me toca a mí. Me estreno con el bofetón por hablar. Al principio se queda uno bastante sorprendido, pero una vez pasado el susto ya se está muy preparado para el siguiente tortazo. Por cierto, llama la atención el que te quede como un pito en el oído que tarda un rato en desaparecer. Si te da bien, la mejilla arde. Eso sí, es peor cuando el tortazo te lo da al salir a la pizarra, porque es doble: el que te da el profesor y el rebote contra la pizarra. En el caso del rebote contra la pizarra a veces sangra la nariz:

—Anda, ve al váter y límpiate con agua...

El susto fuerte es cuando de repente el profesor se levanta y se dirige a toda velocidad a la zona donde uno se sienta, porque nunca sabes si viene a por ti o a por otro. Hay un instante de duda, porque ya está muy cerca y puede que venga a por ti o a por otro. Algunas veces reciben dos o tres, como si aprovechase el viaje. Cuando lo tienes al lado aún no se sabe quién es el objetivo y si no te toca a ti es un alivio enorme. Lo mismo con el de la patilla. Todos preferimos la patilla, porque es más metódico. Duele, pero no hay forcejeo.

Los profesores más jóvenes no pegan, y no sabemos exactamente por qué. Pensamos que seguramente pegarán de mayores. Al no pegar, les cuesta más que haya silencio. Uno de Literatura pide a toda la

clase que gire la cabeza y no mire adelante. Tiene a un alumno de pie junto a él y simula un tortazo dando una palmada. Se produce una risotada, porque el ruido del bofetón es inconfundible. El bofetón es estallido y la palmada entrechocar. Nada que ver. Luego está la cara del que recibe la bofetada, que queda seria o con mueca. El alumno de la bofetada falsa, en cambio, sonríe sorprendido. Como digo, nada que ver.

Me fijo en que cada vez que tiran de la patilla o pegan, los profesores encienden un cigarrillo. No falla. Fuman muchos cigarrillos, pero después de episodios de tensión siempre cae uno.

En ese momento parece que pegar o tirar de la patilla les sabe mal. Sacuden la cabeza como pensando lo malos que somos. Chasquean la lengua. Se comportan durante un minuto como si el profesor fuese la víctima de toda la clase. Creo que todos sentimos que no estamos a la altura de lo que se nos pide y que si cambiamos no tendrá que pegarnos. Verlos así nos hace sentir un poco brutos y bastante culpables.

Luego está la habitual expulsión de clase. Se hace pesado,porque se queda uno en el micropatio hasta la clase siguiente. Miras las paredes, entras en el lavabo lleno de vulvas, tetas y penes dibujados. Vuelves a salir. Miras el cielo, los desconchados de la pared, entras de nuevo en el lavabo que tiene puertas abatibles, como del Oeste, sales al micropatio, miras el suelo de cemento y el desagüe con su reja en forma de bola. Como el micropatio es el patio interior de un edificio, puedes oír también las conversaciones de algún vecino o cómo tiran de la cadena. Vuelves a entrar en el lavabo y miras las vulvas, las tetas y los penes. Huele mal. Sales al micropatio y sabes que tu casa está aquí mismo pero a la vez te sientes lejos porque aquí mandan los profesores. Luego suena el timbre y vuelves a la siguiente clase.

Las clases son de nueve a una y de tres a seis de la tarde. Luego vienen los del turno de noche. Otro castigo frecuente es quedarte hasta las diez. El día se hace bastante largo y vives una repetición de clases, tirones de patillas y bofetones. Al castigado no se le aplican estos «tratamientos» porque se le ignora. Está, pero no está. Ni se le mira. Es como un extranjero en su propia escuela.

A pesar de todo no pierdo la ilusión de estudiar. Noto tensión, pero como me parece normal... voy tirando.

Muere la *tieta* Rosita Mansebo Insua

Rosita Mansebo Insua, *la Negra*, ha muerto. Era muy vieja y vivió un tiempo en casa. Cuando somos muchos, dormimos en un plegatín en el comedor. La *tieta* Rosita tenía una trenza larga y era del Uruguay. Hoy ha muerto en una residencia y no puedo olvidar lo que me decía:

—Javierito, el día que me muera vendré a tirarte de los pies cuando estés en la cama.

Creo que esta noche lo pasaré mal. Pero ¿quién era la tía Rosita Mansebo Insua?

Hace muchos años el hermano de mi abuela materna, el tío de mi madre, creó una compañía de teatro que llevaba su nombre: la Compañía de Joan Oliva. Resulta que después de una vida discutible y controvertida decide irse a América del Sur para probar suerte y hacer fortuna. Por lo visto, reúne el dinero vendiendo los muebles de la casa de sus padres:

—Vienen a llevarse los muebles porque he conocido a un fabricante que trabaja a muy buen precio. Estos muebles son un desastre. Esta tarde traerán los muebles nuevos.

—¡Pero hijo mío...!

—Nada, nada, que estos muebles son viejos y quiero que viváis como reyes.

Entran unos operarios que cargan todo el mobiliario en carretas y se lo llevan. Joan Oliva embarca hacia América ese mismo día. Nunca llega ninguno de los muebles prometidos y, además, ha desaparecido el dinero de la caja del negocio familiar. Es un disgusto del que la madre jamás se recuperará del todo.

Joan Oliva quiere probar suerte pero no la encuentra. Por lo visto, según su versión, todo el mundo lo estafa. Después de su largo periplo lleno de incidencias y confusiones, decide embarcar en Uruguay para volver a casa. En Montevideo está atracado el barco con el que el tío de mi madre va a atravesar de nuevo el Atlántico, pero no lo hará solo. Unos militares lo detienen cuando se dirige al puerto.

—¿Es usted Juan Oliva?

—Sí, señor.

—Acompáñenos.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

He oído contar muchas veces el episodio que se vive a continuación. Un militar de graduación indeterminada dice que lo coloquen contra una pared.

—¡Asina se mata a un blanco!

Ni que decir tiene que a Joan Oliva se le cae el mundo encima.

—¡Asina se mata a un blanco! ¡Carguen!

—¡Esto es un error! ¿Qué están haciendo?

—¡Asina se mata a un blanco! ¡Apunten!

Joan Oliva se siente morir antes de que lo alcance ninguna bala.

—¿Quiere que no lo matemos?

—¡¡¡No me maten!!!

—Pues como usted ha *mansillado* el honor de mi hermana Rosita, se la tiene que llevar a España con usted. O se la lleva u ordeno que disparen.

Y ahí está la tal Rosita Mansebo Insua, una jovencita uruguaya de tez morena y larguísima trenza. Naturalmente, Joan Oliva accede a llevársela y solo media hora después zarpa el vapor con el que iniciarán un viaje que durará toda su vida.

Por lo visto, el estupor familiar es notable. Pasa bastante tiempo antes de que «la Negra» (así la llaman) forme parte del paisaje humano de la familia de mi madre. Lo que queda claro muy pronto es que «la *tieta* Rosita» tiene una tendencia natural a la bebida. Cuando la pillan en la cocina bebiendo en porrón, su excusa es floja:

—*Tieta*, ¿ya está con el porrón?

—No, solo miro si hay vino para el Oliva.

Joan Oliva sigue con su vida trastornada y trabaja como tenor cómico en una zarzuela.

—Aguanta, Negra mía, que me ganaré la vida y seremos ricos los dos.

Las ausencias de Joan Oliva provocan soledades y tensiones que cambian el comportamiento de la Negra. En uno de sus célebres arrebatos llega al punto de morder a una asistenta.

—¿Es epilepsia, doctor?

—No, señora, no..., es que está borracha.

Yo la conozco en su ancianidad, cuando ya es viuda. Mantiene su acento barroco y en su mirada reverberan nostalgias de dos mundos, como si las tristezas mediterráneas se trenzasen con las de ultramar.

—Javierito, el día que me muera vendré a tirarte de los pies cuando estés en la cama.

Con suerte no estaré en la cama. Puede que esté caminando en sueños. Será una noche dura. Ha muerto la *tieta* Rosita. Descanse en

paz Rosita Mansebo Insua, que vino de lejos y siempre miró si había vino para Oliva.

Navidad, dulce Navidad y la bicicleta

La Navidad es el obrador de las nostalgias a fecha fija. Scrooge no andaba desencaminado. Cuando mi padre se lleva los meñiques a los ojos como para quitarse unas lagrimillas, mala cosa.

Este año no nevará. Recuerdo la nevada del 62. Empieza a nevar serenamente el día de Navidad y todo el mundo alborota frente a los cristales. Arrecia la nevada como un campo de algodón en vertical y el entusiasmo se desborda. Nadie imagina que estará nevando durante dos días y que la ciudad quedará cubierta para la historia. Por la radio recomiendan quitar la nieve de los terrados para evitar su hundimiento, y nadie puede salir de casa. Desde el balcón los coches parecen merengues gigantes, y cuando se va la luz se desvanece la poesía y acaece la peripecia. Nadie recuerda una nevada tan intensa en Barcelona.

Este año no nevará.

Santi y Fede se burlan de los Reyes Magos:

—¡Los Reyes son burros!

Mi padre les reprende:

—Vosotros sí que sois burros.

—Juan se asusta porque piensa que los Reyes no pasarán por casa. Yo le digo que seguro que sí, que no haga caso de los mayores.

—Cuando faltan dos días, Fede y Santi nos hacen callar.

—¡Silencio! He oído trompetas... Deben de ser los Reyes.

Juan abre sus enormes ojos azules y aguza el oído. Al cabo de un rato, otra vez:

—¡Callaos!... Sí, ahora sí... oigo trompetas. Creo que son los Reyes.

Rosa se suma:

—Es lógico, ya deben de estar muy cerca...

Y Juan de nuevo con los ojos como faros. Entonces ignorábamos que para que pasen los Reyes Magos por casa mi padre se hipoteca hasta las cejas y paga durante todo el año. Es socio de la CUSA

(Compradores Unidos Sociedad Anónima). Compra los juguetes con el dinero de la financiera y luego los va pagando cada mes.

Ese año me regalan una bicicleta de mayor. Cuando veo el enorme papel de embalaje lo supongo, y al tirar de él queda al descubierto: nueva, azul, con dos banderines del Barça, con su faro, con su mancha y con las herramientas cuidadosamente colocadas en una bolsa bajo el sillín. Lo más impresionante son los guardabarros plateados y los pedales con soporte para no perder pie.

Genaro, el portero, me deja tener la bici tras el ascensor, de forma que no tengo que subir y bajar de casa cada vez que quiero usarla. Cuando vuelvo del cole le echo una mirada, la toco, la recoloco y subo a casa satisfecho.

El sábado siguiente voy a dar una vuelta con ella y me fascina el sonido que produce cuando dejas de pedalear. Experimento una nueva relación espacio-tiempo y siento el inmenso privilegio de tener un vehículo propio.

Dos calles más abajo giro a la derecha tocando el timbre y la realidad se pone pesada. Allí están ellos cuando podrían no estar. Pero allí están porque son muchos y Sant Andreu está rodeado de barrios extremos. Allí están ellos, esperando y desesperando. Allí están ellos, dos adolescentes quinquis. Uno me pega un empujón y acabo en el suelo. Todo sucede en un instante y ya no hay bici ni quinquis. Me duele una rodilla y me duele la mala suerte. Se acabó. Se acabó con la pasmosa naturalidad con que el azar reparte disparates. Me ensalivo la rodilla, que quema.

Es un episodio menor, pero no a mi edad, y menos cuando uno ya tiene complejo de anfitrión. Me duele decírselo a mi padre. Me siento cobarde y achantado.

Mi hermano Fede se cabrea, coge su moto y se va al Puente del Trabajo, donde las chabolas. Mi padre le dice que es peligroso, que no vaya. A las dos horas regresa sin noticias de mi bici. Su acción me impresiona y hace que me sienta protegido. Chabolas y barracas de

una Barcelona durísima. Recuerdo ahora una imprudente escapada a los siete años.

Esa tarde sin saber exactamente por qué, me dejo llevar por la Rambla de Sant Andreu hasta el final. Sigo andando casi en línea recta callejeando en la oscuridad, observando a la gente en los comercios y llegando a sus casas. Me siento fuera de mis límites y resulta excitante. Siento que mi vida se limita a cuatro manzanas de un barrio y que fuera de ese perímetro ya es el mundo.

Me cruzo con una señora que arrastra dos bolsas de la compra y pienso que ella se encuentra cómoda en su porción: esas tiendas son sus tiendas, lo es la fuente que lametea un perro, lo son los vecinos de la calle, y allí está su vida. Su vida son esas dos calles que para mí son ya la aventura.

No sé qué hora es, hace frío y sigo caminando sin saber que dentro de muy pocos minutos el paisaje va a cambiar y algo en mí también. Tampoco sé cuál es el momento preciso en el que empiezan a disiparse las calles en su integridad lógica otorgándose al descampado, ni sé en qué instante el asfalto desatiende y ya es arena..., solo sé que no se oye más que la ventolera atronadora y un bramar cercanísimo. Estoy en la playa.

En una dirección todo es oscuridad y en la otra se diría que hay luces de origen indefinible que llaman mi atención. Andar contra el viento en la playa es como una escalada horizontal... ¿Dónde estaba ese viento?... Se arremolina la arena como invitándote al abandono. Quiero saber qué son esas luces, y cada vez falta menos.

Al acercarme la perplejidad previene al recelo porque ya no cabe duda: las luces son fogatas y alrededor de las fogatas hay gente y alrededor de la gente barracas y chabolas en una única calle que parece interminable y alrededor de todo ello la arena. A un lado el mar y al otro la ya luminosa Barcelona... y yo, que no sé por qué pero sigo andando como llevado por la ventolera atufada de inmundicia y mal guisado.

Ando, y andando entro en un hormiguero humano racial, desastrado y de una apestosa semidesnudez. Niños correteando y adultos cociendo impudorosas cenas en los fuegos. Siento miedo y no paro de andar porque en la oscuridad del entrefuego paso casi inadvertido.

Una vez dentro, lo que parecía una única calle se bifurca y se

embarulla y hay danzas al son de guitarras y radios sonando y gente mayor delgadísima bebiendo y haciendo muecas y luego la dispersa acumulación: neumáticos, ruedas y manillares de bicicleta, bañeras, asientos de coche, antenas de la tele, montones de ropa y bombonas de butano y motoretas y plásticos y latón y mil perros sueltos que con los fuegos parecen más fieros.

Años después me entero de que en esa playa se fusilaron dos mil personas en la posguerra. Cuando fusilaron a los últimos solo faltaban cinco años para que yo naciese. Primero la sangre de los muertos y ahora la mierda de los desesperados. Menuda playa: el Campo de la Bota. Cuando después de perderme regreso a casa, la bronca es catedralicia. Volvamos al presente…

El cajón de las facturas

Es en la habitación de mi padre donde sin saber exactamente por qué rebusco en un cajón lleno de papeles. Son facturas y pagos a plazos de todo tipo de compras, las mensualidades del alquiler (aquí me entero de que el piso donde vivimos no es nuestro), el certificado de defunción de mi madre, el manual de funcionamiento de la tele, factura del «polyban» del lavabo, que era como una media bañera donde antes estaba la ducha, pagos de la CUSA, de la compañía de electricidad y del agua (mi padre pagaba en mano el último sábado de cada mes), título de propiedad de un nicho, contrato con la telefónica... y de la forma más natural aparece el libro de familia. Por fin me entero del día de mi cumpleaños, y compruebo que mi padre tenía razón cuando me decía:

—Pon que naciste en abril.

Pues sí, nací un 16 de abril de 1958 y mi nombre completo es Francisco Javier. No sabía nada del Francisco y se me hace extraño. Me impresiona la foto de familia. Todos mirando al objetivo de la cámara.

De izquierda a derecha, mi hermano Santi, mi madre con el pequeño Juan en brazos, mi padre, Fede, Rosa y yo. Compruebo que mi mirada es de una cierta estupefacción y no me cabe duda de que el jersey de ganchillo estaba tejido por mi madre. La sonrisa de Rosa resulta balsámica. Se trata de una sonrisa que a pesar de los pesares y para nuestra suerte, no perderá jamás.

A Santi lo precedía la fama y era el más gamberro. En cierta ocasión se subió por la escalerilla trasera al techo del autocar de una banda de música y apareció horas después ni se sabe dónde. Su mirada es inquietante. Fede era el buenazo hasta que, ya crecidito, se dejó el pelo a lo afro, se compró una moto y sacó un carácter bastante indomable cuando alguien lo vacilaba. Un valiente.

Y ahí están también mis padres, los autores del grupo. Su historia de amores, desamores, separaciones y reencuentros culminaba ocasionalmente con la llegada de un nuevo hijo. Luego la lucha por mantenerlos, que no es fácil. A pesar de todas las dificultades, creo sinceramente que yo y todos mis hermanos hemos conocido el afecto y los desvelos de nuestros padres. En la foto no aparece la muerte pero está cerca, bulímica e impaciente.

Las mujeres, el francés y el comercio

Van pasando los cursos del bachillerato con la calentura de las estufas de butano, la calentura de los cada vez más contundentes guantazos de los profesores y la calentura que nos provoca alguna profesora. Aquellas niñas que veíamos en principio como pelonas en bata escolar florecen casi de repente.

A esa edad se da en la gente un fenómeno casi botánico: unas plantas se desarrollan, inexplicablemente, antes que otras. Mientras la mayor parte de las niñas siguen siéndolo sin más, algunas ya desarrollan su tallo principal con el engrosamiento de unas yemas que insinúan las hojas y lo que será una fotosíntesis regia y esplendorosa. (¿Se nota que estudiamos botánica en este momento? Me ha parecido más poética la metáfora botánica que la de la ovulación: anafase, telofase, profase y metafase.)

La profesora de francés es, sin duda, la más atractiva. La de Francés es un mundo aparte porque la profesora tiene clase y es de casa bien y viste jerséis que denotan una carnalidad subrepticia y tiene las piernas largas, zapatos elegantes, tobillos delgadísimos, la piel morena, los ojos oscuros y las manos largas, y si lleva pantalón se conforma un delta sobrecogedor, y el pelo largo y moreno y su acento francés con las «ggggrrrsss» que hace que se le abran las aletas de la nariz y cuando habla de Bouvard y Pécuchet me imagino que son los nombres de sus tetas. Y además ella no nos pega...

Claro que esto de no pegar no sé si es una virtud porque, ya que se arrea, que lo haga ella también. Imaginar su mano con las uñas tan arregladas girándote la cara resultaba mucho más agradable que los soplamocos que nos sueltan los maestros.

Creo que la profesora de francés no pega porque su crueldad va más allá. Prohibirnos el contacto físico violento encumbrándose a la categoría de la «intocabilidad» enaltece nuestros impulsos hasta la exaltación. Bien mirado, ¿quién se cree que es?, ¿quién le otorga el cruel derecho a no pegarnos?, ¿por qué nos niega esa violencia ordinaria a la que ya estamos habituados? Si en la escuela lo normal es el atropello, el exceso y la ferocidad hasta el embrutecimiento, el cortocircuito físico al que nos somete la afrancesada resulta perverso.

Seguramente la Ilustración, el enciclopedismo y la Revolución francesa la han convertido en un ser benévolo y de una sádica racionalidad con la que somete su volcánica concupiscencia. En otras palabras: llega la hora de descubrir la masturbación.

Detallo a continuación diferentes fases de la formación sexual de los desperdigados en mi generación. No sé exactamente la edad que yo tenía cuando recibí cada una de estas clases magistrales. Aceptemos una orquilla que vaya de los cinco años a los diez. Retrocedamos:

CLASE 1. – Es un día de escuela como cualquier otro cuando llega un alumno con una noticia muy llamativa. Creo que era en tercero elemental. A esa edad las noticias encierran una pregunta. Pasa tal cosa..., ¿es normal? La noticia estalla en el recreo y nos deja a todos bastante impresionados. Un alumno nos dice:

—He visto a mi madre desnuda en la ducha y tiene muchos pelos aquí —señalándose los genitales—. ¡Pero muchos, todo negro de pelos!

La imagen de una mujer peluda en esa parte desbarata considerablemente la idea angélico-lampiña de la feminidad. Téngase en cuenta que recibimos el notición cuando nosotros no tenemos ni un pelo en la tal zona.

—Puede que sea una enfermedad...

—¿No serían unas bragas?

—No tenéis ni idea; todas las mujeres tienen pelo en el coño.

—Pero ¿todo el cuerpo sin pelo y mucho pelo allí?

—Porque el del resto del cuerpo se lo arrancan, si no tendrían bigote.

—Te lo inventas...

CLASE 2. – Hay un momento en el que se afirma con toda contundencia que los hombres ponen su pene dentro de la vagina de las mujeres. La seguridad de unos contrasta con la estupefacción de otros. Reconozco que me cuento entre los sorprendidos, y que de algún modo me suena a una mezcla de perversidad y equilibrismo:

—¿Y cómo se aprende?

—La misma naturaleza te enseña.

¿La naturaleza te enseña? ¿Cuándo te enseña? ¿De verdad todos los adultos están al tanto de esa posibilidad? Imaginar que mi padre le pone el pene a mi madre en la vagina incomoda

bastante tirando a mucho. Poco después tengo la certeza científica al comprobar el perturbado comportamiento de una pareja de hámsters practicando sexo sin descanso.

CLASE 3. – Si te tocas da gusto y sale un líquido. Era una novedad avalada por el testimonio directo de los más avanzados de la clase:

—¿Un líquido? Será pipí...

—No, es otro líquido. Para tener hijos.

—¿Sale un líquido para tener hijos?

—Sí... Se llama semen.

Semen sonaba a nombre propio. Semen sonaba a personaje de la Biblia. Semen, Cam y Jafet:

Encontrábase Semen y su ejército frente a la gran caverna e hizo Dios que dos rocas gigantescas se separaran. Con gran sorpresa vieron las huestes cómo se abría, imponente, la gran caverna. Semen y su ejército penetraron en la húmeda y oscura cavidad para que el pueblo de Dios se reprodujese por doquier.

Poco después, y con una cierta tozudez rítmica, compruebo la nueva prestación del cuerpo. Sin duda es infinitamente más placentero que hurgarse la nariz. Mi sentimiento de culpabilidad cede al impulso irrefrenable y en seis meses este descubrimiento fisiológico me aboca a una anemia severa.

Me siento tan mal que temo quedarme ciego como vaticinan los curas. El doctor dice que no deja ciego pero cansa, y me receta vitaminas. Descartada la ceguera y con refuerzo vitamínico, sigo a lo mío. Por cierto que el niño Jesús debe de estar berreando y con motivo.

CLASE 4. – Tras el enorme portón del campo de deportes compruebo que los del curso de mayores se enseñan el pene. Lo hacen con toda normalidad, para comparar tamaños. Como quien compara hortalizas o aparejos. Algunos aprovechan para mear, otros se la miden con la escuadra y el tono general es de bullicio con sordina.

El tamaño se presenta como una nueva incógnita en la ecuación sexual. Según el *Kama Sutra* (entre los mayores ya hay expertos), existe el hombre liebre, el hombre toro y el hombre caballo. Para cada tipo de hombre existe, también según el *Kama Sutra*, un tipo

ideal de mujer. ¿Se puede complicar más? ¿Soy liebre, toro o caballo? ¿Hasta qué edad crece? ¿Qué pasa si me enamoro de una mujer caballo y yo soy liebre o viceversa? ¿Puede estallar una mujer por causas naturales?

Los fines de semana, teatro

Volvamos al presente. Los fines de semana Rosa nos lleva a Juan y a mí al teatro donde actúa. Como somos menores tenemos que estar «entre cajas» y sin molestar. Me habitúo a ver las obras de lado. Mi contacto con el mundo del teatro es verlo de canto y la misma obra muchas veces. Gracias a Rosa podemos acceder a un mundo distinto del cotidiano. Un mundo de mundos.

Cuando un actor está a punto de salir a escena murmura en voz baja fragmentos de su texto, respira, mue ve los brazos a un lado y al otro, nos sonríe y, ¡chas!, a escena.

El momento más emocionante es cuando la obra no ha empezado pero el público ya está sentado en el patio de butacas. El telón está bajado y se oyen los comentarios y las toses... Para mí es un compás de espera enardecedor. De repente veo a un niño que pasa por los camerinos anunciando el tiempo que falta para que la obra comience: ¡Quedan cinco minutos! ¡Cinco minutoooos!

Mi hermano y yo alucinamos: un niño mandando a toda la compañía.

—No es un niño. Es mayor pero no ha crecido. Ya veréis. Galindo, pasa un momento..., mira, te presento a mis hermanos, Juan y Javier.

—Hola, «escórporas», ¿cómo estáis? Encantado de conoceros. Soy el regidor de la compañía.

Mi hermano y yo lo saludamos con todo respeto y no podemos dejar de mirarlo. Habla como un adulto pero es como un niño. Un niño sabio y a la vez un adulto físicamente mínimo. El señor Galindo contraviene los más elementales esquemas del orden anatómico y quebranta los croquis mentales de lo que consideramos normal. Por cierto que estalla por los aires la conturbadora división del *Kama Sutra*. El señor Galindo es, sencillamente, inclasificable.

El señor Galindo hace que uno se concilie con su cuerpo y a la vez provoca una admiración incontestable. La naturalidad con que vive su «caso excepcional» y su pasión por la vida, el arte y la gente serán para siempre una lección de incalculable valor.

Las primeras obras a las que nos lleva Rosa son, para mi hermano y para mí, bastante incomprensibles. En *The Knack* Rosa interpreta a Nancy Jones, y al público le gusta mucho, porque al final aplaude. Eso

me enorgullece. Juan me pregunta de qué va, y yo me invento lo que puedo para contestarle.

—La obra es de una chica buena que tiene problemas.

—¿Qué problemas?

—Problemas de... novios.

Otra de las obras que veo repetidamente y de soslayo es *La importancia de llamarse Ernesto*, de Oscar Wilde. Esta es para mí igualmente críptica, pero además de época. Al final al público le gusta mucho y aplaude. La pregunta de Juan es siempre la misma y en voz baja: —¿De qué va?

—De problemas.

—¿De qué problemas?

—De problemas de... ricos.

Lo que más me fascina son los ensayos. Repetir una y otra vez un fragmento de escena no me resulta monótono. Los comentarios, los matices y los gritos del director me impresionan.

La gente del teatro es muy sensible, o eso parece, y le da rabia que seamos huérfanos tan jóvenes. Nos tratan con gran amabilidad. Es como un paréntesis respecto de la realidad cotidiana. Son tan amables que hay señores que incluso se mueven un poco como las mujeres. Hablan como hombres en el escenario pero cuando salen de él vuelven a comportarse bastante como mujeres. En los movimientos y en la forma de hablar, digo.

Me gustaría que la vida fuese como el teatro y se pudiese uno cambiar de argumento. Si a uno no le gusta su vida, pues cambia y ya está. Tampoco estaría mal que pudiésemos vivir obras de teatro sucesivamente. Cuando viviésemos una tragedia, sabríamos que luego vendría una comedia... y después cambiaríamos de época, de decorados, de familia. Si uno muere en una obra, no hay problema, porque estará vivo en la siguiente.

Todos estamos orgullosos del trabajo y el éxito de Rosa. Mi padre sigue con su incontenible emoción, incluso si la obra es cómica. Cuando se acaba la representación y mi padre va al camerino, siempre lleva un pañuelo con el que se suena y se seca alguna lagrimita. Años más tarde Rosa hace el *Esperando a Godot,* y al final mi padre le dice:
—Godot no llegará nunca, ¿no?

—Creo que no... Godot no llega nunca.

Ese día admiro más a mi padre y me duele no poder decirle que sí,

que en ocasiones Godot puede llegar.

Cuando se acaba la obra y el público se marcha solo queda una bombilla en un palo que colocan en medio del escenario. Todo vacío y una sola luz que nada puede contra tanta oscuridad. En ocasiones salgo a ese escenario vacío y resulta sobrecogedor. Faltan muchos años para que lea a Gil de Biedma:

Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde —como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.

Dejar huella quería

y marcharme entre aplausos
—envejecer, morir, eran tan solo
las dimensiones del teatro.

Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma:
envejecer, morir,
es el único argumento de la obra.

Al leer este poema, discrepo. El único argumento de la obra lo conozco prematuramente y lo de llevarse la vida por delante me suena a una tremenda ingenuidad. Sobrevivir es el único argumento. El único. Pero para leer al genial Gil de Biedma aún faltan bastantes años.

Mi hermano Juan, su mundo y sus cosas

Para bien y para mal, Juan continúa enfrentándose a la vida con una asombrosa normalidad. En el ejercicio de su desculpabilizado derecho a la vida se comporta con toda naturalidad, como un niño de su edad. Una espontaneidad que provoca los conflictos propios de un crío de seis años con un padre de sesenta años.

Por un lado envidio su placidez y me tranquiliza su indiferencia. Pasa que cuando colisiona con mi padre saltan chispas.

Un sábado mi padre nos lleva al parque de atracciones de Montjuïc. Lo mismo que en las ferias, en los parques de atracciones me doblega una inexplicable melancolía. Una melancolía seguramente relacionada con desear fervientemente que se pare el tiempo. Melancolía por lo que se te va de las manos. Melancolía porque son lugares donde en principio hay que pasarlo bien y toda distorsión se pone claramente de manifiesto.

Nos subimos al tiovivo y mi padre nos hace un gesto casi cómico de que cerremos la boca y no nos mordamos la lengua. Ignoro por qué me conmueve su lógica preocupación.

El tiovivo gira y Juan y yo saludamos a mi padre cada vez que pasamos frente a él. Juan sentado en un caballo subiendo y bajando. No sé por qué ni cómo se inicia la inquietante sensación. No sé por qué ni cómo se inicia, porque quizá yo mismo soy la sensación... Siento que en uno de los giros mi padre no estará. Que cuando el tiovivo dé más vueltas él no estará. Por suerte sigue ahí, con su gabardina marrón y su pelo blanco.

Me atenaza, a pesar de todo, la certeza de que algún día no estará. El mío es un oráculo ridículo a fuerza de evidente. En realidad, más que el presagio me conturba la continuidad displicente del mundo cuando alguien desaparece. El tiovivo seguirá girando y los niños seguirán saludando a sus padres. Seguirán girando los caballos elegantes y los coches de bomberos con su campana y el elefante con una pelota en la trompa y el Biscúter con claxon y la locomotora y las tazas giratorias y la música seguirá sonando y Barcelona seguirá ahí abajo...

Son inesperadas facetas de la orfandad: se puede ser más huérfano. Serlo del todo. Y una vez se es huérfano del todo, ¿puede uno quedarse huérfano más veces? Y lo que es peor, ¿qué coño hago a mi edad en el tiovivo? Mi padre no quiere que Juan monte solo. Definitivamente, el mío es un escepticismo torpe y cargante.

Llega la hora de volver a casa y Juan discrepa totalmente. Cuando

mi padre le explica que ya es hora de regresar y se agacha para convencerlo, Juan le arrea un manotazo que lo despeina y le hace saltar las gafas por los aires. Las gafas de mi padre dando vueltas por el aire y él con su ojo estrábico y el pelo en la cara. Lo veo casi indefenso ante el mal genio del pequeño Juan. Yo voy a por las gafas que por suerte no se han roto. Juan es la bomba.

Algunos días cuando lo despierto, Juan me dice que lo deje en paz. Ante mi insistencia, se rebota y se niega a ir a clase. Solo sucede de vez en cuando... A pesar de los pesares y de las bofetadas, la escuela sigue siendo para mí el orden al que aferrarme. Es un refugio mediocre y violento fuera del cual experimento una cierta intemperie. Vislumbro en el cole el potencial de una mínima abstracción. Ni que decir tiene que el día que Juan hace novillos servidor se atribula, que es lo mío.

Meriendas en casa ajena

Por la tarde, una de las ventajas de ser huérfano de madre y que tu padre llegue a casa a las diez de la noche, consiste en ser libre. Ser libre para bien y para mal. Como además a esa hora Rosa está en el teatro, cuando salgo de clase dispongo del mayor margen de horario de todos los chavales de mi edad. No tengo que estar en casa hasta las diez, mientras que los demás deben retirarse a las ocho en punto.

Uno de los aspectos que más me llaman la atención es que todo el mundo merienda. A esa hora no estoy hambriento pero lo cierto es que a menudo subo a casa de alguno de los amigos y las madres me dan merienda. Eso me permite inmiscuirme en hogares ajenos.

Una clasificación de casas podría ser esta:

CASA CON MOQUETA, en la que tienes que quitarte los zapatos cuando entras. La madre está todo el rato pasando un paño y los metales están relucientes. No les importa darte merienda siempre y cuando no salgas de la cocina, por lo de las migas. Los sofás tienen funda de plástico. La casa parece un santuario en el que los monjes deben levitar para no ensuciar nada.

CASA HUMILDE CON HERMANA MAYOR GUAPA, en la que la merienda se convierte en una excusa para verla a ella estudiando y apartándose el cabello de la cara. No puedes hacer bromas con tu amigo de lo buena que está su hermana porque no subirías más. La madre está encantada de darle de merendar a un huérfano y no sabe que la buena obra consiste en dejarme ver a su hija. La falda plisada le sienta tan bien que meriendo a cámara lenta.

CASA CON MUCHOS HERMANOS PEQUEÑOS. Generalmente está muy desordenada. La merienda la reparte como rancho militar una madre en bata y despeinada. Los hermanos pequeños se tiran el pan por la cabeza gritando y solo comen el chocolate. Muchos hermanos parecen el mismo. La madre no se encuentra del todo bien porque está embarazada.

CASA CON PATIO Y MONO ATADO DE UNA CADENA. La merienda es muy poca cosa, pero en el patio trasero tienen un mono que es una verdadera atracción. Es de esos monos delgados con cola larguísima y culo rojo. Si le tiras pan lo coge con la mano como una persona y se lo lleva a la boca. Siempre se toca un pene rojo y alargado sin ninguna vergüenza. Lo peor son los cagarros, que huelen que apestan. El compañero de clase que tiene el mono se comporta como un señor mayor. Habla lentamente y casi no se mueve. Creo que el mono le chupa toda la energía.

CASA EN LA QUE A ESA HORA YA ESTÁ EL PADRE. Suelen ser casas que tienen despacho. Un despacho en una casa es rarísimo. El padre está en su despacho y casi nunca dice nada. La madre reparte la merienda haciendo «chist», para no molestar al padre. Los padres con despacho no tienen más de dos hijos y se nota que mandan en casa porque todo el mundo habla en voz baja. La tele está encendida, pero sin voz. Vivir en voz baja debe de ser cuestión de acostumbrarse y ya está. No sé si hay algún momento en el que hablan normal. En mi casa, cuando hay partido, mi padre y mis hermanos braman cuando el Barça marca un gol. No sé si en las casas con despacho también gritan viendo el fútbol. Diría que no.

Imagino mezclas: el padre del despacho silencioso en la casa con muchos hermanos que se tiran el pan por la cabeza gritando. El mono con su cadena en la casa de la moqueta, y la hermana guapa... en mi casa.

En mis meriendas en casa ajena descubro detalles de decoración interesantes:

SANTA CENA EN LA PARED. Quizá porque tenemos lo de la capilla de la Sagrada Familia que pasa de vecino en vecino, en mi casa no hay Santa Cena. Compruebo que en muchas casas la hay como la cosa más natural. Está en el comedor y tiene relieve. Es la última cena de Cristo. En los dormitorios de los padres hay un Cristo crucificado. Si son progres, es de madera y moderno y si son más clásicos, es realista, con sangre derramada y los clavos como de ferretería.

ESCENA DE CACERÍA. Varios perros atacan un ciervo moribundo. También hay sangre. Es evidente que al ciervo las cosas le van mal. Los perros hincan sus dientes en el cuello y la barriga del animal, que mira al cielo como implorando ayuda. Los de la Santa Cena no mueven ni un dedo.

PAREJA DE NEGROS, ELLA CON LAS TETAS AL AIRE, QUE LLEVAN UN CÁNTARO. Este conjunto es muy de vitrinas aunque también lo he visto encima de la tele, junto a la antena. La negra va, efectivamente, con las tetas al aire y es muy estilizada. Los pies de ambos surgen de un matojo verde en la base. Él lleva una lanza y ella el cántaro. Cada uno a sus cosas. Me parece que a los de la Santa Cena no les gusta mucho esta pareja que digamos.

PERRO Y JIRAFAS DE CRISTAL. Son todo de cristal, pero las orejas de cristal rojo. Los ojos, dos bolitas negras. Se ve que tiene valor porque no se pueden tocar ni en broma debido a su

fragilidad. Los perros pueden ser pequineses o dogos. En la casa del padre que tiene despacho hay incluso una carroza tipo Cenicienta de cristal. Creo que debe de ser muy cara. Los perros, jirafas y carrozas son más de la mujer que del hombre. Nunca he visto una Santa Cena de cristal.

TORO, TORERO Y BAILAORA. Por lo que parece los venden por separado. Hay casas que tiene los tres y casas que tienen solo el toro o la bailaora. Es muy espectacular, pero se ve que cogen mucho polvo. El toro lleva puestas las banderillas con la bandera de España. No sé si los de la Santa Cena están a favor de los toros o qué.

GOLONDRINAS PEGADAS A LA PARED. Suelen ser tres, como si volasen en grupo. Son negras con alguna pincelada plateada. Pueden estar en el vestíbulo, en un pasillo o en la terraza. Llama la atención que ninguna está herida ni nada. Puede que los de la Santa Cena protejan a las golondrinas por lo del Espíritu Santo, que al ser paloma...

BALDOSAS CON DICHOS. Son más de balcón o cocina. Son baldosas con un dibujo y algún dicho: «El hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso», «En mi casa mando yo... con permiso de mi mujer» o «Dame, Dios, un marido rico, aunque sea un borrico». Se ve que gustan mucho, porque las pegan a la pared con cemento, que creo que es como para siempre. ¿Dirían chuscadas en la Santa Cena?

Las meriendas ilustrativas en casa ajena resultan especialmente instructivas sobre decoración y formas de ser.

Mi familia y otros animales (con permiso de Durrell)

Hay animales que forman parte de mi paisaje personal. Me llaman bastante la atención.

El primer impacto es el del enorme caballo percherón de los basureros. Va con un saco de comida que le tapa la boca y de vez en cuando alza y voltea la enorme cabeza en busca de algo que masticar. Lleva los ojos tapados y no ve lo que ocurre a los lados. Alrededor de su cabeza, una nube de moscas atraídas por caballo y basura. Impresionan sus enormes cascos de gigante. Tengo tres o cuatro años. La gente baja la basura en el mismo cubo forrado diariamente con papel de periódico. Con su prisa habitual, los basureros descargan a mano los cubos en el carro que tiene varias puertas en la parte superior.

Si llueve, el caballo se achanta y parece más bajo. Los basureros tienen una trompetilla dorada para que el vecindario no olvide bajar las basuras. A su paso quedan los cubos vacíos y bastante basura tirada por el suelo. En las calles hay un poste muy alto con un tubo negro y gordo, que es la fuente para que beban los caballos. Si por cansancio o un susto el animal hace extraños, los basureros le gritan y le dan puñetazos en el costillar hasta que se le quitan las manías. No les gusta que nos acerquemos a él:

—¡Nene, vete a casa, venga!

El percherón de los basureros es como de picador pero nunca lo aplauden.

Otro animal es la vaca de la lechería. Está encerrada en una cuadra minúscula. Soy pequeño y mi padre me coge en brazos para que pueda verla. La vaca gira la cabeza lentamente para mirarnos por entre los barrotes de la ventana. Mi padre insiste en que meta la mano. Obedezco con terror y la vaca me lame la mano con una lengua increíblemente áspera. La vaca se sabe una atracción. Siempre sola, enorme y lactante en una oscura mazmorra donde mea, caga, come, vive y muere. Quizá por eso cuando alguien le pone la mano el animal lame paciente invocando lo que desconoce. A veces agradece la visita con un mugido fortísimo que me espanta.

Saltamos al presente. Un gran animal es el pastor alemán viejo del sereno viejo. A partir de las diez, en el bar donde vamos a cenar con

mi padre aparece el sereno con su tabardo de botonadura dorada que casi le llega a los pies. Deja el enorme manojo de llaves sobre la barra y pide un carajillo. El pastor alemán viejo se tumba a sus pies, ya cansado a primera hora.

—A este le tendré que dar pasaporte, que ya me cojea de atrás...

El sereno es vigilante y además tiene todas las llaves del barrio, porque la gente, ignoro el motivo, llega tarde a casa sin la llave del portal.

—¡¡¡ Sereeenooo!!!

—¡Ya voooy!

El sereno nos deja acariciar el enorme macho viejo que pone ojillos y mueve la cola en señal de agradecimiento.

—¿Está adiestrado?

—Sí, adiestrado para dormir... Ya no sirve para nada.

Algún tiempo después el sereno llega solo. Eso no vaticina nada bueno.

—Nada, un cólico y se atragantó con su lengua. Ponme un carajillo.

Se ve que los mayores están preparados para estas noticias, porque nadie dice nada. Yo siento coraje, porque el perro tenía muy buen carácter y porque las desapariciones, en general, ya no me gustan nada.

El Canódromo Meridiana es cita fija con mi padre los fines de semana. Es un canódromo con un diseño moderno, pero huele lamentablemente. Los galgos persiguen una liebre mecánica a la que nunca alcanzan... Se conoce que les puede el instinto. Hay apuestas de diez, veinte y cincuenta pesetas. Mi padre siempre compra boletos de diez. Se gana menos pero se juega más.

Es el hipódromo de los pobres y hay galgos estrella, como *Fakinki* y *Fabiola,* que corren más que ninguno. En el *paddock* se muestran los perros antes de cada carrera y parecen tranquilos con su chaleco numerado. Cuando los encierran en las jaulas de salida todo cambia. Empieza un desesperado coro de ladridos nerviosos hasta que... ¡zas!... pasa la liebre, se abren las rejas y se inicia la carrera. Da igual la velocidad vertiginosa a la que corran los perros, porque la liebre siempre va más rápido por su tramposo carril. A veces llegan tan juntos que hay que esperar a la *foto-finish*.

«Ganador número dos, colocado pendiente de fotografía.»

Juan y yo seguimos los pasos de nuestro padre y nos aburrimos bastante. En alguna ocasión te agarras a la mano de tu padre y resulta ser la de otro señor. Susto y chasco.

¿Cómo no ven los galgos que nunca pillan la liebre? ¿Por qué corren? Dicen que la cebra que quiere correr más que un león está condenada. La cebra debe aprender otra cosa mucho más importante: correr más que las otras cebras. Cosas.

Boda, el bachillerato y el sadismo

Rosa anda nerviosa porque se va a casar pero no quiere dejarnos desatendidos. Mi padre le dice que tiene que hacer su vida y que ya espabilaremos. Rosa nos dice que vivirá cerca y que estaremos siempre en contacto, que vendrá a menudo y que siempre que queramos podemos ir a su nueva casa. Su novio es actor, toca la guitarra y nos regala libros de Richmal Crompton y de Enid Blyton.

Rosa y mi padre están charlando en el comedor y mi padre insiste en que no tiene que sufrir tanto. Los oigo desde mi habitación con una cierta inquietud que se torna espanto al oírlo: ¡¡¡los abuelos falsos!!! Súbitamente el mundo gira al revés. Me hundo. De un salto estoy en el comedor.

—¡Yo no quiero volver a Montcada!

Mi padre me calma inmediatamente:

—No vais a volver nunca a Montcada... Estamos hablando de que ellos vengan aquí un tiempo para ayudarnos, nada más.

A Rosa le angustia mi reacción:

—Esta es vuestra casa y no os moveréis de aquí. Se trata de que pongan un poco de orden, cocinen y papá ande un poco más tranquilo.

—Vale, pero a mí no me mandan.

La cosa no es grave porque en Barcelona mis abuelos falsos no tienen cobertura. Sigo entrando y saliendo a mi antojo. Además, Rosa nunca deja de controlarnos y estar atenta a los acontecimientos. Los abuelos falsos le enseñan a final de mes las cuentas a mi padre: tanto de comida, tanto de productos de limpieza... Mi padre echa una ojeada y les agradece el esfuerzo. Santi y Fede ya son adultos que tienen su propia vida.

En el cole yo soy un rompeolas de disposición a estudiar a pesar de los malos tratos. Se producen dos situaciones límite que cambian las cosas.

Uno de los profesores es razonable, cordial y solo se le va la mano excepcionalmente. En este sentido es inclasificable y ciertamente nos tiene desorientados. Los pegadores oficiales lo son siempre y no buscan ambiguas sociabilidades, pero este sí. Si uno establece vínculos de afabilidad pero puntualmente cambia de código y te pega un

tortazo, la ofensa es formidable. Al tortazo se suman el chasco y el desengaño.

Precisamente en una de estas situaciones en las que sin venir a cuento me gira la cara, mi respuesta es ultraviolenta. Tengo trece años y ese bofetón ha sido la gota que ha colmado el vaso. Mi reacción me sorprende, pero encierra la lógica de la defensa propia. Hay un momento en el que solo veo las piernas del profesor que ametrallo a patadas mientras no paro de pegarle puñetazos en la barriga. Patadas y más patadas en las espinillas. Intenta zafarse. Él ha encendido la llama y no puede sofocarla. Me ruega que pare. Demasiado tarde, porque yo ya no estoy en mí y sigue el episodio violento hasta la total extenuación. Nunca he visto a nadie tan sorprendido y jodidamente afligido. Estoy agotado pero en mí.

La violencia hasta ese día es patrimonio de los profesores. Pueden estar contentos, ya hemos aprendido su lección. No pasa nada a pesar de que toda la clase ha visto lo sucedido. Ni me echa de clase ni lo comunica al director. Está desilusionado consigo mismo. Debe de ser una mierda estar en su piel. No me gustaría, jamás, sentirme como él se siente en este momento.

Ese es el principio del fin de la violencia. Cada trimestre viene el director a clase a entregar las notas. El director está de pie con los documentos y el profesor de mates —el ahostiador oficial— sentado a su mesa con su canina actitud de cobista. Una vez repartidas las notas, el director —como siempre— dice que si alguien quiere hacer alguna pregunta.

Yo me siento mareado porque creo que voy a hacerlo. Tengo la garganta seca y me cuesta respirar. Creo que es una de las primeras veces en mi vida en que me pregunto: ¿por qué? Esa es la duda. Tan sencilla y tan atronadora. Simplemente... ¿por qué? Si la duda es auténtica, resulta turbadora en sí misma.

El problema no es la respuesta a determinadas preguntas, el conflicto se gesta en la pregunta misma. La inacción nos mantiene en la continuidad y en eso que llamamos normalidad, de ahí que la duda sea crucial. Nadie puede ayudarte y no sabes si vas a cometer un solemne error. No sé por qué me siento tan categóricamente impelido a lanzarme. Ni lo sé ahora ni lo sabré en muchos momentos de mi vida. Uno ya sabe que se va a liar y cada instante previo define la palabra V-É-R-T-I-G-O. El caso es que me levanto y pregunto:

—Señor director, ¿en esta escuela se puede pegar?

Mi voz suena como si fuese la de otra persona.

—No, no se puede pegar. ¿Por qué lo pregunta, Sardà?

—Porque... —voz temblorosa— el profesor de Matemáticas nos pega.

El maestro no da crédito a lo que está oyendo. Palidece instantáneamente. El director me contesta:

—Señor Sardà, ya sabemos que usted es muy especial, y puede que al profesor de Matemáticas se le haya ido la mano con usted porque se le haya acabado la paciencia.

—Es que no solo me pega a mí.

Estoy perdido. Estoy al borde del precipicio. Ahora resulta que solo me pega a mí. Soy imbécil...

—¡A mí también me pega!

Es Ricard, amigo de clase.

—¡Y a mí también!

Es Fernando Lezcano, que con los años será, y es, alto cargo de Comisiones Obreras.

Se ha roto el fuego y luego viene lo fácil. En total ocho de una clase de veinticinco. Suficiente. Más que suficiente. El de mates se lleva las manos a la cabeza. El director concluye:

—En ese caso, yo hablaré a solas con él.

Todo cambia a partir de ese día. El sádico nunca nos mira a la cara, pero jamás nos pega. Nos hace el vacío más absoluto, pero las manos... en el bolsillo. Pelotea al resto de la clase, pero se come su violencia por imperativo legal. Lo mismo el tirapatillas, que de la noche a la mañana se convierte en un profesor que no toca a los alumnos ni por asomo.

Hay un antes y un después de esa protesta. En el antes pensábamos que nosotros éramos unos hijos de puta; en el después queda claro que el hijo de puta siempre es el maltratador. Así de sencillo. En mi vida habrá nuevos episodios de dominio y ferocidad, pero eso será más adelante.

El primer contrato que no firmo

He acabado el bachillerato elemental. Como ya he dicho, mi padre trabaja en una empresa de productos químicos cargando camiones, y me ofrece, orgulloso, un contrato para trabajar en esa empresa como auxiliar administrativo. El hombre se siente satisfecho porque es una «firma» importante y porque ha movido cielo y tierra para que su hijo tenga un empleo. Yo trabajo los fines de semana en un bar y en una juguetería durante el verano y me parece bien alternar mis estudios con la opción que mi padre me plantea. Cuando miro el contrato compruebo que hay que trabajar mañana y tarde. Incompatibilidad con los estudios. Tensión. Le digo que quiero trabajar por la mañana y estudiar por las tardes.

—Pero ahora ya tienes el graduado escolar.

—Sí, pero quiero hacer el bachillerato superior y después ir a la universidad. Dígales que solo media jornada.

—No puede ser.

—Pues lo dejamos.

—Es una buena oportunidad.

—Ya, pero no puedo dejar de estudiar.

—Pues espabila que mi sueldo no llega para todo.

—Ningún problema. Usted no se preocupe.

Mi padre ve a los de administración como unos privilegiados y quiere que yo sea uno de ellos. Él lleva años trabajando duramente mirando de reojo a los «animales de pluma», a los que considera unos señoritos que viven bien. Por suerte, no firmo. El que no firme este contrato es un hecho muy importante para mí. Tardaré mucho tiempo en firmar uno, pero hay veces que las decisiones importantes consisten en saber y poder decir «no». Lo cierto es que a partir de aquel momento trabajo en lo que puedo. Sé que a pesar de todo mi padre admira mi determinación.

Por cierto que he decidido que quiero estudiar Ciencias de la Información, y le digo al director que preferiría hacer el bachiller superior de Letras: —¿Eres una niña?

—No, señor.

—Pues entonces bachiller de Ciencias.

—Pero es que yo quiero estudiar Ciencias de la Información y me vale con el de Letras.

—¿Eres una niña?

—No, señor.

—Pues si eres un chico tienes que hacer Ciencias.

Pues hala, Mates y Física y Química de quinto, sexto y COU. Ser chico tiene sus inconvenientes.

Como ya tengo claro lo que quiero estudiar, me aficiono a leer el periódico que compra mi padre: Franco sale siempre, aunque sea porque va a pescar. Un tal Vicente Enrique Tarancón es elegido presidente de la Conferencia Episcopal y poco después se ven por la calle pintadas: «Tarancón al paredón», por rojo. En Tarragona se pone en funcionamiento la central nuclear de Vandellós I. Paquito Fernández Ochoa gana el oro en Sapporo. En Roma un tal Laszlo Toth ataca la *Pietà* de Miguel Ángel con un martillo, gritando que él es Jesucristo. En el hotel Watergate (Estados Unidos) se realiza un registro ilegal en la sede del Partido Demócrata. En Múnich, durante los Juegos Olímpicos, el grupo terrorista Septiembre Negro asesina a once integrantes del equipo olímpico de Israel. En la cordillera de Los Andes se estrella el avión que transporta un equipo de rugby uruguayo con cuarenta y cinco personas a bordo. Solo sobreviven dieciséis, que serán rescatados setenta y dos días después. Gran escándalo, porque se han comido a los muertos. Antropofagia. Cosas. Estamos en 1972.

Siguen las vidas, la real y la imaginada

Lo que llamamos «el mundo real» se cuela obstinadamente por cualquier rendija del mundo personal que intentamos pergeñar. Entre el mundo del teatro al que gracias a Rosa tenemos acceso y la realidad, media un abismo a veces disparatado. Entre lo que estudiamos en Literatura o en Filosofía y «la calle», se da una desemejanza manifiesta que aturde. Me costará asumir que la realidad está formada por mundos contradictorios. Hasta que mi piel lo entienda viviré las discordancias con la enorme inquietud de una irresoluble demanda: ¿cuál es mi mundo?

Faltan pocos minutos para entrar en clase. El merodeo, las risas y la charla de siempre. Cinco mayores forman un círculo al que me acerca la curiosidad. Uno de ellos lleva una bolsa de plástico que por lo visto contiene lo que tanto interés concita. Los demás preguntan si es de verdad. No sé por qué imagino un animal extraño..., pero debe de ser muy pesado y no se mueve. Puede que una tortuga. Lo que haya en el interior de la bolsa cae a peso muerto como un lastre oscilante. Lo guarda en su cartera.

—A ver..., solo otra vez.

—Joder, tíos...

—Solo una vez más.

—¡Qué *pesaos*!

Lo muestra haciendo un giro sobre sí mismo y no consigo ver de qué se trata.

—Parece de broma.

—De eso nada. Ya te darán.

Sea lo que sea, los deslumbra cautivando hipnóticamente sus miradas. ¿Cómo me puede fascinar tanto lo que no he visto? ¿Cómo interesarme tan vivamente por algo que ignoro?

Sigo husmeando en la incógnita cuando, por fin, el enigma se vaporiza. Son solo dos segundos, pero ahí está ella con su oscura solidez y su funesta eficacia. Es simple y llanamente... una pistola. Tan fácil y tan atronador como eso: una pistola. Es la primera vez que veo una de verdad sin que la lleve un policía y experimento espanto y cobardía. ¿Cómo es posible que alguien vaya con una pistola a la escuela? ¿Está cargada? ¿Lleva las balas aparte? ¿Cómo la ha

conseguido?

La imagen de un arma es un paso adelante en el clima de violencia habitual en los barrios extremos de Barcelona. Es lo más normal fabricar efectivos lanzadores de ganchos metálicos con la voluntad de causar el máximo dolor, pero una pistola... Años después escribo sobre la fábrica de pistolas:

> «Imagino a los trabajadores honestos despidiéndose de los hijos cuando los dejan en la escuela. Después, a su trabajo. Unos en la sección del Resorte Recuperador, los otros en la sección de Corredera. Imagino que, como en todas las empresas, surge el amor:
>
> —¿Sabéis que Antonio, el de Mecanismos de Seguridad, se casa con la chica mona de Acerrojamientos Incompletos?
>
> Fabrican armas con la tranquilidad procedimental del que fabrica máquinas de afeitar. La utilidad que se le dé no es cosa suya. Como si uno decide matar a su vecino a golpes de rasuradora. Lo malo es que con una pistola uno no puede afeitarse.»

> Los episodios violentos son muy frecuentes y hay que andarse con mucho ojo. Si los profesores pegan, ¿por qué no partirnos la cara entre nosotros? En el barrio de Sant Andreu la división entre los de la plaza de las Palmeras y el resto es total. Además, los del Buen Pastor están contra unos y otros, y los de Ciudad Meridiana contra todos.
>
> Estoy jugando a futbolín a dos calles de la escuela. Somos cuatro jugando por parejas. Nadie más excepto el encargado. De repente entran diez o doce chavales. Algunos cierran las puertas vigilando que no entre nadie y los otros agarran los palos de billar y empiezan a darnos. Se diría que quieren partirlos en nuestra cabeza o en nuestra espalda, que eso no queda claro, porque el apaleamiento tiene unos márgenes de inexactitud. La paliza es espléndida, irracional y despiadada y los golpes en la cabeza suenan groseramente a hueco, como si el cerebro de uno estuviese desocupado. Son golpes a causa de los cuales uno sin duda puede morir, pero no al instante. Es un tratamiento que invoca al curso fastidioso de la naturaleza con sus obstrucciones, coágulos y trombos.

Es muy difícil decir cuánto tiempo dura una paliza, porque los violentos no tienen una prisa especial. Por lo visto su amígdala, su sistema límbico y sus respuestas hormonales les brindan la capacidad de estar destrozando a alguien sin saciarse fácilmente. Son bulímicos de la ultraviolencia.

La cosa está jodida y la gran pregunta no es por qué son violentos sino por qué lo son hasta tal punto. ¿A quién o qué apalean cuando apalean? Sobre el debilísimo arquitrabe que representa el pertenecer a un barrio distinto levantan un edificio de odio ilimitado y cegador. No hay duda de que sienten un enorme placer en infligir dolor. También es indudable que consideran necesario y correcto lo que están haciendo.

Cuando deciden largarse estamos destrozados. Subo a casa sangrando y molido, y es tal el cabreo de mi hermano Santi que vuela a la calle a buscarlos. Me asomo al balcón y veo a Santi zarandeando a uno de los que estaban jugando a futbolín conmigo y al que también habían machacado.

—¡Ese no, Santi, ese no! ¡Ese es amigo!

De nuevo la violencia haciendo suya la realidad. Nada de violencia mitológica o híbrida como la que estudiamos en historia antigua. No, se trata de una violencia hiperrealista, cutre y sin doctrina. Sadismo de desecho. Arrebatos de una misma raíz que enfurece por igual a algunos profesores y a callejeros. Son lo mismo.

En el siguiente curso se produce una novedad. Llega un alumno que tiene dos años más que nosotros. Se llama Carmona y muy pronto se rodea de un grupo que le saluda brazo en alto al grito de *«Ave Cesar, morituri te salutant!»* [*sic*].

Sí, los que van a morir te saludan. Es locuaz, agitado, y en ciertos momentos destila sentido del humor. La diferencia de edad le convierte pronto en un cierto líder, y cuenta historias de romanos y medievales con más ahínco que repertorio. Tiene un cuaderno en el que dibuja guerreros espada en alto. Carmona es horterilla pero especial y sabe cómo fascinar a unos chavales que, insisto, tienen dos años menos que él. No se mide con los profesores ni los vacila, porque conoce sus limitaciones. Le duele no saber la respuesta a alguna

pregunta o tener dificultades para resolver un problema de matemáticas en la pizarra.

Parece haber creado un personaje de una cierta eficacia pero sin el menor atisbo de frustración. Su fuerza aparente es su debilidad.

Algunos años después, la sorpresa. El 20 de septiembre de 1977 una bomba estalla en la redacción de la revista *El Papus* matando al portero, Juan Peñalver. Es un bombazo literal e informativo.

El País, 14/10/77:

> Las primeras investigaciones hicieron recaer las sospechas en elementos de una ideología evidentemente contraria a la seguida por la revista *El Papus* y el director de la misma, señor Echarri, máxime teniendo en cuen ta que esta había venido recibiendo, al igual que otras publicaciones y personalidades diversas de esta ciudad, anónimos que suelen estar firmados por Triple A, ATE, Comando Adolfo Hitler y otros nombres y siglas diversos. Coincidiendo con estas investigaciones, el pasado día 7, sobre la 1.30 horas, fueron detenidos dos individuos que merodeaban por las inmediaciones del *Diario de Barcelona*, siendo presentados en esta Jefatura Superior y resultando ser Isidro Carmona Díaz-Crespo [*Ave Cesar, morituri*...] y José Manuel Macías González.
>
> Entre los efectos que les fueron ocupados figuraban sendos escritos en que se describía un supuesto proyecto de atentar contra la vida del presidente de la Generalitat de Catalunya, antes de su regreso a España.

La policía tiró del hilo de estas detenciones para proceder a la desarticulación de un grupo ultraderechista de once personas. Las penas fueron menores y el caso *El Papus* aún hoy está lleno de misterios respecto a la relación de los autores materiales con altas esferas del franquismo irredento.

Como vemos, lo del brazo en alto no era una broma. Eso sí, la frase debería cambiarse: «Ave César, los que van a *matar*, te saludan.»

Valgan estos tres episodios para recordar que la realidad es terca, absoluta e irreverente y vive de fagocitar juegos, teatro, literatura, sueños y... lo que le echen. Ella siempre gana. Pero volvamos al presente.

Cosas que pasan cuando pasan cosas

En esos años de Bachiller Superior la vida en casa sigue con esa pasmosa normalidad que siempre me ha parecido asombrosa. Van sucediendo cosas:

Hace seis meses que mis abuelos falsos han vuelto a Montcada. Poco después estoy en el cine con Santi viendo *La residencia*, de Narciso Ibáñez Serrador. La película está ambientada en una residencia francesa donde las internas, que son chicas más bien pobres, desaparecen misteriosamente... Al final llega una nueva chica que acelera un proceso de por sí extraño y bastante tremendo.

En esas estamos cuando veo llegar a mi padre. Algo pasa. Los que están en la fila se van levantando para que pueda pasar y cuando está a nuestro lado le dice a Santi: «Tú, que el yayo Pepitu se ha muerto.» Sí, mi abuelo falso, muerto. Me arrebujo en la butaca con dos mantas imaginarias de indiferencia. Respiro profundamente y me siento liberado.

Me desconciertan mi apacibilidad y mi pachorra. Yo solo le pedí que dejara un poco abierto el porticón... ¿Tanto le costaba? Si algún día lo hubiese dejado abierto para que entrase un hilo de luz... quizás hoy no experimentaría tanta indolencia. Solo un hilo de luz. Adiós abuelo falso, adiós Montcada, adiós bailarina, adiós inmenso arma rio, adiós matadero de cerdos y adiós bellas amigas... En el hospital mi abuela falsa se ha hecho novia de Pepe, un señor que tiene un lagrimal que gotea y que quiere hacerse el simpático. No los veremos más. Ella nos quería.

Mi padre está a punto de retirarse y le proponen que trabaje un par de años más en la oficina del almacén. A partir de ahora va a trabajar en traje y corbata. Es genial. Le regalan un reloj de pulsera enorme por llevar veinticinco años en la empresa.

Juan lleva con alguna dificultad los estudios. Se confirma que no le apasionan. Le gusta cuidar a una pareja de hámsters que no paran de criar.

Rosa continúa con su carrera teatral con pasión y mucha cabeza. Es admirable y la admiramos. Mi padre sigue con sus discretas emociones cuando la ve actuar.

Santi monta un estudio de sonido. Es una vocación que nunca lo

abandonará. Su capacidad de trabajo es tan enorme como su capacidad de fascinar cuando explica las cosas. Se casará pronto.

Fede, ya se ha dicho, se deja el pelo a lo afro y va en moto. Trabaja como *disc jockey*. Un día se levanta despeinado y en calzoncillos y asusta sin querer a una asistenta nueva, que se va inmediatamente. Se casará pronto.

Gano en la escuela el concurso de redacción de la Coca-Cola. El premio es una gorra y un diploma. Escribir una redacción me resulta fácil. Es puro fingimiento, casi una burla.

Las cosas me han llevado a ser bastante duro y medianamente autosuficiente. Si me comparo con los adolescentes de mi edad parece que, supuestamente, estoy más preparado que ellos para la «vida». Sucede que la vida son más cosas que lo que en este momento creo... Sucede que ahora llega una cierta hora de la verdad.

El bloqueo emocional sirve para estar en una isla desierta. La capacidad de aclimatación a las adversidades debe ser óptima para escalar el Everest. Claro que si uno quiere abandonar la isla o bajar de la cima más alta, la cosa cambia. Y si uno empieza a tener relaciones sentimentales con chicas de su edad, el bloqueo y la dureza muestran su otra cara: una inmensa vulnerabilidad.

La indefensión afectiva le conduce a uno directamente a los parajes del miedo, a la pérdida. Las primeras chicas a las que beso se quedan bastante sorprendidas de la pasión que produce en mí el contacto con sus labios, sus lenguas y, sobre todo, el abrazo. Detecto la falta de práctica emocional. Constato, ahora sí, lo que ha supuesto la ausencia materna. Nada nuevo y por lo visto muy típico de una adolescencia que es la edad de los ánimos y los desánimos, la edad de la rebeldía por no poder controlar los sentimientos ni comprender su complejidad. Dicen que es la edad en la que el descubrimiento de la libertad interior puede llevarnos a confundir obligación con coacción y el deber con falta de libertad.

Se trata de unos años en los que la rebeldía adolescente, en general, les importa un bledo a los padres. Si uno además es huérfano, no digamos. ¿Cómo vas a matar freudianamente a tu padre si no puedes tener complejo de Edipo?... Un rollo. Así las cosas, está claro que si uno quiere puede rebelarse destrozando la fuente de Canaletas o la taza del váter, que nadie te lo va a tener en cuenta.

Orfandad al margen, para poder rebelarse contra la familia hay que ser de casa buena. En los barrios de currantes, esto no se da. En los barrios populares la gente se descarría, pero ¿rebelarse? ¿A quién le importa? Y menos con la tele.

Los adolescentes pijos pueden ser ellos mismos solo con hacer lo contrario de lo que les aconsejan en casa. Si les dicen que estudien Económicas, se rebelan y estudian Derecho, si les dicen que practiquen hípica, se rebelan y hacen vela. Si les dicen que se cuiden, toman drogas, y si les dicen que vistan Fred Perry, visten Lacoste. Ya está, es un esquema claro. Es una rebeldía diáfana.

Las personas que no llegan a final de mes se preguntan por qué

tienen tantos hijos y lo último que les preocupa es si se rebelan. Es más, si hay alguno que no se rebela, lo llaman maricón.

En clase es normal que haya alumnos de familias humildes que tengan siete y ocho hermanos. Mis padres, con enormes dificultades económicas, tuvieron cinco hijos.

—Ve a la Anastasia, la del colmado, tráete la lista esta y dile que ya pasaré a pagar.

—Yo no voy..., que me pone mala cara.

En fin, que en plena adolescencia uno tiene que echar adelante como pueda dejándose de tonterías. La gran novedad es lo de tener novia. Me parece estupendo. Dejas de estar solo y puedes tener relaciones sexuales. ¡Qué prestaciones! Es una ilusión solo comparable a la de tener el primer coche usado. La mezcla de novia y coche usado depara momentos únicos. Da igual que después ambos te dejen tirado.

Por desajustes cronológicos primero tienes novia y después coche. En la fase de «solo novia» hay que buscar lugares donde tener encuentros sexuales. Son lugares inquietantes:

1. Casa de la abuela muerta de un amigo. Amueblada, pero rancia y algo polvorienta. (No sé si lo del «polvo» tendrá algo que ver.)

2. Casa de los padres de ella, que «seguro, seguro, pero seguro que hoy no vienen». Y acaba uno desnudo tras la puerta de entrada: el padre viene del chalé porque se ha dejado algo que necesita para ir a trabajar.

3. Cabina de teléfono en plan cucharilla de café.

4. El chalé de los padres de un amigo rico. Al pobre le pilla nuestra experimentación con el Cola Cao por todo el cuerpo.

5. Expulsión de una granja de meriendas. «Por si les interesa, esto aquí no se puede hacer» [*sic*].

6. En mi casa. Claro, ¿por qué no? Al principio ellas se aterrorizan porque mi padre está en el comedor.

—No pasa nada.

—Pero... está tu padre.

—A él no le molesta.

—Pero...

—Ven...

Más tarde mi padre me comenta la jugada.

—Muy guapa, se la ve rojita. ¡Tiene cara de saludable!

Mi hermano Juan se comportaba.

—¿Habéis acabado? Por favor, no tardéis que tengo que entrar.

Así, poco a poco, con gustos y disgustos, parece que voy abandonando la isla desierta y la cima del Everest. Las tengo cerca por si acaso, pero me atrevo a ser casi sociable. La vida me sonríe y yo le devuelvo una media sonrisa.

El dictador está viejo y nosotros con estos pelos

Franco es Caudillo de España por la Gracia de Dios, lo cual es una forma de legitimación bastante completa. En las monedas lo dice bien claro: «Caudillo por la Gracia de Dios.» A pesar de que Dios le hizo ganar la guerra y le ha permitido ser dictador durante cuarenta años, el hombre es mayor y no está para demasiadas bromas. Cuando aparece por la tele en el balcón de la Plaza de Oriente, no se entiende ni una palabra del discurso. Da igual, porque siempre dice lo mismo. Su gran *hit* es lo del «contubernio judeo-masónico-comunista». Eso quiere decir que los judíos, los masones y los comunistas son los grandes enemigos de la Patria. Estas características se pueden dar por separado o juntas. Ser masón es malo, pero ser masón y comunista es peor. Ser judío, comunista y masón, no veas. De hecho, la gente de la calle no ha visto a un masón en su vida, no conoce a ningún judío porque fueron expulsados hace siglos y de comunistas ni hablar, porque están en la clandestinidad. Los hay, pero en las cárceles. De hecho, a la gente los enemigos de la Patria le importan un bledo. Lo que les quita el sueño es tener un coche.

Un dictador viejo tiene ventajas e inconvenientes. La ventaja es que no tardará mucho en morir, y el inconveniente es que la gente tiene que aguantar a un déspota con las manías típicas de una vejez consentida: que si le matan al presidente del Gobierno llora como una Magdalena, que si cada dos por tres al hospital con una bata burdeos y el Consejo de Ministros alrededor de la cama como si fuese John Lennon. Luego su señora, que parece más tonta que Yoko Ono pero de tonta no tiene ni un pelo del bigote.

El abuelo es insoportable porque los suyos le han hecho la pelota durante décadas:

> «Franco trabaja sin misericordia para consigo mismo.» (Falso. Por lo visto era básicamente un aficionado a la pesca y a la caza y no daba ni golpe —excepto el de Estado.)
>
> «Timonel de dulce sonrisa.» (Jamás se le ha visto sonreír.)
>
> «Campeón de la milicia del cielo y de la tierra», periódico *Arriba*. (Por lo visto lo dicen en serio y sin tomar LSD.)
>
> «Caudillo-sacerdote, jefe-taumaturgo, César y Pontífice», *Arriba España*. (Aquí no descarto el LSD.)
>
> «Regalo que hace la Providencia cada tres o cuatro siglos», Luis Carrero Blanco. (Pues también es mala leche que nos tocase.)

«Figura que escapa a los límites de la ciencia política», Raimundo Fernández Cuesta. (Es cierto, entra de lleno en la ciencia psiquiátrica.)

«Broncínea voz con diamantinos armónicos.» (Como vemos, durante el franquismo los armarios estaban llenos.)

«La espada más limpia de Europa», Blas Piñar. (Le darían con Netol, porque la espada había causado casi medio millón de muertos.)

Tan mal está la cosa que al final los «progres» del régimen son los del Opus Dei. Dicen de sí mismos que son «burritos de Dios», se duchan con agua fría y llevan un cilicio que les tortura una pierna. Si esos son los progresistas, no digamos cómo son los «fachas».

Franco es muy pesado, le quedan pocos meses de vida y «que fusilen a estos, y que le den garrote vil a estos otros».

Si por error algún joven lee este libro, que sepa que la pena de muerte no solo es un crimen de Estado y una indignidad para el ejecutado. Es una vergüenza personal para toda la gente del país que tiene dos dedos de frente o una leve sensibilidad humana. Pues nos lo comimos con patatas.

Hoy es 1 de marzo de 1974. Mañana matarán a Salvador Puig Antich y a un «preso común». Salvador es un anarquista de veinticinco años. Los acontecimientos de mayo del 68 y la muerte del estudiante Enrique Ruano en la dirección General de Seguridad en el 69 fueron decisivos para que Puig Antich decida implicarse activamente en la lucha contra la dictadura franquista. Su primera militancia es en las plataformas de Comisiones Obreras, y pronto evoluciona hacia posiciones anarquistas. Inicia Ciencias Económicas, hace el servicio militar en Ibiza y una vez licenciado se incorpora al Movimiento Ibérico de Liberación (MIL), integrándose en su rama armada. Nunca atentan contra fuerzas de seguridad ni colocan bombas. Atracan bancos para financiar las publicaciones clandestinas del grupo, como *Conspiración Internacional Anarquista*, o la editorial Mayo 37. También se ofrecen para ayudar económicamente a los huelguistas, pero a estos les da miedo recibir dinero proveniente de los atracos.

La policía detiene a uno del grupo y monta un operativo para detener al resto. Puig Antich se resiste, por lo que los inspectores Rodríguez y Algar lo reducen mediante una zancadilla y golpes en la cabeza con la culata de las pistolas. En ese momento le ocupan una pistola Kommer cargada y sin montar. El forcejeo continúa y cinco policías introducen a Puig y a su compañero Garriga en un portal

situado en el número 70 de la calle Girona de Barcelona. En ese momento se oye un disparo. Garriga aprovecha para escapar, pero más tarde es detenido. Se produce un tiroteo en el portal en el que Puig Antich resulta malherido y el subinspector Anguas muerto.

Puig Antich es encarcelado, juzgado en consejo de guerra militar y condenado a muerte por el asesinato de un funcionario público por razones políticas. El abogado intenta inútilmente que el caso sea juzgado por un tribunal civil. En muchos países europeos se organizan manifestaciones contra la ejecución.

Mañana lo van a matar. Hoy pasará su última noche en la celda 443 de la cárcel Modelo de Barcelona. También mañana será ejecutado, en Tarragona, Heinz Chez, en lo que se considera un intento de las autoridades franquistas de distraer la atención respecto de la ejecución de Puig Antich y confundir a la opinión pública identificando violencia común con violencia por motivos ideológicos. Mañana los van a matar.

Me asombra la normalidad en la calle. Cada uno a lo suyo, como si no pasara nada. Las tardes de marzo se alargan intentando dar con la primavera. Estoy en clase de Matemáticas pretendiendo una racionalidad que contrasta con la agonía de una dictadura irracional:

—Si dibujamos un triángulo equilátero ABC, cada uno de sus tres ángulos mide sesenta grados, y si trazamos una altura del mismo, hache, el ángulo del vértice A por el que la hemos trazado queda dividido en dos iguales de treinta grados cada uno. Seno, coseno y tangente...

En la sala de paquetería de la Modelo ya está instalado el garrote vil. Consiste en un collar de hierro que, por medio de un tornillo provisto de una bola en el extremo, retrocede provocando la muerte del condenado por la dislocación de la apófisis de la vértebra axis sobre el atlas, en la columna cervical. Vamos, que le rompe el cuello a la víctima.

Si la lesión producida aplasta el bulbo o rompe la cervical con corte medular, se produce un coma cerebral y la muerte es instantánea. Ello depende en gran medida de la fuerza física del verdugo y la resistencia del cuello del condenado. La experiencia demuestra que raramente sucede así. Se dan muchos casos en los que se alarga la agonía del condenado. Es célebre el caso del famoso

Jarabo, que en 1958 tarda quince minutos en morir. Jarabo tiene un cuello poderoso y el verdugo, Antonio López Sierra, es bastante débil físicamente. Precisamente Antonio López Sierra está en Barcelona esta noche, porque mañana matará a Puig Antich.

Acaba la clase y me acerco al centro de Barcelona. Ahí están parados unos veinte Land Rover de la Policía Nacional en una presencia preventiva e intimidatoria. Sus luces azules giran en una acumulación tétrica de faros para marineros locos. Es la feria ambulante del Estado con las brujas vestidas de gris y gorra de plato.

Hay muy poca gente, que al llegar pregunta si ha habido indulto. «No se sabe nada», es la respuesta. Al rato, al otro lado de la plaza de Catalunya, un pequeño grupo salta con gritos contra la ejecución. Se lía.

Mediante decreto de 24 de abril de 1832, el rey Fernando VII abolió la pena de muerte en horca y dispuso que a partir de entonces se ejecutase a todos los condenados a muerte con el garrote:

> Deseando conciliar el último e inevitable rigor de la justicia con la humanidad y la decencia en la ejecución de la pena capital, y que el suplicio en que los reos expían sus delitos no les irrogue infamia cuando por ellos no la mereciesen, he querido señalar con este beneficio la gran memoria del feliz cumpleaños de la Reina mi muy amada esposa, y vengo a abolir para siempre en mis dominios la pena de muerte por horca; mandando que adelante se ejecute en garrote ordinario la que se imponga a personas de estado llano; en garrote vil la que castigue delitos infamantes sin distinción de clase; y que subsista, según leyes vigentes, el garrote noble para los que correspondan a los hijosdalgo.

Cada ejecución tenía su propia escenificación, diferenciándose la forma de llevar al reo al garrote. Los nobles, caballo ensillado, los de garrote ordinario en caballo o mula y los del vil en burro.

Mañana aplicarán el garrote vil a Salvador Puig Antich y a Heinz Chez. ¿Qué debe de estar haciendo ahora el verdugo titular de la Audiencia Territorial de Madrid? Antonio López Sierra nació en Badajoz en marzo de 1913. Tiene varias ocupaciones antes de ingresar en el Cuerpo de Verdugos a finales de los cuarenta. Le cae una sentencia de doce años por un atraco. Está en las prisiones de Badajoz, Puerto de Santa María, Alcalá de Henares y Burgos. Cuando estalla la

guerra se ofrece como soldado del ejército nacional. Se va a la División Azul y vive un tiempo en Alemania trabajando como barrendero. Regresa a España y es empleado de matadero (jamás la ficción supera la realidad). Luego recorre las ferias vendiendo caramelos y haciendo pequeñas estafas junto a su amigo Vicente López Copete, que se mete a verdugo con él.

El primero de los reos ejecutados por Antonio López Sierra es Ramón Oliva, *el Monchito*, de veintidós años, condenado por robo con homicidio y agarrotado en 1952. El verdugo recibe una gratificación de sesenta pesetas por el trabajo. Es la primera vez que utiliza lo que él llama «la máquina». A esta hora ya tiene la máquina preparada para Salvador.

Esta noche no me quito de la cabeza a Puig Antich. Ceno en casa y me inquieta el compás de espera y la posibilidad de que la pena sea conmutada a última hora. El atentado de ETA al presidente Carrero Blanco en diciembre del 73 y la posterior «mano dura» se lo pone difícil al condenado. Él mismo dice al conocer el atentado: «ETA me ha matado.» Partidos políticos y colectivos de derechos humanos europeos exigen su indulto. El mismo Vaticano le pide a Franco que no haya más ejecuciones en España, y el canciller alemán Willy Brandt también intercede a favor de Puig Antich. Por el contrario, aquí los partidos y sindicatos apenas montan protestas, porque Puig Antich es un anarquista heterodoxo fuera del esquema aceptable. Cosas.

Esta noche la pasa con sus tres hermanas y su abogado, escribiendo cartas en un ambiente de bromas nerviosas. Esperan el milagro. Todo se viene abajo cuando un funcionario les pregunta a las hermanas si tienen nicho. Una de ellas contesta:

—¡Vosotros le matáis, vosotros le enterráis!

A la mañana siguiente, en el metro, todo es normalidad. La gente va al trabajo o a estudiar moviéndose al compás del estridente traqueteo, cada uno a lo suyo. En el vagón hay publicidad de «televisores Elbe, mejor que la realidad». Un perro arranca de la pantalla una ristra de salchichas. También hay un anuncio de Chiruca. Se ve un primerísimo plano de la suela, como si el chico que la calza te fuese a pisar.

En este momento Salvador Puig Antich es trasladado a la sala de paquetería y se despide de sus hermanas y su abogado. Mientras abraza a este último, le dice:

—*Adéu*, guapo.

El metro es conducido por soldados con uniforme azul. El que abre y cierra las puertas, lo mismo. Nos parece la cosa más normal. Siempre me llama la atención que alguien pueda dormir en el metro a pesar de su vaivén estrepitoso. A mi lado un señor ronca estentóreamente, ajeno a todo, y yo no sé si lo envidio o lo aborrezco.

—¡Qué putada!

Puig Antich ve el garrote vil. Se le desencaja la cara.

Va esposado, levanta los pulgares y le dice al juez militar:

—Majo, ¡lo has conseguido!

Un funcionario comenta:

—A este lo tendremos que arrastrar hasta el garrote.

No es necesario. Salvador da los pasos que lo separan de «la máquina».

Cada vez que el metro para en una estación se produce el pertinente y rutinario trasvase de pasajeros. A veces se gana, a veces se pierde. En Triunfo ha entrado una jovencísima morena que se parapeta tras sus libros y una carpeta. Viste falda plisada de invierno y calcetines hasta las rodillas. En el andén se anuncia la película *El divorcio está de moda*. El cartel dice que es una película «picaresca». En España el divorcio no es legal.

A las nueve y veinte minutos de la mañana el verdugo Antonio López Sierra hace girar la enorme manivela. Algo anda mal, porque Puig Antich se revuelve en la silla cuando en realidad debería haber muerto en el acto. Definitivamente, se trata de un mal verdugo. Los compañeros del policía muerto en el tiroteo, los funcionarios, el médico y el juez asisten a lo que será una larga agonía. En este mismo momento están agarrotando a Heinz Chez en Tarragona.

Bajo en mi parada y al salir noto el frío de una mañana desapacible. Ojeo las portadas de los periódicos: «El gran jurado concluye que el presidente Nixon está involucrado en el encubrimiento del caso Watergate.»

Puig Antich no muere. El funcionario de prisiones Jesús Irurre ha estado en contacto con el condenado durante su estancia en la cárcel. Salvador le regala un libro de Wilhelm Reich. Charlan durante muchas horas. Irurre no aguanta más:

—¡Francooo asesinooo!

Dos funcionarios le tapan la boca y se lo llevan. En la sala de paquetería hay un ataúd.

En el Bracafé todavía se habla del recientísimo 0-5 del Barça frente al Real Madrid. Cruyff se ha convertido en un ídolo. Hablan de Sotil, de Rexach y de Asensi. La gente está loca de satisfacción.

A las 9.40, veinte minutos después de agarrotar a Puig Antich, el médico certifica el fallecimiento. En el certificado de defunción, como causa de la muerte consta: «Lesión medular.» Ciencia sin conciencia.

Le espera el nicho 2737, columbario B de la agrupación 14 del enorme cementerio de Montjuïc. El mismo columbario de la misma agrupación en que está enterrada mi madre. El número de Salvador es 2737 y el de mi ma dre 2776.

Pero esto todavía no lo sé. Desgraciadamente me enteraré más adelante. En más de una ocasión arrancaré flores de alguna corona para colocarlas en su nicho.

Hoy serán apedreadas varias embajadas españolas en distintas ciudades europeas. Aún quedan condenados a muerte. Serán fusilados meses antes de que muera Franco. Varios países retirarán sus embajadores. Somos la vergüenza de Europa.

Sexto, drogas y poco rol

Milagrosamente, ya estoy en sexto. He dejado la academia y soy alumno de un instituto de La Verneda, el Juan de Austria. Solo chicos, porque las chicas estudian justo al lado, en el Infanta Isabel. Hay una granja de desayunos que es territorio neutral. Y un cuartel de la Policía Armada.

Ahora, cada día me subo como puedo al autobús 40, que parece un canelón gigante relleno de gente. El revisor repite sistemáticamente lo de siempre:

—Vayan pasando adelante... Vayan pasando adelante.

Se entra por la puerta de atrás y compras el ticket al vendedor-revisor. Es un minúsculo papel como de fumar que va numerado. Si te toca capicúa, lo guardas. El vendedor lleva un dedo enfundado en guante de plástico y una espuma húmeda para arrancar los casi transparentes billetes. Detrás del vendedor hay un letrero: «Exhiba ticket o pase antes de que se lo exijan», y otro letrero, delante: «Terminantemente prohibido hablar con el conductor.» Una prohibición «terminante» es mucha prohibición. No se cabe.

El autobús pasa todos los días por el Puente del Trabajo, donde todavía debe de estar mi bicicleta y el último reducto de barracas de Barcelona. La Verneda es un barrio duro y la mezcla de alumnos, casi explosiva.

El primer día de clase estamos todos de pie en el enorme vestíbulo y el director nos habla desde el primer tramo de la escalera. El micro se acopla y al fin se oye su voz. Nos dice que estudiemos, que nos comportemos y que todo irá bien. Es muy alto, viste una larga gabardina negra y su tono de voz es cuartelero. Me sobrecoge uno de sus comentarios: «Señores, vamos a llevarnos bien... No sé si será fácil, porque veo mucho maricón de playa» [*sic*].

Me adapto como puedo a este nuevo contexto, que mezcla en una sórdida alquimia lo disciplinario y lo caótico. Los profesores se dividen entre aquellos a los que se puede tomar el pelo descaradamente y los que no. El de Historia del Arte es de los primeros, y cuando nos pone un examen intenta darnos pistas. Hoy toca Rubens, y él se acerca al interruptor de la enorme clase y enciende y apaga la luz quince veces. Luego baja las manos hasta las

rodillas, como si nadase agachado. Risas.

—No entendemos las pistas.

—¡Pues está claro!

Enciende y apaga de nuevo la luz y vuelve a bajar los brazos, moviéndolos, casi hasta los pies, como si espantase insectos lentamente.

—No se entiende...

—¡Que sí, hombre, que sí! ¡Parecéis tontos!

—Pues no lo entendemos...

—Por Dios, si está clarísimo. Rubens: ¡¡¡¡LUMINOSIDAD Y PROFUNDIDAD!!!!

—¡Aaahhh!

(Risas sacrílegas.)

El profesor de gimnasia es un policía del cuartel vecino y debe de creer que estamos en la Legión. Potro, plinton y cuerda son el terror de los gordos, porque el resto se burla sádicamente de sus fallidas intentonas. La obesidad y la gimnasia vergonzante son escuela de resentidos o suicidas potenciales. El escarnio público se fomenta con una trágica naturalidad.

El absentismo periódico es una constante entre los alumnos del ala dura, cuya asociabilidad se manifiesta también con los profesores. Debo reconocer que esta es una característica que admiro por su autenticidad y que prefiero al peloteo descarado de los mimados.

Los profesores de Literatura, Matemáticas y Filosofía son buenos y se hacen respetar. Ellos imaginan un mundo ideal en el que los alumnos no solo callan sino que, además, les entienden. Consiguen lo primero y muy difícilmente lo segundo. Viven en el interesante universo de sus materias académicas sin apenas conexión con el mundo real. También los admiro.

La granja de los desayunos es estimulante y entre cruasanes, donuts y cacaolats surgen, a la velocidad vertiginosa del cuarto de hora, amistades, noviazgos, malos entendidos y enamoramientos no correspondidos. Ahí están ellas..., y en pocos minutos no estarán. Es el Romeo y Julieta con la boca llena. Es el Tenorio atragantado que

busca a la desesperada un encuentro al salir de clase para caminar doscientos metros junto a ella. Solo andar un trecho... A eso ya se llama «relación». Emocionante.

El olfato es un sentido infravalorado y en aquellos años es poco más que un mecanismo de defensa antipestilencias. Süskind aún no ha escrito *El perfume* y nuestra sofisticación nasal es menesterosa. Digamos que nuestra pituitaria subsiste carente de alegrías.

La parvedad del desodorante en clase nada puede contra tanto sobaco campechano. Se imponen las bacterias axilares y su orgiástico baño en amoniaco y urea. Esto no es una novedad pero, ¡coño!, es que ya estamos en plenísima edad del pavo. Diríase que el pavo ha muerto.

Siendo así que andamos tan embotados de nariz, se produce la sorpresa: ¡un olor nuevo! ¡Una tufarada distinta!

Si por el humo se sabe dónde está el fuego, entramos aquí en una nueva dialéctica de emanaciones y bocanadas. Sin atalayas y en la ilegalidad, hemos nacido a una nueva red de señales de humo clandestinas: ha surgido... ¡¡¡ el porro!!!

El porro se convierte en un optativo faro de Alejandría que inicialmente dividirá dos mares procelosos: el de los pasotas y el de los progres. Con los años ambas tribus firmarán la paz y su mezclarán las dos visiones del mundo: el progre fumará maría, el pasota se hará ecologista y sectores de ambas tribus le darán a la farlopa. Para algunos el LSD opera el tal milagro unificador.

Pero no adelantemos acontecimientos. En este momento el tema es dual: fumas porros o te politizas. La gente fumaba porros en portales, frente a salas musicales (los aledaños de la sala Zeleste se convierten en la catedral del mar del cañamón), en conciertos, en terrados.

Naturalmente, hay un rito de iniciación:

—Toma, fuma.

—No, es que no me apetece.

—¡Uuuyyy! Eres un pureta... ¡Qué *cagao*!

Es el primer indicio de que los que se drogan tienen una tendencia evangelizadora. No aceptan una negativa porque de algún modo les niegas a ellos mismos. Negarse a aceptar una calada de porro puede convertirse en una ofensa personal. Es paradójico, porque no te invitan a compartir su Coca-Cola ni su bocata, pero el porro es diferente. Es inconcebible que un indio no acepte fumar la pipa de la paz.

No se trata prioritariamente de una cuestión de amabilidad. A lo que uno se niega en definitiva es a ser cómplice. Una calada lo invalida a uno como potencial delator y crítico moral.

—Venga, dame...

La bajada de tensión y el mareo son instantáneos. Al desarbolamiento físico se añade la impotencia mental y una desagradable sensación de angustia. Las tres caladas profundas me provocan desfallecimiento, agobio y fastidio.

—¿Qué, a que relaja?

Me siento en el suelo y mi cabeza decide colocarse (nunca mejor dicho) entre mis rodillas. Dicen que tenemos dos cerebros, uno en la cabeza y el otro en el intestino. En este momento no se llevan bien porque piensa más la tri pa, que por lo visto segrega hormonas del estrés. Aún no sé que casi toda la serotonina humana se encuentra en el intestino, pero noto la caída del Imperio romano en mi interior. Una descarga intestinal seria ahora, torpédica, en racimo y letal.

El ritmo cardíaco se acompasa al de un aspersor estropeado y la existencia toda palidece. Los recuerdos y las imágenes se suceden en un alboroto perturbador.

Constato en plena regurgitación y en un arrebato de objetividad que el porro no me ha sentado del todo bien. ¿Quiere esto decir que no soy pasota? ¿Qué significa mi malestar? Veo que a los porreros les encanta ese punto justo de vahído balbuciente al que no puedo acceder porque me paso de largo. Más que relajarme, entro en proceso agónico.

Esa noche le pregunto a mi padre si cuando estuvo en la mili, en Ceuta, fumó porros.

—Era grifa. Sí, alguna vez. Había unos bares que eran un poco fumaderos y unas moras hacían un poco la danza del vientre, y fumabas grifa... y, mira, pasabas el rato. Yo me iba al monte Hacho y miraba la Península... Me sentía más cerca de casa.

Mucho peor, no tengo excusas genéticas. Sencillamente no me gustan los porros. Hay que asumirlo con resignación.

Los porros lo cambian todo. Todavía no se han puesto de moda los libros de autoayuda y por aquí funcionamos con *El lobo estepario* o el *Siddharta*. Son lecturas para el encuentro esencial de uno mismo, pero sobre todo para hacerse el interesante con las chicas y conseguir un encuentro «esencial» con ellas. Si uno sabe contar la historia del hombre hindú que vivió en la época del Buda, tiene bastantes posibilidades de llamar la atención, aunque no le gusten los porros.

En un par de años el tema hindú-budista llega a convertirse en una moda bastante molesta. Los primeros que van a la India regresan todos con la misma frase:

—¡Taaaaaannnnnn bien en Indiaaaaa!

Obsérvese que no dicen «la» India, sino «India». La eliminación del

artículo «la» significa que ya son iniciados en el brahmanismo y en los trescientos treinta millones de entidades celestiales o *devas*. La gente viene de la India como trastocada y diciendo que en ese país todo el mundo sonríe aunque viva en la miseria y que aquí no sabemos nada de lo constitutivo y lo sustancial.

Todo el mundo sonríe «en» India..., ¿por qué? No tiene una explicación racional, y por lo visto precisamente en ese «porque sí» radica la grandeza de su sonrisa. Es una sonrisa de aceptación existencial o algo así, como si tuvieran un secreto muy bien guardado que no quisiesen compartir con el mundo occidental. Se recrea así el mito de lo oriental y el complejo de inferioridad de Occidente.

El orientalismo ha sido históricamente una lectura del mundo desde el etnocentrismo europeo, pero eso da igual. De nuevo a la carga: nosotros somos una filfa y el indio desnutrido pero sonriente, un mensajero de la verdad. Si eres un occidental con dos coches, tres casas y millones en el banco, eres un desgraciado comparado con un niño de Calcuta que sonría. Así es la cosa.

Vienen de la India con una nueva perspectiva existencial y un virus de estómago de los que debe de haber tantos como *devas*. En los casos de mayor iluminación salvífica, regresan sabiendo incluso lo que habían sido en una reencarnación anterior.

—Yo fui pastor.

—Yo fui perro.

—¡¡¡Qué fuerte!!! ¿De qué rebaño?

La peregrinación a India se convierte en la reválida del porrero. Si se aspira a un «cum laude» hay que ir al Nepal, aun a riesgo de que el cebollón y el mal de altura lo dejen a uno trastocado.

Yo, como no porrero, me gasto cada año mis ahorros en lamentables y sucias pensiones de París y Londres. Soy un puto pureta.

Como se ha dicho, dejo al margen mi historia profesional. Solo consignar que a estas alturas ya me gano algún dinero escribiendo en periódicos. Crónicas de conciertos... Y digo periódicos, en plural, porque cada periódico en el que me contratan cierra a los pocos meses: *El Correo Catalán*, *Mundo Diario*, *Catalunya Express*, *El Noticiero Universal*... Inquietante.

Mis hermanos siguen cada uno a lo suyo. Juan, mi padre y yo formamos el contingente que vive en el piso de siempre. El tándem formado por Juan y mi padre sigue resultando problemático. El mayor y el más joven forman un paréntesis vital curioso y a menudo explosivo.

Mi padre se retirará en unos meses y, como he dicho, le regalan un reloj con motivo de los años de trabajo en la empresa. Para él es algo más que un detalle. Nunca se lo quitará. Es un reloj enorme, plateado y varonil.

Rosa no deja de atendernos y controla que todo vaya bien. Se viene a vivir a cien metros de casa con Josep Maria, su nueva pareja. Josep Maria implica mi conocimiento de Canet y su gente (que no es poco). Me da clases de piano y sobre todo me impresiona lo a gusto que se ríe de él y del mundo. El rancho está asegurado. Allí donde ha vivido Rosa hemos tenido cuartelillo, afecto y vida. Pero ahora, además, ¡está al lado de casa!

Siempre pensamos que los verdaderos cambios en la vida vienen de la mano de cuestiones más o menos esenciales, cuando lo cierto es que hay modificaciones triviales que dan mucho de sí. Como ya he dicho, soy poco propenso a la metafísica, vivo al día y sigo con el tica-taca de los estudios, el trabajo y una aceptable pasión erótico-emocional. El cambio llega con un motor de explosión de dos tiempos y cincuenta centímetros cúbicos: ¡un Vespino de segunda mano! Esto se anima.

Si cuando compramos un vehículo pudiésemos vislumbrar la totalidad del largo itinerario que recorreremos con él, resultaría bastante ilustrativo. Me veo en el ciclomotor y a mi alrededor, la vida. Quizá mejor penetrando en la vida con mi ciclomotor. Todo se revitaliza como si uno no hubiese aprendido a tener miedo y se dejase llevar por las inclemencias y las peripecias. Se inicia la odisea urbana contra los elementos, la paralizante «perla» de la bujía, los patinazos en los pasos de cebra y las tramposas vías de los tranvías que los dioses parecen cambiar de lugar. La ciudad es una enorme máquina

del millón y uno la pequeña bola lanzada a diario a su azar aleatorio.

A las diez de la noche y en la inacabable avenida Meridiana el mes de octubre te arranca las primeras lágrimas del invierno. Imagino que voy en avioneta.

«Hoy, 26 de octubre del 75, la agencia de noticias Tass ha informado, por primera vez, sobre la salud de Franco. Ha sido, como siempre, en un breve comunicado. La nota dice que el príncipe Juan Carlos de Borbón y los miembros del Gobierno español visitan frecuentemente el palacio de El Pardo para interesarse por Franco.»

El casco no es preceptivo y agacho la cabeza instintivamente en busca de una imposible aerodinámica. El ciclomotor, más que correr, deambula. Da tiempo a ver los incesantes edificios colmeneros con sus luces encendidas. Imagino la gente en su interior y todo resulta extraño aunque no lo sea. La excepcionalidad y los misterios de lo ordinario me asediarán siempre:

Emerger es llevar el reloj sabiendo
que cada cinco minutos la normalidad
se derriba a sí misma, río de minucia
significante, catarata burlona de nuestras legañas,
barrotes fundidos en pereza, tela de araña,
cicuta de la imaginación.

Gracias, Jordi Corominas.

Diagnóstico del *Times*: «Después de Franco: esperanza y miedo. La transformación del país permitirá una evolución democrática mucho

más pacífica que en Portugal.

»En la OTAN se sigue con atención el desarrollo de los acontecimientos políticos de España como consecuencia de la grave enfermedad del jefe del Estado español.»

Se refrigera por aire forzado y en la oscuridad su afónico petardear suena a fiera noctívaga. Me agarro con fuerza al manillar del ciclomotor recolocándome como para darle empuje. Recuerdos de esta tarde. Aún resuenan en mí el *Wish You Were Here* de Pink Floyd, la sapidez del cubata de ron y la esencia-adolescencia de Ana, la mujer con la que estallo. La vida está por urdir... Todo por hacer y deshacer. Ecce Homo: intentar no ser un azar.

«Preocupación del general Pinochet. Una constante atención al estado de salud del general Franco mantiene al presidente de la República de Chile, el general Augusto Pinochet, el cual es un admirador de la gestión militar, económica y política del Caudillo. Pinochet, en su biblioteca particular, tiene una cantidad apreciable de literatura sobre Franco, discursos y publicaciones sobre la actualidad española.»

Dicen que ser viejo es que noviembre dure de enero a diciembre... El sol apacigua la tacañería térmica y en los semáforos pateo el suelo. Freno ante la clínica y subo por las escaleras. Mi padre ha sido abuelo y cuando entro en la habitación sostiene con sus enormes manos al recién nacido. Su sonrisa me asombra, porque de ella se infiere algo relativo a la savia existencial. Ser abuelo es recibir un telegrama de la muerte pero al tiempo es burlarla. Me imagino yo recién nacido en esas infatigables manos de asalariado cumplidor. La imposibilidad del recuerdo es una argucia de la naturaleza. Con su nieto en brazos, su viudedad me parece hoy más presente que nunca. Es un padre bueno y será un buen abuelo.

«Desde Managua ofrecen un riñón al Caudillo. Un nicaragüense ofreció donar un riñón para contribuir al mejoramiento de la salud de Franco.»

«El presidente de la Casa de Galicia en Buenos Aires ofreció donar un riñón para contribuir al mejoramiento de la salud de Franco: “He venido desde Buenos Aires para donar mi sangre para el Generalísimo. Daría diez años de mi vida por Franco.”»

La carretera nacional que lleva a Canet de Mar parece ondulo-eterno-resistente, y el Vespino berrea recalenta do como un horno testicular. A través de Josep Maria y Rosa, como he dicho, conozco Canet. Para alguien de Barcelona sin experiencia en veraneo, la vida en un pueblo de la costa resulta portentosa: casas, patios, playa y la gente. Todo peculiar y placentero.

Ahí está Joan Ramon, que será amigo y gurú profesional, y sus colegas, que serán los míos. Se celebran las «Sis Hores» en el campo de fútbol y actúan los de la *cançó* catalana. De repente un joven que lanza octavillas es detenido. El del cañón de luz enfoca hacia el barullo y la pareja de la Guardia Civil y el detenido se convierten en estrellas del momento. La gente protesta y uno de los guardias civiles dice:

—Que por un garbanzo no se estropee todo el cocido.

Al final salen por piernas sin detenido y uno de ellos sin tricornio.

Otro día estamos en Canet en una reunión de la Assemblea de Catalunya, formada por todos los partidos democráticos, cuando entra el mismo guardia civil y dice:

—Señores, yo saldré y volveré en cinco minutos, y ustedes estarán en sus casas.

Cuando regresa todos seguimos allí.

—Vaya vaya... Veo muchas barbas a lo Carlos Marx.

(Risotada general.)

En realidad no saben qué hacer. La reunión continúa. Esta noche,

al regresar a Barcelona, el ciclomotor me hace la perla tres veces. Puta bujía.

«Franco sufre una hemorragia gástrica incoercible. El príncipe Juan Carlos pasa a desempeñar la Jefatura del Estado en funciones. Mañana presidirá el Consejo de Ministros.»

El Vespino debe aparcarse como mínimo a tres calles. Ando un trecho, remiro y me acerco a la puerta. Golpeo con los nudillos según la contraseña (tres, dos, tres, dos, uno). Me abren. Es la sede del PSUC (PC en Cataluña) en mi barrio de Sant Andreu. Buena gente. Currantes, trabajadores ilustrados y algún universitario habituados a la clandestinidad.

Paradojas: en los cenáculos radicales ser del Partido Comunista significa ser conservador. Los de Bandera Roja y los del PORE nos consideran «unos vendidos al capitalismo». Los maoístas y los trotskistas piensan que somos lo peor. Los del PSUC consideran a los otros como unos locos ortodoxos que pueden robar votos esenciales en caso de que algún día haya elecciones. Cuando unos hacen una pintada los otros la encalan y hacen su pintada encima. Por la calle ni se saludan. En alguna ocasión la cosa acaba a bofetones. No olvidemos que la Joven Guardia Roja y el Movimiento Comunista también van a lo suyo y se llevan mal con el PSUC, pero también con el Partido del Trabajo. Me voy a casa. Estoy contento porque el ciclomotor no se recalienta.

Al cabo de un par de años la hoz y el martillo me producirán un espanto parecido a la cruz gamada, símbolos ambos del terror y la muerte de millones de seres humanos.

«Franco tiene una recesión gástrica subtotal.»

Radio Nacional en conexión con todas las emisoras:

«Desde el último parte médico la evolución de su Excelencia el

Generalísimo continúa empeorando progresivamente. Aparecieron trastornos en la conducción intraventricular e hipotensión arterial mantenida, y a las 5 horas y 25 minutos sobrevino una parada cardíaca irreversible. Diagnósticos clínicos finales: enfermedad de Parkinson. Cardiopatía isquemática con infarto agudo de miocardio anteroseptal y de cara diafragmática. Úlceras digestivas agudas recidivantes con hemorragias masivas reiteradas. Peritonitis bacteriana. Fracaso renal agudo. Tromboflebitis eleofemoral izquierda. Bronconeumonía bilateral aspirativa. Choque endotóxico. Parada cardíaca.»

Madrid, a las 7.30 horas del día 20 de noviembre de 1975. Firma: el equipo médico habitual.

Mi padre está en pie frente a la tele cuando Arias Navarro dice entre hipos de desconsuelo que Franco ha muerto. Se queda en pie mirando la pantalla durante unos segundos y luego, muy lentamente, se acerca a la cristalera que da al balcón. Apoya en el frío cristal las manos entrelazadas y deja caer suavemente la cabeza entre ellas:

—Ya me puedo morir tranquilo. No sé qué pasará, pero ya me puedo morir tranquilo.

Lo imagino de joven con la bandera republicana. Lo imagino entre bombardeos y las lavativas en Girona... Lo imagino desilusionado, lo imagino el día que matan a su padre y lo imagino bajando la cabeza durante cuarenta años. Mala frase para una mala época.

Por cierto, me temo que el ciclomotor también está llegando a las últimas.

La transición entre hermanos

La historia y la historia sagrada están repletas de conflictos fraternos: Caín y Abel, Jacob y Esaú, Rómulo y Remo, Ricardo Corazón de León y su hermano Juan, Isabel de Castilla y su hermano Enrique IV, con Juana la Beltraneja de por medio... Digamos que no son ejemplos especialmente edificantes para el general mejoramiento de las relaciones entre hermanos. Si vas a clase y te cuentan cómo el uno se carga al otro, y las mentiras y engaños para hacer caer al primogénito..., al volver a casa te ratificas en que llevarte relativamente mal con tu hermano es normal.

Cuidadito:

Osiris gobernaba en Egipto como un rey sabio y justo, enseñando a sus súbditos a labrar la tierra y obedecer las leyes. Pero su hermano Set (encarnación del mal), envidioso por el éxito de su hermano, le tendió una trampa invitándolo a un festín, en el cual preparó un cofre que prometió regalar a quien entrara exactamente en él. Curiosamente, ninguno de los invitados lo consiguió, salvo su hermano Osiris, que cupo perfectamente. Justo cuando entró en el cofre, Set hizo arrojar este al Nilo. Osiris casi se salva, pero Set acaba el trabajo haciéndolo descuartizar.

Insisto, son tantos los pasajes de destrozo fraterno, que uno asume el conflicto cotidiano entre hermanos como «iusnaturalista», con perdón.

Juan tiene dieciséis años y aún andamos a la greña. La incomprensión mutua ha sido una constante. Cada cual va a lo suyo y apenas sabemos del otro.

Está claro que yo cometo el error de pretender que su forma de ser sea compatible con la mía o que directamente seamos idénticos. Esta actitud inconsciente es el oxígeno esencial de los conflictos. Juan se olvida de poner los discos en la funda y yo lo vivo como una injusticia flagrante. Dos errores entrelazados en la tontería: su olvido sistemático y mi permanente indignación vaporizan rocío de tensión domiciliaria. Tan típico y tan tópico.

Todavía no sé que en muchas relaciones fraternas instalarse en el conflicto es una forma de vivirlas. Me costará mucho entender que el recelo no es lo contrario del afecto. Lo contrario del afecto es la

indiferencia. Una indiferencia que, eso sí, nunca he sentido por él.

Juan tiene una forma de ser poco convencional, pero en todo caso nada cínica. Es como es y eso acabará tomando carta de naturaleza. El suyo es un escepticismo casi biológico y de resonancias trágicas que no está reñido con el sentido del humor. A veces su autenticidad puede ser su enemigo, pero al mismo tiempo lo convertirá en un líder natural. Juan siempre anda rodeado de gente a la que fascina precisamente porque no tiene ningún deseo de agradar. Es un incrédulo apasionado. Es un antianfitrión deseado. Enamora sin querer y se enamora de quien quiere en el más amplio sentido de la palabra.

Juan se deja vivir valientemente. Su forma de ser me aturde porque yo me he instalado en la autodisciplina como único refugio ante la hostilidad de un mundo que me produce asombro y a veces turbación. Tenemos dos hermanos que se enfrentan a su biografía de forma arquetípicamente distinta. Dos temperamentos a los que puede acogerse un amplísimo porcentaje de los que andamos por este mundo.

Pasa que el tiempo y sus acaecimientos y los hilillos argumentales de la vida me darán una lección de órdago. No hay mayor injusticia que comparar a dos hermanos. El «mira a tu hermano, él sí estudia y se comporta, no como tú», es el comentario más indigno y destructor que se pueda concebir. La gente lo repite hasta la saciedad: «Con la misma educación y el mismo trato, cada hermano tendrá su temperamento.» Pues si es tan sabido, ¿por qué coño se reincide? Comparar a los hijos es tratarlos como una camada. Se destroza su individualidad creando una falla tectónica entre ellos. No es el caso de mi padre, que quizás intuitivamente sabe que esta no es la cuestión.

El temperamento de cada uno de nosotros es una lotería biológica, y no hay más. Cámbiele usted la personalidad inicial a los dos hermanos y les cambiará también la biografía. Luego están el aprendizaje y la cultura, que, vale, también pesan lo suyo. Pero es indudable que hay un componente en nuestros logros y nuestra felicidad que nos viene dado. Que nadie que se acomode mejor a la vida crea que es solo obra suya.

Juan y yo hacemos exactamente lo mismo: pivotar entre fuerzas invisibles. Ahora no podemos ni imaginar cómo lucharemos unidos. Aún nos quedan peleas estúpidas. Tardaremos en saber que la empatía nos hará uno. Pero así será.

Santi, Fede y Juan tienen los ojos azules. A mí me llaman el «vietnamita» porque los tengo oscuros. Suerte que Rosa tampoco los tiene azules. Diez ojos, con los de mi padre, doce. ¡Qué absurda cuantificación! ¿Cuántos ojos hay en vuestras casas? La distancia

media entre los ojos es de 6,2 centímetros; el globo ocular pesa 7,5 gramos; la retina es un mosaico de ciento treinta millones de células sensibles a la luz; el ojo humano puede distinguir casi diez mil colores distintos; pestañeamos veinte mil veces al día, los ojos negros no existen, como máximo son achocolatados profundos...

La ingeniería biológica de nuestros ojos está sujeta a la aleatoriedad. Resulta paradójico que una tan compleja y extraordinaria prestación como la vista esté al pairo de los eventos. Los ojos «solo» pueden ver, y parecería lógico que dejasen de hacerlo ante determinadas imágenes. Sí, podemos cerrar los ojos..., pero es como embozarse o darse la vuelta. No, los ojos deberían bloquearse sin dejarse llevar por mecanicismos ni procesos. Deberíamos apelar a la inteligencia del humor acuoso, la piedad del iris o la misericordia del cristalino. No es justo que nuestros ojos aparenten indiferencia a lo que ven. No es justo que se dediquen a captar la realidad sea como sea y nos lleve donde nos lleve. Revindico la ceguera transitoria. El problema de ver determinadas imágenes es que a uno no se le olvidan nunca. Nunca...

Y empieza la carrera… y las carreras

Sigo escribiendo en periódicos y presento programas musicales en Radio 4 de Radio Nacional de España. Empiezo mis estudios en la Facultad de Ciencias de la Información en Bellaterra. Es el acceso a un mundo privilegiado y me siento en mi lugar. El campus, la cafetería, la gente, las tocineras de la policía siempre vigilando, las chicas y algunos profesores buenos. Apasionante.

Cuando llega la profesora de Radio nos da un *dossier* del curso. Nos visitarán profesionales de la radio en catalán. Miro la lista de los ponentes y, como somos pocos, estoy en ella. No debe de ser frecuente que alguien empiece un curso en la universidad y le digan que asistirá para dar una charla. Es cómico. Se lo digo a la profesora y me garantiza un cinco. Sorprendente.

De más está decir que las asignaturas que prefiero son las que nada tienen que ver con el periodismo: Literatura, Historia, Derecho… Me siento en el mundo. Lo peor, Compaginación, Economía de la Empresa Periodística y Tecnología…

La asignatura de Tecnología de la Comunicación es «preinformática». Estudiamos con un libro de Brajnovik anclado en el anteayer. Lo más tecnológico es una rotativa que más se asemeja a un tanque de Rommel para cercar Tobruk. Da igual, se cumple el sueño de estar en la universidad.

De vez en cuando asambleas para participar en manifestaciones en Barcelona, policías de paisano descubiertos y perseguidos por los infinitos pasillos. Buen ambiente.

Entre el grecorromanismo protocientífico, Bertrand Russell, Romà Gubern con la interpretación freudiana de King Kong y unos apasionantes bocadillos de tortilla, van pasando los meses.

Los sábados por la tarde me dedico a estudiar en casa. Lo normal. Soy el primero de mis hermanos que está en la universidad. Mi padre parece sorprendido:

—A ver si te vas a convertir en un ermitaño...

—No se preocupe, esta noche salgo.

En una de esas me dice que le acompañe al balcón. Ahí estamos los dos, mirando la antigua rambla, convertida ahora en una fría avenida de seis carriles. Salimos al balcón desde el que me vigilaba cuando fui a comprar el primer periódico, el balcón tras la cristalera que reparaban Fede y Santi el día que llegamos de Montcada, el balcón en el que petardeábamos la noche de Sant Joan... Ahí estamos los dos.

—Mira qué coche... El verde.

—¿El 850?

—Sí... No está mal, ¿no?

—No, no está mal...

Se saca unas llaves del bolsillo y me las da.

—Es tuyo. Es de segunda mano. Se lo vendían los de la Flor de Terciopelo.

Llaman la Flor de Terciopelo a una vecina del principal, por lo fina que es. Un matrimonio sin hijos que aparenta posibles. Alucino... Mi padre regalándome un Seat 850, regalando el coche que jamás tuvo. Experimento sorpresa y agradecimiento. Un padre de sesenta y siete años dándome aliento para seguir con ímpetu. ¡Podré ir a la Universidad de Bellaterra en coche! Lo abrazo enérgicamente sintiendo en las tripas que mientras uno tiene padre sigue siendo un niño.

Nunca fui a una autoescuela. Me compré los libros de teórica e hice prácticas en Canet por mi cuenta. Me examiné por libre con un coche del «Servicio Oficial»... Un milagrete. No hemos tardado ni cinco minutos. Contacto y a rodar. Llevo a mi padre a recorrer Barcelona en el «flamante» Seat de segunda mano.

—No corras...

—No, esto no corre.

—Mejor.

A pesar de la hiperactividad propia de trabajar y estudiar, parece que la vida abonanza. Experimento las cosas con pasión pero también con una cierta placidez. Vivo positivamente la amistad con un breve grupo y sigue mi vínculo afectivo con Ana, esa mujer tan especial para mí... Sigo militando en el PSUC y arrecian las protestas en la calle. La violencia, como siempre, asoma periódicamente. Una constante.

Estamos en enero de 1976 y en Vitoria unos seis mil trabajadores

inician una huelga contra el decreto de topes salariales y en defensa de las condiciones de trabajo. La cosa deriva en huelga general. La Policía Armada entra en la iglesia de San Francisco de Asís en Vitoria, en la que está prevista una asamblea de trabajadores. Gases lacrimógenos. Cuando salen, ahogándose, la policía dispara con fuego real. Resultado: cinco obreros muertos y varios centenares de heridos. Después, estudiantes asesinados en varias manifestaciones. Así. Es el principio. Aún no sabemos que a partir de ahora van a morir 1.250 personas por violencia «política» a manos de ETA, el GRAPO, la extrema derecha y el islamismo radical. Así. Mil doscientas cincuenta personas sumando los terroristas «caídos». Mucha sangre.

La Assemblea de Catalunya convoca manifestaciones para los días 1 y 8 de febrero de 1976. Barcelona se colapsa. Al grito de «Libertad, amnistía y estatuto de autonomía» el centro de la ciudad se convierte en un campo de batalla. La policía nada puede contra una marea humana que desconfía del rey y del presidente Arias Navarro.

Corremos en todas direcciones y nos reagrupamos en la «plaça del Llapis», así llamada por el monolito que se erige en el centro. Un concierto wagneriano de balas de goma, porrazos y sirenas... Siempre hay un manifestante que cobra más que nadie. Lo persiguen entre dos o tres policías, tropieza y recibe una paliza torrencial. Un día me sucede a mí, en las Ramblas. Me dan la del pulpo y me sorprende lo poco que duele... hasta que pasan diez minutos.

Cuando llego a casa mi padre me aplica pomada en la espalda. Casi no hablamos.

—¿Duele?

—Duele.

—Pues mañana dolerá más.

España está cambiando desde arriba por la presión de los de abajo. No es ninguna broma. La transición da sus primeros y torpes pasos entre la incomprensión de muchos y el sabotaje de otros.

Aquí no se corre, se vuela

La estación de Francia es un hormiguero ruidoso. Me subo al vagón y en el andén están ellos. Me han acompañado casi en silencio. Ahí están ellos, Juan y mi padre. En el bolsillo llevo el Zippo que me ha regalado mi hermano Fede.

—¡Que no te asusten!

Su comentario me asusta.

Mi padre con su traje gris, su pelo gris y una gabardina marrón. Juan con una americana que le sienta bien. Todo le sienta bien desde hace un tiempo. Ya es muy presumido. Ahí están los dos. Mi padre insiste en sus indicaciones:

—Tú a lo tuyo, y no te metas en ningún lío.

—Que sí... Tranquilo.

—Eso, tú tranquilo.

Juan sonríe, sorprendido por la situación.

—Cuida al papa y no le hagas enfadar —digo.

—Uyyyy, es difícil.

—Qué burro que eres.

—Toda la casa para mí...

—En serio, no os peleéis.

—¡Que nooooo!

El vagón se va llenando de gente de mi edad. En un par de minutos el tren arrancará. Ayer me despedí de Ana y de mis hermanos... Todo es rarísimo. Me voy y lo dejo todo colgado: trabajo, carrera, relaciones. Un presente que en dos minutos se despeñará en la oquedad idiota del pasado. Como la cosa más natural siento que en un minuto me va a faltar el suelo. Joder.

—Te he puesto tres botes de leche condensada en el petate.

—Pero ¿qué voy hacer con la leche condensada?

—Es alimento.

Leche condensada... De repente todo adquiere resonancias bélicas roñosas... Imagino a mi padre colocando los tres botes en el petate y al fantasma revivido de mi abuelo falso guardándolos, una vez vacíos, en el armario de Montcada.

El andén está lleno de padres y madres despidiendo a sus hijos. Por un instante me siento huérfano de nuevo. Al instante siguiente me siento solo. El tren empieza a moverse. Juan y mi padre caminan unos metros junto a la ventanilla. Me asomo, les lanzo un par de besos y un dolor me oprime la garganta. Solo será un año y tres meses. ¡Ánimo!

La estación de Francia queda atrás y el tren nos lleva a Valencia. Nadie se conoce, pero en el vagón todos compartimos la misma suerte. Hace poco he leído *La modificación*, una breve novela de Michel Butor que habla precisamente de un viaje en tren. El protagonista va a decirle a una mujer que la ama, pero en el trayecto, mirando el paisaje y reflexionando, va cambiando de opinión y al llegar pilla el tren de regreso. Eso recuerdo.

¿Y si me bajo del vagón? ¿Y si en una parada sencillamente me largo? Nadie nos vigila, sería la cosa más fácil. Solo bajarme y regresar a casa. Aún vamos de paisano. De paisano..., qué extraña expresión para los que no van de uniforme. Paisano, según el diccionario: 1) adj. Dicho de una persona: que es del mismo país, provincia o lugar que otra. 2) m. y f. Campesino, que vive y trabaja en el campo. 3) Hombre que no es militar.

Sí, vamos de paisano con un petate con ropa interior, botiquín, neceser y... leche condensada. Nos han dado a cada uno nuestro documento de identificación y un texto:

> Todos comprenden tu alegría, pero no alborotes, marcha en orden, formal. Disciplinado. De tus superiores recibirás instrucciones y consejos en evitación de accidentes durante el transporte. En las comidas, ganas tiempo si te colocas en el lugar que te indiquen. Es peligroso cruzar las vías en las estaciones de ferrocarril. Si tienes que hacerlo, mira a un lado y a otro. En el tren y en los barcos, pon mayor cuidado: no hagas locuras. No cantes con exageración, no grites; no digas palabras groseras.
>
> ESPAÑA se siente orgullosa por tu entrada en el EJÉRCITO.
>
> ESPAÑA sabe que tú serás un gran SOLDADO.
>
> ESPAÑA agradece tu valiosa ayuda.
>
> ¡VIVA ESPAÑA!
>
> Art. 432 del Código de Justicia Militar: «El recluta o inscrito en marinería que hubiere sido citado a incorporación con arreglo a las disposiciones reglamentarias y no lo efectuase en tiempo de paz en el plazo fijado para la concentración, será corregido con arresto militar.»

Meto una mano en el bolsillo y me agarro al Zippo de Fede. En el vagón, los más graciosos cuentan chistes. Uno llora apoyando la cabeza en el cristal de la ventanilla. El mar en calma. ¡Que algo lo

esté!

Naturalmente, voy preparado para intentar librarme de la mili. Yo solo tengo que desmayarme varias veces y decir que no me pasa nada. Ellos tienen que descubrir la medicación que llevo: tratamiento para una grave patología psiquiátrica, con indicaciones de un especialista. Seguiré las instrucciones de un médico progre que ha librado a unos pocos. Veremos. De todos modos pienso que, si tragan, esto solo puede durar un mes.

Traqueteando por el Levante invernal me encuentro de nuevo rehogado en una realidad sin fisuras. Se van a inventar el mundo por mí. Voy a ser un número. No sé dónde leí que un número es más único que un nombre. Hay muchos Javieres, pero mi número, sea el que sea, solo será el mío. Quien no se consuela...

Al llegar a Valencia está oscureciendo. Ahora sí. El andén está plagado de cascos blancos de la policía militar con su grotesco concierto de silbatos. Una coral de grillos cabreados. Cuando los chavales salen del tren los hacen formar en tres filas exigiendo silencio a grito pelado. Salgo de los últimos y me coloco en la formación. Un gesto y ya está. ¡Adiós hábeas corpus! Nos suben a camiones militares. Somos silencio.

Salimos de Valencia en dirección al campamento de instrucción. A medio camino los camiones se paran. Abren los portones y nos piden cinco duros para el trayecto. Pagamos. Un robo en toda regla. A la media hora entramos en el CIR de Marines. Silbatos de nuevo y formación en el patio central. Aparece un oficial cincuentón.

Silencio. Señores, silencio... Silencio por ahí atrás.

Ante el estupor generalizado el oficial le da una patada en los genitales a uno de la primera fila, que se revuelca en el suelo gritando de dolor. Una patada dejando caer la pierna muerta en el lugar exacto. Se hace el silencio.

—Veo que nos vamos a entender. Usted, levántese del suelo y a la formación.

Empieza la fiesta. No sabía que se puede temblar por varias razones: frío, miedo e indignación. Ellos saben muy bien lo que hacen. Lo de siempre: beligerancia, embrutecimiento y actitudes violentas. Son fases de manual. Reparten sábanas y mantas y nos meten en un barracón.

Al entrar conturba la imagen de doscientos treinta fusiles colocados ordenadamente a un lado y otro del vestíbulo. Forman un friso mortífero cautivo por dos larguísimas cadenas que aprisionan los gatillos. La preceptiva colocación de los cetmes lo resitúa a uno instantáneamente en la realidad: en una empresa cuyo objetivo es matar. De nuevo la violencia y sus garfios, pero aquí de forma institucional. La cofradía de la muerte.

Nos urgen a gritos a preparar la cama y acostarnos. Apagan la luz.

¡Sileeeeeencioooooo!

Somos doscientos treinta y ya estamos tan ordenados como las armas. Por los grandes ventanales asoma la fría noche de febrero. Algunos lloran.

La corneta nos desboca con nocturnidad. Son las siete y por primera vez oigo el grito litúrgico:

—¡Aquí no se corre, se vueeeeeelaaaaa!

—¡Venga, venga, venga, venga, venga, venga, venga, venga, venga, venga... que parecéis putas!

En la oscuridad, las diferentes compañías forman en el patio de armas. En total debemos de ser más de mil.

—Cubrirse..., ¡ar! Firmes..., ¡ar!

En pocas horas la cabeza parece una bola de billar y todos llevamos uniforme. Algunos lloran. Luego, las vacunas: algunos lloran y se marean haciendo cola con una aguja en cada brazo. Esto parece la mili.

A los dos días estamos en la formación de diana y, entre temblores, me dejo caer al suelo. Movida. Me hago el inconsciente. Siento que me agarran entre dos y me llevan a la enfermería. Al rato abro los ojos.

—¿Qué le ha pasado, soldado?

—Nada, un mareo.

Repito la operación «caída temblorosa» al día siguiente, en la formación para ir a comer. Lo mismo con una diabólica variante.

Cuando salgo de la enfermería me espera un teniente sesentón bajito con cara de bulldog

—Vente *p'acá*... La gente como tú sois mi especialidad. —Me agarra por la oreja—. ¿Ves el campo de instrucción?... Pues si te vuelves a desmayar te juro por los ojos de mi madre que no saldrás del campo. Cuando los demás descansen tú darás vueltas al campo durante horas. Cuando se acuesten darás vueltas al campo toda la noche como un hijo de puta. Cuando te caigas al suelo porque no puedes más, sabrás lo que es desmayarse. Pero yo te pegaré una patada en los huevos y volverás a correr hasta que a mí me salga de los cojones. ¿Te queda claro, universitario catalán?

Al día siguiente decido desmayarme cuando me estoy cambiando para hacer gimnasia. Las piernas no me obedecen. La taquilla está abierta y pienso que así encontrarán la medicación y el informe médico en el que queda claro que soy inútil total.

—¡Aquí no se corre, se vuelaaaaaaaa!

Me tiro al suelo. Movida. Me llevan a la enfermería. A los diez minutos viene el teniente perruno y dice que le siga. Discusión con el sanitario.

—¡Usted a callar!

No sabía que se podía pegar dos tortazos al mismo tiempo. Como si te pegase el de los platillos de una orquesta. El teniente intenta con todas sus fuerzas juntar las manos con mi cabeza en medio. Dos veces. Es casi cómico. El zumbido me impide oírle, y eso que grita como un poseso. Me lleva a empujones al campo de instrucción. Todo el mundo hace gimnasia. En un extremo hay un buen montón de piedras.

—Llévalas todas al otro extremo del campo.

Cambio las piedras de un extremo al otro más de veinte veces en tres días. Hago lo mismo que los demás pero a mediodía y a partir de las seis y hasta silencio, piedras arriba y abajo. No me desmayaré más. Desastre.

Tenemos nueva Constitución, se celebran elecciones generales el 1 de marzo y las municipales y autonómicas el 3 de abril. Ganan Suárez y Pujol. ETA sigue matando generales y el GRAPO poniendo bombas. Desde un cuartel la cosa se ve distinta, porque cada vez que ocurre

nos quedamos sin rebaje de fin de semana.

Ana y Joan Ramon vienen a la jura de bandera. Tengo una semana de permiso y nos vamos a Sevilla. Semana Santa. En los dos minutos necesarios para chequear en una pensión me roban el petate. Me quedo sin nada. El maletero del coche, vacío. El ultraje resulta humillante y descorazonador. Miro el maletero donde dos minutos antes estaban la gorra, las botas y un petate a reventar de ropa de «bonito», de uniforme de campaña y del equipo de gimnasia. Me quedo absorto de ausencia. Inmediatamente a Barcelona, a comprar el equipo de nuevo. Lo consigo casi todo en el mercadillo de los Encantes, y lo que no en una tienda de «efectos militares» en las Ramblas. Un dineral.

La entrada al cuartel es prototípica. Gente gritándote desde todas la ventanas y unas novatadas brutales. Aca bo desnudo, negro de betún y haciendo flexiones en un cagadero de esquiador inundado de mierda que llega a la cara. Muchos lloran.

A los pocos días me destinan a la primera sección. Oficinista:

> Le ha sido concedido un trienio de proporcionalidad 3 a percibir a partir del próximo mes de mayo, lo que le comunico para su conocimiento y efectos.
>
> Dios guarde a Vd. muchos años.
>
> Firmado: El Teniente Coronel Jefe Accidental.

Cuesta hacerse a la idea de que en Barcelona sigue la vida. Se agarra uno al pasado como si lo que está viviendo solo fuese un paréntesis. Tardo tres meses en darme cuenta de que la única realidad es que soy un soldado y queda un año entero por delante. Aprendo dos cosas esenciales en la vida: a comer bocatas de mejillones en escabeche y a beber.

La disciplina implica reiteración, de forma que cada día es igual que el anterior. El día de la marmota vestidos de caqui. Cada día lo mismo, y si hay alguna variación, es a peor.

El sonido de la diana taladra el cerebro como de costumbre. A los pocos minutos formamos con el cazo para ir a desayunar. Sobre el comedor hay una garita acristalada desde la que se vigila el polvorín. Marchamos como autómatas. De repente, unos gritos distintos. Un grito distinto donde se grita mucho, resuena como si el resto de gritos fuesen silencio. Es un grito subrayado en rojo, una tonalidad auditiva que se abre paso sin esfuerzo. Acojona. Oímos gritos distintos.

El centinela de la garita acristalada que está sobre el comedor grita desesperadamente entre sollozos. Ha perdido el control y en las

formaciones del desayuno todo el mundo calla. Un teniente le pregunta al soldado qué le sucede, mientras sube la escalera de caracol de la garita. Es un error. Tal y como está el otro no debería subir. Mientras lo hace, le dice que se calme. Da orden de avisar a la Policía Militar del cuerpo de guardia. Todo ocurre muy rápidamente. No debería seguir subiendo porque el soldado berrea de desespero. Debería esperar... no debería subir más...

El disparo suena ensordecido por la garita, ahora acristalada de rojo sangre. El soldado ha desaparecido... No, ahora cae lentamente, cubierto con la manta-poncho de las guardias. Cae muy lentamente primero y después se desploma en el techo del comedor y de rebote en el suelo, justo donde estamos formados. Algunos tienen que esquivarlo. Ahí está, un saco haciendo gárgaras de sangre que sale a borbotones de la no-cara y vestido como cualquiera de nosotros. Es cualquiera de nosotros. El teniente baja la escalera, cabreado.

—Quien no quiera desayunar que se largue.

Es un viernes y hay desfile. Como se trata de un suicidio, no se suspende. A las doce, la banda está tocando, la gente desfilando y el soldado cubierto con dos mantas vigilado por la Policía Militar. Estará ahí durante horas, hasta que se presente el juez togado. Pienso en sus padres y en la puta que nos parió a todos. Las guardias son tenebrosas: solo colocar el dedo sobre el gatillo..., muy suavemente. El cañón en la barbilla. Con el peso de la mano muerta es suficiente para esparcir tu cráneo como un chubasco de despojos.

—Sardà.

—Dime.

—Que hay una cosa que no entiendo.

—Dime.

—¿El trato de general es vuecencia?

—Sí.

—¿Y el de coronel?

—Usía.

—Pues el capitán general es Milans del Bosch y Usía.

—No, Ussía, con dos eses. Es apellido.

—Pues vaya lío.

El lío vendrá después, cuando Milans saque los tanques de Bétera y nuestros camiones a la calle. Por suerte yo acabaré la mili cinco meses antes.

De momento llevo cuatro meses cuando en un permiso de fin de semana me voy a Barcelona. Todo se ve distinto porque uno ya es distinto. Resulta rarísimo llegar a casa en uniforme y soltar el petate en tu habitación. No hay nadie. Salgo en diez minutos en busca de Ana y algún amigo. A la hora llevo un pedal notorio. Llamo a Rosa desde una cabina. La voz no me gusta, o no me gusta cuando me lo dice:

—Tranquilo..., todo está controlado, pero el papa tiene cáncer. En la faringe.

Un instante antes de saberlo no tenía cáncer para mí. Siento un temblequeo enojoso. Recuerdo un viaje a París. Yo fui en coche y mi padre y Juan llegaron a la Gare d'Austerlitz. Bajaron del tren peleándose por la maleta o no sé qué. Les mostré París y mi padre nos hizo reír en Pigalle. Cuando rodeamos la Place de l'Etoile comentó que si sabía conducir por París, es que ya sabía conducir.

¿Cómo estará él? ¿Cómo se lo habrán dicho? Siento una inmensa satisfacción por haber estado con él en París. Cuando vio la Torre Eiffel dijo que era «el no va más». Puto tabaco. Celtas cortos y después 46, siempre negro. Hace poco he leído que somos la única especie que busca un sentido a la vida, cuando en la naturaleza solo hay procesos. Aún no lo he dicho. Si no lo digo, si no lo verbalizo, parece que no sea del todo real. Salgo de la cabina.

—¿Qué pasa?

—Mi padre tiene... c-á-n-c-e-r.

Pero yo siento que no es así. Es una frase errónea. Más exacto sería decir: «El cáncer tiene a mi padre.»

Al día siguiente descubro que tiene unas líneas moradas en el cuello, para apuntar con las radiaciones.

—Es para asustarse... Ya veremos.

—Que no, que hoy en día lo arreglan todo.

Le veo en el sofá, sentado mirando la tele y enredando hábilmente

el mechón de su pelo blanco. Siempre en el mismo punto de la cabeza. Una rasta cana que se forma y se deshace.

Vestido de militar, estoy a punto de salir de casa, cuando entra Juan.

—¡Qué pelao! Ya era hora de que llevases un peinado modernito.

—El papa...

—Que sí..., que le cuide. Ya no nos peleamos. Tranqui. Cuando acabes tráete la boina esta, que es muy chula...

El cuartel había sido anteriormente el CIR de Valencia. Grandes arboledas, incontables hangares para los camiones y las «piezas» de artillería, piscina, un enorme patio de armas... y el archivo. El capitán de la primera sección es un hombre tranquilo.

—Se ha extraviado el expediente de un soldado que hizo la mili aquí hace seis años. Le han detenido no sé por qué delito y requieren su informe. Vaya usted al archivo y encuéntrelo como sea. Tarde lo que tarde. Aquí tiene los datos.

El archivo está en una enorme nave a reventar de estanterías de tres metros de altura separadas por apenas un metro. Un laberinto borgiano formado por miles de informes aprisionados. Tanto papel insonoriza el lugar con la mudez del misterio y el extraño sosiego del secreto.

Es evidente que el legajo no está ni en orden alfabético ni en el año que le corresponde. ¿Dónde buscar? Me veo deambulando errático en una maleza de meses, años, reemplazos y unidades.

Me paro ante los dos primeros años de posguerra. Abro informes al azar y me llama la atención la existencia de tres palabras estampadas con tampón rojo y cuerpo de letra enorme. En el primer caso la palabra es AFECTO (refiriéndose al régimen). Aparece después DESAFEC TO, y por fin FUSILADO. La diferencia entre un tampón y los otros dos es esencial. Distinto sello, distinto destino inmediato. ¿Quién los estampaba? Seguramente un soldado aburrido. ¿Quién decidió a quién se fusilaba y a quién no? Puede que en ocasiones fuese aleatorio: a este trabajos forzados..., a este que lo fusilen. La vida y los tétricos caprichillos de los dioses menores. Acabada la guerra se calcula que en España se fusiló a cincuenta mil personas.

El uniforme que visto no me llega a la piel. Soy un soldado cuya única misión es cumplir órdenes. Hay quien es fusilado y hay quien fusila. La vida te lleva a estar en un lado o en el otro.

En el silencio del archivo siento la inmensidad catastrófica de la matanza. Es un silencio hecho de estampidos.

¿Qué sello llevamos cada uno de nosotros? ¿Qué suerte y qué desgracia acarreamos sin saberlo? Imagino a mi padre con el sello en la frente: DESAFECTO-CÁNCER.

En ese mismo cuartel de Paterna, en el RACA 17, hizo la mili un soldado tan solo siete años antes que yo. Así contaba recentísimamente en *El País* su vivencia bajo el título: «Apunte a dar, a la cabeza, para ayudarle»:

> Desfilábamos con la cabeza baja, el fusil colgado del hombro. Ese fusil parecía abrasar, que aún estaba caliente, aunque había pasado un buen rato desde que se había disparado. Qué casualidad que el camión que nos había llevado estaba aparcado en cabeza de fila, y todos tenían que esperar a que llegara el último grupo, el nuestro. Todos los demás soldados llevados a presenciar el espectáculo estaban ya subidos a sus camiones, asomados al final de la caja, mirando muy serios al pelotón que desfilaba. Una mirada a la vez de compasión y miedo: miraban a los verdugos, al pelotón de ejecución, a los que habían matado a otro soldado, un compañero. Le podía haber tocado a cualquier otro: no éramos voluntarios, sino forzosos. Pero habíamos sido precisamente nosotros. Y ninguno había flaqueado, ninguno se había derrumbado o se había negado a disparar. Era el 8 de enero de 1972.
>
> Circularían muchos rumores, historias, después del suceso. La famosa leyenda del cartucho de fogueo, que se había repartido a escondidas a uno de los soldados, con lo cual todos podríamos tener la esperanza de que nos había tocado, que nosotros habíamos disparado sin bala. Pero no cabía ese respiro: nosotros sabíamos que todos los cartuchos eran de verdad: cada uno de nosotros habíamos llenado el cargador del cetme de munición de guerra. Solo nos quedaba el escape de disparar a fallar, de apuntar demasiado cerca o demasiado alto. ¿Cuántos lo harían? Yo no sé si fallé, pero apunté a dar, apunté a la cabeza. Era la única manera que veía de ayudar a aquel pobre chico a acabar cuanto antes. Quizá no le di, después de todo. Pero yo estaba allí y el recuerdo de mi participación en aquella historia, en aquel solemne acto de ajusticiamiento militar sigue amargándome algunos instantes de mi vida, cada año de los cuarenta que han transcurrido desde entonces.

[...] Pedro Martínez Expósito era un soldado de la batería que estaba en prisión esperando juicio por asesinar a dos mujeres en Gandía. El desgraciado había entrado a robar de noche en una casa siendo sorprendido por una mujer mayor y su hija de dieciséis años. Asustado, las había golpeado hasta la muerte con una azada que había cogido del huerto de la misma casa.

Reacción desproporcionada para un botín ridículo: 347 pesetas. Esa desproporción, además de algunos informes médicos que documentaban la insuficiencia mental del chico, fueron argumentados por el abogado defensor para intentar rebajar la gravedad de la condena. Pero los jueces militares (el delito era civil, pero al ser un miembro del ejército le juzgaban los militares) rechazaron los peritajes médicos, así como cualquier petición de clemencia, y dictaminaron condena a muerte, confirmada inmediatamente por el capitán general. Para mí, la desproporción del crimen, su falta de motivación, eran pruebas de su incapacidad mental, así como su falta de astucia para ocultarse, la facilidad con la que le pillaron... Había que añadir, desde mi ideología de izquierdas, sus circunstancias familiares: miseria, falta crónica de dinero, imposibilidad de trabajar mientras cumplía el servicio militar lejos de casa. Quizá de forma demasiado determinista, para mí, la culpable de esos horribles crímenes era en última instancia la sociedad que oprimía a aquel infeliz. Por eso yo no estaba a punto de contribuir a hacer justicia, sino en todo caso a añadir otra injusticia más [...].

Y llegamos al lugar del espectáculo, porque de un espectáculo se trataba. En la gran explanada de instrucción estaban formadas en cuadro todas las unidades militares, es una especie de L. Nosotros nos colocamos en fila, en el ángulo de la L, esperando. Al poco llegó una furgoneta de la Guardia Civil, conduciendo al reo. Estaban también su abogado militar y un cura. Más o menos lo recuerdo así porque nosotros teníamos que mirar al frente, pero mirábamos hacia arriba, hacia el cielo. Aunque de vez en cuando, como de reojo, hacia abajo...

El abogado abrazó al reo, el cura le dijo algo... él no parecía enterarse mucho, parecía como drogado. También había un oficial que le vendó los ojos. En medio del terrible silencio le oímos preguntar con los ojos vendados. «¿Puedo arrodillarme?» El oficial, a su lado, parece que no lo oyó, debía de tener también su parte de nervios. Tuvo que repetirlo. Le dijeron que sí, se arrodilló. Se retiraron todos: íbamos a intervenir nosotros [...].

Oímos la orden más temida: ¡Fuego!, y disparamos. Por una

eterna fracción de segundo (entonces entendí perfectamente el significado de este manido recurso literario) pareció que el reo no caía (¿habríamos fallado todos?: imposible...). Pero no, con una lentitud extraña, cayó blandamente.

Ahora vino lo más horrible de todo el *show*: con banda de música al frente (¡tachín!, ¡tachín!), hicieron desfilar a todas las unidades, a escasa distancia del cadáver. Al llegar a su altura y a la nuestra ordenaban: «¡Vista a la derecha!» Les obligaban a mirar, a reconocer al cadáver, a sentir que si se portaban mal, ellos podrían estar ahí en lugar de Pedro. Porque de eso iba todo: una ejecución militar, el fusilamiento de un soldado, es un escarmiento colectivo, una demostración de fuerza a toda la tropa, una exhibición de poder del mando [...].

Me he topado con algunas sensaciones casi sanguíneas que no olvidaré. Del informe del soldado, nada. Tres días buscándolo. Ignoro por qué prefiero no haberlo encontrado. Cuando salgo me ciega el sol y casi me tumba el tufo a paella cuartelera.

Barullo después de comer. Taquillas metálicas que se abren y se cierran, las burradas de rigor y el venial calor de junio humanizándonos. En ese alboroto me parece oír mi nombre. Es el cabo furriel.

—Sardà Támaro...

—Aquí.

—Que llames a tu casa.

—¿Te han dicho algo más?

—No..., que llames a casa.

Al minuto hablo con Rosa, que le quita hierro al asunto. Mi padre ha sufrido una embolia pero parece bajo control.

—¿Qué hago? ¿Voy?

—¿Puedes venir?

—Depende de lo que me digas... Creo que por una causa grave puedo pedirlo.

—No sé... Si puedes, inténtalo.

—¿Tan mal está la cosa?

—Está en coma... Hoy tendremos resultados de las pruebas.

—Voy.

Ver a un soldado en un tren es de lo más normal, y aun así la gente siempre te echa una ojeada. Siendo la mili obligatoria, a unos les trae recuerdos, las madres te ven como a un hijo y alguna chiquilla cede al tonto encanto del uniforme. Allí voy yo y mi piedra en el estómago. Deberíamos poder desconectar los pensamientos tenebrosos: ¡clic! No sé por qué valoramos la imaginación como algo positivo. No lo entiendo. El cerebro y la piedra se alían contra mi voluntad convirtiéndome en un simple portador de mal rollo.

Al llegar a casa tiro el petate, me cambio y al hospital. Entro en la habitación. Rosa se levanta del sofá y me estampa dos besos. Él yace pasmosamente tranquilo. Llegan Fede, Santi y Juan. Mi padre respira sin problemas y tiene buen aspecto. Sus manos son las de siempre. Esas grandes manos que movía rítmicamente para agarrarnos al cruzar la calle.

Irrumpen un médico y dos enfermeras como si huyesen de una fiera. Le toman la presión y la temperatura, alzan sus brazos y los dejan caer. Apuntan algo en un informe, miran el monitor, nos saludan y se van.

En la incertidumbre hay esperanza, aunque no sabe uno dónde recolocarse. La certidumbre no admite ubicación: no hay posibilidades de que sobreviva. El cerebro está irreversiblemente dañado y en breve afectará su capacidad respiratoria.

Han pasado dos días y hoy es la verbena de San Juan. Rosa y yo estamos en la habitación. Fede está al llegar y Santi trabajando. De repente mi padre abre los ojos, incorpora la cabeza, sonríe y habla:

—Decidle a esta gente que me traiga un carajillo...

Sorprendidos, avisamos a las enfermeras. ¡Que venga un médico! ¡Ha hablado!

Irrumpen otra vez como si los persiguiese un toro bravo. Linterna en los ojos, ritmo cardíaco, monitor, presión y brazos arriba y sueltos de nuevo.

—Solo son reacciones reflejas. No son significativas. Todo sigue igual.

¿Reacciones reflejas? ¿Está bromeando? Fuera, la verbena en su apogeo. Son las once de la noche y las explosiones no cesan. Solsticio. Recuerdos y más recuerdos. Le veo cuando llegaba a casa con la caja de «bombetas» y las «piulas» y el «tubo chino» del que salían pequeñas trompetas y ciclistas. Recuerdo cuando yo tenía unos once años y me agarré llorando a Rosa porque no quería que mi padre muriese nunca.

Noche de verbena y de fuego purificador. Me asomo a la ventana y Barcelona acoge incandescente sus fogatas populares y cada poco los cohetes que estallan... y cuando no el *pii, pii, pii* del monitor..., y uno siente que la piedra en el estómago se agranda. Llega Juan y le digo que a partir de ahora tendremos que espabilar. Me abraza. Nos abrazamos.

Todo rápido... Un estertor de tos que lo incorpora a medias, un sonido de obstrucción y ahogo y sus manos que aprietan y se queda con el aire dentro y... *piiiiiiiii*, y otro que se va al puto cielo y... sigue la verbena.

A la mañana siguiente nos entregan una bolsa de plástico con las pertenencias de mi padre. Santi, el mayor, sostiene su reloj de aniversario en la mano. Un reloj no debería seguir funcionando cuando su propietario desaparece. Es una demostración sádica de la indolencia del tiempo y su estúpida condición de seguir avanzando sin conciencia. Santi me hace un gesto y cuando me acerco me da el reloj. Pesa. Estoy conmocionado. Me lo pongo y sobra correa. Al rato entramos en una cafetería y voy a lavarme las manos. Me quito el reloj para que no se moje y lo dejo en la repisa del lavamanos. De nuevo en la mesa me sube la sangre a la cabeza: ¡me he olvidado el reloj! Voy a por él y ya no está. Se acabó. No digo nada para que no haya otro muerto en la familia el mismo día.

Cuando se abre un nicho parece que le falte una muela al

columbario. El toro Fenwick chirría *quejíos* al elevar el ataúd, al que luego empujan con fuerza hacia la oscuridad definitiva. No entra bien, como si se resistiera, y se requieren mecimientos y vaivenes. Cuando por fin el ataúd va desapareciendo, se oye el crujir de huesos tronchados y madera «enchiquerada». Ahí están los dos. Qué joven es Juan para tanta orfandad. Por cierto, que al ser menor de edad y compartir vivienda, yo seré su tutor legal.

Ahora sí nos enteramos de la pasmosa proximidad con el nicho de Salvador Puig Antich. Su sepultura está a una altura alcanzable. Arrancamos algunas flores de la corona de mi padre y se las ofrendamos en silencio... sepulcral.

El enorme cementerio de Montjuïc es montés y araña el escarpado acantilado como para no cederse al mar. Ofrece una precaria eternidad de desniveles. Veo a la familia y los amigos y siento su aprecio. Joan Ramon se marea y a punto está de caer al balcón de abajo. Lo agarramos y al recomponerse hay sonrisas. Morir por tropezar en un cementerio es de mal gusto. Como si los difuntos te hiciesen la zancadilla.

Salgo del cementerio y una hora después espero a Ana en el puerto de Barcelona. Viene de Menorca y al bajar por la escalerilla del barco me mira, ve mi cara y se lleva las manos a la cabeza. Sabe que mi padre está mal, pero no que ha muerto. Me conmueve su cara de susto y consternación.

A los dos días estoy de nuevo en el cuartel, donde en realidad parece que nada haya sucedido. Los más cercanos quedan impresionados y me abrazan y me dan la mano y quieren decir una frase y aquí paz y después... guerra. Quedan todavía nueve meses de mili. Si quiero, como soy tutor de un menor puedo marcharme ahora y acabar la mili dentro de dos años en Barcelona. Rosa se hace cargo de Juan y decido quedarme.

Meses después me llama a su despacho un comandante muy especial. Se trata de un hombre bajito, de cuarenta y pocos, hipersensible y muy amanerado. En su oficina, su capitán secretario lo mira por encima de las gafas, atónito ante su desinhibición.

—A las órdenes, mi comandante.

—Pase, pase... ¿Usted es el que ha ganado el concurso de redacción de la Tercera Región?

—Sí, mi comandante.

—Pues mire, quiero que me escriba un texto humano del soldadito que participa en un desfile, el soldadito raso que compone las

unidades. Un desfile está compuesto de cientos de soldados que todos parecen el mismo pero cada cual tiene su vida, y yo quiero un texto del soldadito que tiene su propia historia..., de lo individual en contraposición a lo colectivo... ¿Me entiende?

—Sí, mi comandante.

—¿Cómo se llama usted?

—Javier Sardà.

—Huuuuyyyy... Sardà... No será usted pariente de la Sardà, ¿verdad?

—Es mi hermana, mi comandante.

—Pero ¿qué me diceeeeeeeeee? Soy fan de la Sardà... He servido veinte años en Barcelona y he visto todo, todo, todo, todo, todo lo que ha hecho...

El capitán secretario lo mira ahora como Jack el Destripador a la prostituta que será su siguiente víctima.

—¡Ni Núria Espert ni nadaaaaaaaa! Qué puñeta Premio Nacional de teatro ni nada... ¡Su hermana es la númeroooooooo unoooooooo! Que tanto te hace drama como comedia... ¡Es la actriz completa!

El capitán asiste estupefacto al arrebato teatrofílico de su superior. No descarto que descerraje su arma heterosexual sobre el histrión. El comandante, ya hablando en valenciano, cita todas y cada una de las obras en las que Rosa ha trabajado. Se lo sabe todo. Ha servido muchos años en Barcelona. Más que en la mili parece que estemos en el Institut del Teatre.

—Bueno, bueno, bueno..., usted está en la primera sección, ¿no? Pues a partir de ahora cuando yo le requiera quedará dispensado y me hará trabajos de documentación y creación literaria.

A partir de ese momento todo cambia. Que si comparar constituciones, que si escritos sobre la mili en diferentes países, que si teatro y protagonistas militares... La insólita relación con el comandante —el único al que el sable le llega al suelo cuando desfila, candorosamente— deviene paternofilial en el mejor de los casos.

Cuando faltan dos meses para acabar la mili, pillo la sarna. Son las ocho de la mañana.

—Mi comandante, que me llevan al hospital militar, que tengo sarna.

—¡Por Dioooooooooooos! ¡Qué atrasoooo... la sarna! ¿Ha llamado a su hermana?

—Pues no, mi comandante.

—Pues llámela, no vaya a ser que ella telefonee al cuartel por cualquier cosa y le den el sustazo de que está usted en el hospital.

—No llamará.

—¡Que la llame le digo! Ella es para usted como una madre... Venga, ahora mismo.

El comandante se queda en el umbral de la oficina para comprobar que hago lo que me dice. Yo simulo que llamo y que hablo con Rosa.

—¿Lo ve? ¿Qué cuesta? Así le evita usted el revés de que se entere de mala manera.

En la ambulancia que me lleva al hospital militar me rasco como un perro. No he hablado con Rosa porque está haciendo teatro y seguro que todavía duerme. No tengo ni un duro desde hace dos meses. Le he pedido a Rosa un giro por lo menos diez veces y no hay manera. No tengo ni para tabaco ni para bocatas. Penuria. Falta un mes para enterarme de que Rosa me envía el dinero al CIR, al campamento en el que estuve hace casi un año. Error. Al final recuperaré los giros. ¡Seré rico por unos días!

El hospital militar está regentado por monjas. Una de ellas me acompaña a la ducha y dice que cuando salga me embadurne el cuerpo entero con Yacutín. Es un extraña relación con el clero. Obedezco y los testículos arden como si me los quemase la Santa Inquisición. El pijama gris es trágico. Como de campo de concentración pero sin rayas.

Es la hora de cenar, en un comedor enorme con al menos cincuenta pacientes. La madre reza el padrenuestro y los soldados la siguen con un murmullo casi inaudible.

—Si es que no hay prisa; o rezan o no se cena.

La monja inicia de nuevo la oración, que ahora es seguida con mayor interés. Alguno la grita. Mal rollo.

—A mí estas bromas me gustan, porque así rezaremos más.

De nuevo la oración da capo. Resulta extraordinaria la similitud entre ración y oración. Por fin cenamos y a la cama. Los del pabellón psiquiátrico gritan como niños locos. Me duermo rascándome los

genitales. Mañana será otro día. Amén. Tres semanas en el hospital.

Me siento imbécil por no haberlo imaginado. ¿Cuándo empezó? ¿En qué momento? Estoy de permiso y al entrar en casa la situación me desborda. El primer impacto visual no me permite atar cabos todavía: el suelo del comedor está cubierto de discos pisoteados. No hay nadie. Me doy cuenta de que la asistenta ha dejado de venir hace tiempo... y de que Juan ha conocido los atajos artificiales. No sé cómo ubicarme en mi propia casa. Llamo a Ana. No contesta.

Rosa, que en ningún momento ha perdido el contacto con Juan, sabe ya de sus inquietantes andanzas. La opción de mi hermana es, como siempre, abrirle las puertas de su casa en todo momento. Rosa sigue siendo el refugio incondicional de Juan y el posible puerto de llegada si sale de la tormenta en la que anda bregando.

A esas alturas está claro que las adversidades no se organizan entre ellas.

—Pase usted primero...

—No, por favor, de ninguna manera.

—Pues pasemos juntas..., total.

—Espere un momento que viene otra.

Juan anda con gente perdida en el mismo laberinto mental. De libro. Juan, el que de niño en Montcada parecía tan tranquilo, el que supuestamente sufría menos por ser el menor, el que sonreía por todo con la cara iluminada por dos enormes ojos azules. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué podemos hacer?

Que Ana no me conteste después de un año de mili me parece la cosa más normal. Un año... Si su carácter indómito y su valentía me fascinaron desde el principio, no es razonable echarle ahora en cara su «desaparición». Lo cierto es que no siento a nadie como propiedad privada. Uno ya sabe que la gente se va. La que vive tiene que estar con uno si y solo si quiere. (Toma tautología, que para eso hice el bachillerato de Ciencias.)

Para que el fin de semana de permiso cobre mayor interés encuentro en el buzón un comunicado según el cual tenemos un margen de diez meses para pagar seiscientas mil pesetas que faltan para que el piso sea de nuestra «entera» propiedad. Vendieron los pisos a un precio óptimo para los que llevaban años viviendo en ellos. Por lo visto mi padre lo estaría pagando, pero aún falta esa insólita cantidad. ¿Algo más?

Detecto mi síndrome de Estocolmo. Es sábado, estoy de permiso... y tengo ganas de volver al cuartel. Como el preso que cumple condena y sintiendo la libertad como algo hostil desea regresar a su celda. Así de claro. No hay más cojones que acabar y..., visto lo visto, estoy mejor dentro. A esto se le llama científicamente «estar cagado». Aún ignoro que cuando acabe la mili no podré volver a Radio Nacional hasta pasado un año. Por si acaso, esta noche agarro un pedo catedralicio.

Adiós, madre patria

Estamos en formación para salir un sábado. Quedan quince días de mili. El sargento pasa revista y, como siempre, señala a unos cuantos para que abandonen la formación. Los motivos pueden ser: pelo largo, zapatos sucios, corbata mal puesta... Me señala a mí y a siete más. Putada y luego sorpresa:

—Señores, si en treinta minutos están aquí vestidos de paisano y con el equipo completo para entregar, les licencio hoy mismo. ¡Perdiendoooooo el culoooooooo!

Como no estaba previsto, consigo de milagro reunir todo el material. Me falta una camisa. Los de vestuario me echan una mano. Me visto de paisano y me despido a toda leche de los amigos. Corro en varias direcciones para los súbitos adioses. Media hora después salgo del cuartel por última vez. Estoy taquicárdico y recalo en la cafetería que hay enfrente.

—Ponme tres cubatas.

Miro «la blanca», la cartilla del servicio militar:

VALOR: SE LE SUPONE.
CONDUCTA: BUENA.
CARÁCTER: NORMAL.
ASEO, PRESENTACIÓN: BUENO.
GRADO DE CONFIANZA: ALTO.

Ala, ya está. Lo del grado de confianza ALTO es una gentileza del capitán de mi oficina:

—Mire, Sardà, esto generalmente no se pone. Un detalle. A su padre le hubiera gustado.

Creo que si ahora rellenase la cartilla de mi vida personal, sería distinto:

VALOR: SE SUPONE QUE NO.
CONDUCTA: NI PUTA IDEA.
CARÁCTER: YA SE VERÁ.
ASEO, PRESENTACIÓN: DEPENDE.

GRADO DE CONFIANZA: CERO.

Reorganizarse de nuevo es un lío: la carrera a medias; sin poder reincorporarme a Radio Nacional porque quinientos colaboradores han entrado directamente en plantilla mientras yo estaba en la mili; Ana con su nuevo novio (volveremos a estar juntos, separados, juntos, revueltos y separados); Juan en su embrollo, y el piso por pagar. Por otro lado, es ahora cuando se echa verdaderamente en falta a mi padre. Ahí están sus cosas, su ropa, dos pares de zapatos y las célebres chancletas de verano. Por suerte no llevaba dentadura postiza.

La muerte ventila muy mal las cuestiones de intendencia. La desaparición de alguien debería conllevar la aniquilación fulminante de sus bártulos y pertenencias íntimas... No es pedir tanto y tendría su lógica. El triunfo tétrico de la muerte es tan incontrovertible y desmesurado que debería responsabilizarse de esas menudencias torturantes. Si tu licencia consiste en la desaparición eterna de quien te sale de tus no-genitales..., no dejes rastros, hija de la gran puta.

Por de pronto sigo estudiando y colaborando en *Mundo Diario*. Paso algunos meses renqueando anímicamente. Huidilla hacia delante y ya se verá. Más se ha liado la vida Chapman.

Chapman nació en Fort Worth, Tejas, en 1955. Su pa dre era sargento de las Fuerza Aéreas de Estados Unidos y su madre enfermera. Por lo visto, de niño fantaseó con tener el poder de un Dios en un grupo de «personas pequeñas» imaginarias. Estudió en la Columbia High School, en Decatur, Georgia. A los catorce años ya se drogaba y se saltaba las clases. Su banda favorita era The Beatles.

Su afición esencial consiste en tomar marihuana, cocaína, LSD, heroína, mescalina y barbitúricos... y con un tal pedal en el 71 se hizo cristiano. Decide ser bueno y trabaja en una YMCA, toca la guitarra en las iglesias y todo eso.

Tiempo después trabaja como guardia de seguridad y tiene pensamientos suicidas, lo cual generalmente es poco aconsejable. En el 77 intenta quitarse la vida por asfixia con monóxido de carbono. Conecta un tubo de aspiradora a su coche y mete el otro extremo dentro de este. Por desgracia, el tubo de aspiradora se derrite en el de escape y no muere. A partir de entonces empieza a oír voces. Me

refiero a voces en su mente, no es que antes fuera sordo.

Cuando lee *La vuelta al mundo en ochenta días*, decide viajar a Tokio, Seúl, Singapur, Bangkok, Delhi, Beirut, Ginebra, Londres, París y Dublín... todo en seis semanas. Sobreexcitado, se casa con su agente de viajes, Gloria Abe, una japonesa-americana. La pobre no sabe dónde se mete.

Servidor intenta una reorganización básica de la cosa vital procurando eludir la tiranía del estado de ánimo. Soslayo metafísicas y me centro en mejorar como puedo lo concreto. En casa vuelve la limpieza y un pacto con Juan según el cual no puede traer a casa más de dos personas a la vez.

Poco antes de morir, mi madre firmó una póliza para los dos pequeños. Juan acaba de cumplir dieciocho y percibe cien mil pesetas. Con ese dinero y —cómo no— la ayuda de Rosa, vamos pagando el piso.

Además de las colaboraciones en el periódico trabajo en la organización de la campaña del Teatre Grec y consigo subsistir. Nos juntamos de nuevo con Ana en lo que será una relación siempre discontinua, intensa e inevitable durante años.

La universidad sigue deparándome momentos de orden y satisfacción.

El 6 de diciembre de 1980 Chapman vuela a Nueva York. Inopinadamente, le ofrece cocaína al taxista mientras escenifica escenas de *El guardián entre el centeno*. Por suerte los taxistas de Nueva York tienen una paciencia ilimitada y saben bastante del inquietante factor humano. De hecho, a veces saben más del factor humano que de idiomas, y puede que el *driver* no se entere de nada.

En la mañana del 8 de diciembre de 1980 Chapman sale del Sheraton. Compra un ejemplar de *El guardián entre el centeno*, escribe en él la frase «Esta es mi declaración» y firma como «Holden Caulfield», que es el protagonista de la novela. Se pasa el día merodeando frente al edificio Dakota.

Me dedico a escribir crónicas de conciertos y muchas noches acabo en Zeleste. La noche barcelonesa tiene su capital en la sala Zeleste. Sisa, Gato Pérez, la orquesta Platería, La Voss del Trópico y tantos otros... Es un cálido infiernilllo terrenal donde se peca a plazos, se busca compañía y se pillan *peos* a un precio razonable. El himno podría ser *Se fuerza la máquina*, de Gato Pérez:

Este género divino, esta música excelente,
que es la música del pueblo con la que baila la gente,
tiene un gran problema amigos, tiene un serio
inconveniente,
exige tantas energías que la salud se nos resiente.

Es la rumba y es el tango, son el jazz y el rock'n'roll:
un volcán de sentimientos por donde habla el corazón;
así se gasta adrenalina y se bebe mucho alcohol
para afinar las emociones y acordarse del dolor.

Se fuerza la máquina, de noche y de día
y el cantante con los músicos se juegan la vida...

Gato nos dejó a causa de un infarto que no le dejó.

Son años en que uno se pasea al borde del precipicio sin sentir vértigo alguno. La suerte y el trabajo me mantienen a este lado del abismo.

Alrededor de las cinco de la tarde, Lennon y Yoko Ono salen del Dakota para una sesión de grabación en los Record Plant Studios. Caminan el breve trecho que los separa de su limusina. Chapman le da la mano a Lennon y le pide que le firme un ejemplar del disco *Double Fantasy*. El fotógrafo Paul Goresh está presente y registra el instante de la firma.

Chapman declara después que «en ese momento mi parte buena ganó y quería volver al hotel, pero no podía. Esperé hasta que regresó. Él sabía dónde van los patos en invierno, y yo quería saberlo». Lo de los patos en invierno es una pregunta que se hace una y otra vez el personaje principal de *El guardián entre el centeno*.

A las 10.49 de la noche la limusina de Lennon regresa al Dakota. Lennon y Ono caminan hacia el arco de entrada al patio del edificio. Chapman dispara cinco balas de punta hueca de un revólver calibre 38 especial. Cuatro alcanzan a Lennon. Ha sido asesinado.

Chapman se queda en la escena del crimen leyendo *El guardián entre el centeno* hasta que la policía lo detiene sin incidentes.

Nos despertamos con la noticia y me encargan cuatro páginas sobre la muerte del Beatle. Es mi primer muerto importante como periodista. Me hipnotiza el porque sí de su asesinato y lo azaroso de la conducta de Chapman. La muerte estéril y aleatoria fruto del trastorno es disparatada, casual y cicatera. Un final miserable a manos de un majara. *Imagine*... En cuanto reúna dinero para el pasaje viajaré a Nueva York por primera vez. Ante el Dakota sentiré inquietud y ante la ciudad, veneración.

Lo contrario de la abstrusa casualidad es la flemática elaboración de lo causal. Pocos meses separan dos noticias que, inconexas, laceran el deslizarse ese de la vida: la muerte de Lennon y el golpe de Estado del 23 de febrero, liderado entre otros por mi capitán general Milans del Bosch. La pesadilla se convierte en realidad: los camiones de mi cuartel y los tanques de Betera (justo al lado), salen a la calle en Valencia. Primero, el asalto al Congreso, y minutos después bando de guerra en la Tercera Región Militar, donde pase quince meses.

El tiroteo me pilla en Radio Barcelona, donde me van a entrevistar sobre el desfile de carnaval. En el control, un enorme bafle transmite la votación de investidura de Calvo Sotelo. El técnico de sonido lee el periódico y yo repaso los datos sobre la jornada carnavalesca. El tiroteo es atronador. Imaginamos que están matando a los diputados.

Como Celaya, de nuevo «uno no sabe dónde pisar seguro para poder erguirse y respirar y ser». Putos sustillos. La cosa queda en nada, aunque nunca nada queda en nada. Mi capitán general, mira por dónde, en la cárcel.

En busca de la calma perdida

La vida sigue y hay momentos en los que parece enderezarse por un senda aceptable: acabo la carrera, vuelvo a la radio, me voy de casa, Juan parece entresalir de su vorágine personal, el resto de hermanos cada cual lo suyo y un ojo en lo de todos, Ana acaba magisterio y los amigos comunes avivando y confortando. Joan Ramon es ya el gran mentor de todos. Su casa de Canet y su brillante sentido común siempre abiertos y a disposición.

Son años óptimos y divertidos.

Es incauta la pronta aclimatación a la bonanza. Uno cree honestamente que se ha secado la torrentera de las aflicciones..., incluso nos parece justo que las pesadumbres nos dejen en paz. Como si hubiésemos pagado con creces el diezmo del mal rollo. Pura ingenuidad.

«Ingenuidad» viene del latín *ingenuitas,* e «ingenuo» de *ingenuus,* traducible también por «indígena». Indica falta de malicia y de experiencia y una deficiente comprensión o inteligencia, además de ausencia de sofisticación. Te colonizan y encima te llaman idiota. Ya se ve que la ingenuidad muy recomendable no es.

Ni que decir tiene que en tripas y sienes reverdecen a veces los malos rollos, pero nada pueden en una época esencialmente positiva.

Lo cierto es que se suceden unos años personal y profesionalmente agradables en los que, casi sin darse cuenta, baja uno la guardia y se deja llevar por el indefinible misterio del vivir. Dos casualidades y un momento de suerte me dan la opción a entregarme a la radio y vislumbrar un buen futuro profesional. El país supera tabúes y crisis petroleras. Ahí vamos.

Fue pocos años después. Hay momentos en los que el cerebro decide acoger un instante. Cuando lo vives no sabes que tu córtex está esculpiendo la situación y que esta será imborrable. Rod Stewart actúa en la plaza Monumental de Barcelona y frente al escenario me encuentro a Juan con un grupo de amigos. Está pasando por una buena racha porque se ha librado con esfuerzo del zarpazo negro-heroico que lo aprisionaba. Además, trabaja consiguiendo público para los platós de televisión. Con su carácter extrovertido le resulta facilísimo encontrar colectivos dispuestos a movilizarse.

Como siempre, esta noche Juan es la elegancia personificada, y está muy excitado porque formará parte de un grupo al que permitirán subir al escenario para bailar junto a Rod Stewart. Verle bien es sensacional. A su lado yo soy el mayor, el pureta, el serio y el que no se entera. No hay duda, sin embargo, de nuestra mutua admiración y un creciente nexo afectivo. Ese instante es imborrable. Cuando se aleja le grito con todas mis fuerzas y él se gira.

—¡Cuidado! Toma precauciones, ¿eh?

—Que síiii...

Lo veo desaparecer entre la gente y siento que Juan es mucho Juan. *«We are sailing.»*

Es cansino, por sabido, lo de los distintos tipos de inteligencia. Es evidente. Juan es pura intuición y sentido del humor. Es un donjuán con su fuerza, sus miedos y, sobre todo, su trágico escepticismo. La suya es una felicidad decretada, trabajada, robada e, insisto, no tiene el menor deseo de agradar. Se le admira por valiente y anárquico... Se le admira para aprender. En su decidida inconsciencia vibra lo legendario. En la mili leí una frase de Kierkegaard, que me conmovió: «Quien se pierde en su pasión, pierde menos que el que pierde su pasión.» Pues eso.

Los ingleses dicen que quejarse es de mala educación, y lo entiendo. Ocurre que hay cosas mucho peores que la mala educación, y los ingleses simulan no saberlo. Desde el concierto de Rod Stewart pasa poco tiempo hasta que recibo la llamada.

Si hay una palabra con buena fama pero en realidad detestable es «verdad». Poco después de la llamada me consuelo en Siddharta Gautama, que enunció las cuatro verdades nobles del budismo:

1. Toda existencia es sufrimiento.
2. El origen del sufrimiento es el anhelo.
3. El sufrimiento puede extinguirse extinguiendo su causa.
4. Para extinguir la causa del sufrimiento debemos seguir el Noble Camino Óctuple:

1) Comprensión correcta.
2) Pensamiento correcto.
3) Palabra correcta.

4) Acción correcta.
5) Ocupación correcta.
6) Esfuerzo correcto.
7) Atención correcta.
8) Concentración correcta.

Me parece atroz la normalidad cotidiana antes de la llamada. ¡Qué inconsciencia! Se declara la guerra sin negociación previa y sin escalada de tensión diplomática. Se ha alzado el bate de béisbol lenta, alevosa y silenciosamente, y uno no tiene ni idea. Qué miedo da ahora no haber tenido miedo antes para cegar su fuente y recibir el golpe con dos cojones.

El teléfono suena mucho en casa por cuestiones de mi trabajo en las mañanas de Radio Nacional. Al mediodía me dejo caer en casa para después volver y preparar el programa del día siguiente. El teléfono suena con su monótono timbrazo, descuelgo con mi monótono gesto y lanzo mi monótono «dígame». Es el doctor de toda la vida. Una voz y un nombre que me descolocan de entrada.

—Javier, la cosa está fea... tenemos *ball de bastons*... Juan tiene el sida y le quedan como mucho un par de años... Hemos de ponernos a trabajar... Venga, coraje, ¿me oyes? Coraje.

—¿Él lo sabe?

—No, todavía no se lo hemos dicho.

—No se lo digáis. Hablemos de cómo enfocar el tema. No se lo digáis.

—Hablemos. Llámame y organizamos todo esto.

Me quedo con el teléfono en la mano durante unos segundos. Como si al colgarlo certificase la veracidad de la llamada. Como si al mantenerlo descolgado evitase el paso del tiempo. Miedo ardiente. Pienso en Juan y en mis hermanos. En Rosa. «Elegía a Ramón Sijé»: *«Tanto dolor se agrupa en mi costado, / que por doler me duele hasta el aliento.»* Bueno... Menos gilipolleces y al toro.

Lo que sucede a partir de ese momento no es ni lejanamente explicable con palabras. Las pobres palabras están a nuestra disposición. Se dejan elegir, combinar, concertar, suprimir, desterrar y barajar... ¿Qué más se les puede pedir?

A partir de ahora los pequeños y grandes momentos del año y medio que le queda a Juan son, pues, literalmente inenarrables. Rosa y yo estaremos en primerísimo plano. Santi y Fede trabajan fuera de Barcelona, pero los sabemos cerca. Empieza el baile. Juan está alternativamente en casa de Rosa y en la mía. No habrá descanso. El único consuelo es que mi padre no sufrirá la muerte del más pequeño.

A las pocas semanas ya tenemos un *dossier* específico sobre el tratamiento de Juan. Una carpeta cada vez más gruesa. Intento mentalizarme de que soy su asistente personal-ATS-psicólogo. Intento imaginar que Juan no es mi hermano y que parte de mi trabajo diario —radio al margen— consiste en atenderle. Solo así puedo convencerlo de que vale la pena luchar. Mi aparente tranquilidad y la de Rosa serán su tabla de salvación. De ese año y medio solo puedo deslizar algunas imágenes:

Cuando se lo dicen, Juan se derrumba. Tras los primeros análisis hablo con el médico especialista y acepta mostrarse optimista respecto a la situación. Mantendremos que el empeoramiento de Juan solo se debe a los efectos secundarios de la medicación, pero que todo está perfectamente controlado. Pase lo que pase. Juan no se lo cree del todo, pero lo convencemos.

—Juan, mírame a los ojos. ¿Tú crees que yo soy tan hijo de puta como para mentirte en una situación como esta? Te digo que estás controlado y que la infección es mínima.

—Me lo dirías aunque fuese mentira.

—Si fuese mentira me daría igual que continuases el tratamiento. Te juro que vale la pena.

—No cuela, tío, no cuela.

—Tú dirías lo mismo si lo que yo y el médico te estamos diciendo fuese verdad. ¡Danos un voto de confianza, cojones!

Su mirada penetrante implora esperanza, y se la damos mintiendo con una naturalidad extrema.

—Si me voy a morir igual...

—Deja la medicación y verás como mejoras..., pero luego no habrá quien te salve.

Me preocupa la lógica desesperación de Rosa. Me llama a medianoche preguntándome si deberíamos irnos a Estados Unidos para que Juan recibiese mejor tratamiento. Le digo que allí, como aquí, nadie se salva de esta enfermedad (en aquel momento). Nadie. Ella lo sabe tan bien como yo pero necesita de mi convicción para amurallar la suya. El deseo de cambiar la realidad es de tal magnitud que de vez en cuando dislocamos la odiosa racionalidad: seguimos creyendo que aparecerá alguna medicación que cambie el curso letal de los acontecimientos.

En una de las estancias de Juan en mi casa escucho sus lamentos a medianoche. Está en el lavabo con la puerta abierta. Se arranca mechones de pelo con una facilidad estremecedora. Medio cráneo está calvo y el otro conserva su pelo negro. Asisto en silencio a la siniestra recolecta que acaba en una alopecia «quimioterápica». Las pesadillas nunca son el problema. El problema es despertar y que sean verdad.

—¿Por qué no me lo dijeron? ¡Hijoooos de puuuuta!

—Volverá a salir.

—¿Tú lo sabías?

—Podía pasar.

—Pues yo quiero saberlo todo.

—Es que la medicación sienta de forma distinta a cada persona. No se puede saber.

—¡Mírameeee!

Estoy mareado hasta el punto de que temo perder el conocimiento.

—¿Qué? Si te queda de puta madre... ¿Ahora nos cagaremos porque la medicación te deja calvo algunos meses?

A partir de esa noche dormiré mal y me despertaré a menudo. Dar vueltas a la manzana se convierte en mi nueva forma de sacar toda la mierda que nos estamos comiendo.

Estamos en el hospital, en uno de tantos ingresos, y cuando cae la tarde todo parece en calma. Él duerme llevado por la fiebre, los antibióticos y la medicación de base. El personal sanitario de esa planta tiene una sensibilidad extraordinaria. La llaman la «planta

carnívora», porque devora a sus pacientes. Cuando todo parece calmarse uno mira por la ventana y la normalidad exterior parece inverosímil. Gente que va y viene, el tráfico, las luces..., por un instante lo cotidiano parece aniquilar lo trágico. Lo cotidiano parece lanzarte el mensaje de que, en realidad, nunca pasa nada.

Tres habitaciones más allá, una abuela moribunda no ha dejado de gritar «¡Mamáaaa!» durante horas. Una reiteración mecánica y a la vez desesperada. Un puto soniquete. Me acerco a su habitación y entreabro la puerta.

—Estoy aquí... No pasa nada.

Silencio. Se queda en silencio.

—Venga, a dormir. Descansa.

Cierro la puerta y sigue en silencio. Paz. No vuelve a llamar a su madre. Puede que su cerebro terminal haya asimilado mis palabras como el bálsamo que requería. Como si prefiriese la incertidumbre del consuelo a la comprobación de su falsedad. Yo qué sé.

Una de las torturas que menos soporta Juan son las punciones a través del esternón. Una gruesa aguja pincha este para sacar muestras y analizar la evolución de la enfermedad. Llevamos ya meses de danza macabra y les pido a los dos médicos que lo llevan que no vuelvan a practicarle ninguna otra punción. Juan llegará en media hora a la consulta.

La conversación se tensa porque los médicos están protocolariamente obligados a realizar este tipo de pruebas para obtener información estadística. En este punto mi posición es inflexible. A Juan solo le quedan unos meses y no acepto ningún tratamiento que no sea paliativo.

Los dos médicos —por otra parte dos tíos excelentes— parecen cerrarse en banda. Yo doy por hecho que tienen que aceptar.

—Juan no quiere seguir ningún tratamiento. Si no aceptáis, no nos volveréis a ver. Tengo que darle alguna buena noticia..., algo. Quiero decirle que está tan estabilizado que no son necesarias más punciones, y vosotros lo tenéis que corroborar. No le podéis curar... Ayudadme en esto o nos largamos. No os lo estoy pidiendo, os digo que no habrá más punciones.

Los dos médicos cruzan una mirada y me piden confidencialidad. Oficialmente se seguirán haciendo las punciones, pero en realidad no le harán ninguna más.

Cuando llega Juan le digo que los resultados de los últimos análisis son tan buenos que ya no son necesarias las punciones. Su mirada y su sonrisa son indescriptibles. Yo me crezco.

—¿Lo ves, hombre de poca fe? Vamos a desayunar.

En la cafetería que hay frente al hospital se acerca un vendedor de lotería. Juan le pide un décimo.

—Tengo tan mala suerte que igual me toca el gordo y no tengo tiempo de gastármelo todo.

Juan se va a Andalucía a pasar una semana con unos amigos. Para Rosa y para mí son unos días de descanso, un breve armisticio. Esa noche sostengo un cubata en la mano. De repente, y sin proponérmelo, me pongo en el lugar de Juan. Una empatía que uno no puede permitirse en el día a día. Siento un escalofrío. Está en el infierno. Una cosa es saberlo y otra muy distinta sentirlo.

En otro de los ingresos de Juan conozco a un paciente de unos treinta años. Una noche jugamos al ajedrez en la salita que hay al fondo del pasillo. Creo que padece leucemia. Tiene un brillante sentido del humor. Me gana. Cuando llego al día siguiente, ha fallecido... Me imagino a Juan, a Rosa y a mí prisioneros en la botella de la bailarina, pero sin musiquitas.

Santi y Fede siguen trabajando fuera de Barcelona, pero estamos en contacto permanente. Fede se ampara en su proverbial optimismo para intentar alimentar esperanzas. En el pasillo del hospital ayuda a Juan y sus goteros a ir al lavabo. Los veo juntos, agarrados y a paso lento. La imagen es atroz, a cada palmo de pasillo ganado Fede va tomando conciencia de la puta realidad.

Un día como tantos en un ingreso como tantos. Los médicos acaban la visita matinal como tantas veces. Uno de ellos se me acerca, serio.

—Tu hermano Juan está haciendo un cuadro severo. No pasará de esta noche. Lo siento.

Yo siento que no pasaré de los próximos dos minutos.

Llamo a mis hermanos. Rosa vendrá, como siempre, a sustituirme. Decidimos que Juan no puede vernos a todos a la vez, para no alarmarle. Llamaremos conforme avance el día.

Juan está en la habitación exactamente igual que siempre. Pasan las horas y está consciente, entero y divertido. Lo que sucede a partir de las siete de la tarde y hasta las dos de la mañana mejor os lo ahorro. Juan sigue consciente en plena agonía. Una enfermera me aconseja que vaya a la puerta de entrada del hospital y localice a un médico en concreto cuyo turno empieza en diez minutos. Cuando contacto con él me doy cuenta de que es un tío cojonudo. Aumenta la dosis del cóctel de fármacos. Juan queda totalmente sedado y en una hora se cortan las cuerdas que lo mantenían unido a este mundo. Se va con veintiséis años.

Una enfermera descuelga el teléfono de la habitación.

—Tenemos un *exitum.*

Todos hemos muerto un poco. Cada hermano sufre por él, y por el resto. De nuevo la «Elegía»:

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

Invierno de 1988. De nuevo el cementerio de Montjuïc con sus 152.474 sepulturas. De nuevo arrancamos un par de rosas de una de las coronas de Juan y las depositamos en el nicho de Puig Antich. De

nuevo el puerto y el mar abajo, como una maqueta llena de muertos aún vivos. De nuevo la Fenwick chirriante subiendo la caja. Santi se acerca y me dice que cree que el chirrido hidráulico de la elevadora es el *Réquiem* de Mozart. Sonreímos con los ojos como tomates. Qué pena dar pena. Luego el estruendo al encajonar que le provoca al alma taquicardia. Ahí están los tres.

Miro el nicho cerrarse de nuevo y me digo que si vuelvo a tomarme algo en serio a lo largo de mi vida es que soy un perfecto idiota. Poco después compruebo que soy un perfecto idiota.

Me siento emocionalmente muy cerca de mis hermanos. Solo a los cuatro que quedamos nos ha sucedido exactamente lo mismo. Ese vínculo fraterno es salvífico. Tengo treinta años.

Ha sido un año y medio, y me costará recuperar mi vida anterior. ¿No habrá más visitas? ¿No tendré que animarlo más? ¿Ni mentirle? ¿No habrá más hospitales? En estos casos nos consolamos con la cantinela de que «ya ha dejado de sufrir». Cierto, pero esa no es la cuestión: aquello fue real. Lo que hay que sufrir para dejar de sufrir.

La resiliencia resulta cada vez más difícil. El boxeador aguanta mejor los golpes pero al final acaba «tocado». Veremos cómo salimos de esta pensando en el futuro con algo parecido a una cierta ilusión.

Post scríptum post mórtem

Aquí acaba un período de mi vida personal. Ana y Joan Ramon también se irán. A veces todo parece mentira. Cuando varios muertos se conocían surge a veces un irracional cabreo hacia todos ellos. Mi padre, Juan, Ana y Joan Ramon se conocían bien. Solo puedo consignar que no son el pasado. Hay un momento en la vida en que uno se percata de que la muerte es el futuro. Son solo instantes..., o un único instante en el que los envidio por haber cambiado de pantalla. Por haber saltado. Los envidio por, como decía Brel, «haber tenido miedo por última vez».

Cuando digo que la mía fue una infancia de mierda, no es porque fuese huérfano. Lo digo sobre todo por el ambiente de esa época, por los malos tratos en la escuela, por una violencia social y política encaminada a cortar las alas y el futuro de mucha gente. Era el reino de lo cutre y el aislamiento.

Han pasado muchos años. Tengo hermanos y sobrinos que son vida, tengo hija y a su hermana, y tengo esposa y ahijadas que son, todas ellas, soles, y unos pocos amigos y amigas que son la bondad. Me aceptan pacientes con mis cosas y yo se lo agradezco infinitamente.

A estas suertes personales hay que añadirle un inesperado éxito profesional. ¿Qué más quieres, Baldomero?

Me consuela la extraordinaria complejidad del universo y, sobre todo, la imposible ecuación entre mecánica cuántica y gravedad en el tema de los agujeros negros. La teoría de la relatividad y la física cuántica lo explican todo..., menos lo que sucede en los minúsculos agujeros negros. ¡Que no lo descubran, por favor!

Si alguna vez os despierta una tía vieja de su abuela falsa y os dice que vuestra madre se ha ido al cielo (o algo parecido), no os acojonéis. Vivid por vosotros mismos, por la madre que os parió y por todos los que se quedarán por el camino. Eso sí, celebrad todos los días en que no suceda nada malo, que además son la inmensa mayoría. ¡Salud!

Canet de Mar, diciembre de 2011